







EL ENCUENTRO







EL ENCUENTRO

ROSA MIRIAM ELIZALDE
LUIS BÁEZ
.....

OFICINA DE PUBLICACIONES
DEL CONSEJO DE ESTADO



Edición: *Chaly Reyes y Wanda Calvo*
Diseño: *Ernesto Niebla Chalita*
Realización: *Ernesto Niebla Chalita*
Fotos: *Ahmed Velázquez, Estudios Revolución, AIN, Prensa Latina y MCI*
Venezuela

© Rosa Miriam Elizalde
Luis Báez ISBN ...

Primera Edición: *Enero de 2005*

© Sobre la presente edición: *Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado de la República de Cuba. Calle 17, no. 552, esq. a D, Vedado, La Habana, Cuba.*
Telf.: (537) 55 1858
Fax: (537) 57 4578
e-mail: palvarez@enet.cu

*«La amistad tiene
en mi corazón un templo
y un tribunal, a los cuales
consagro mis deberes,
mis sentimientos
y mis afectos.»*

Simón Bolívar



Si tengo un hermano

Autor: Silvio Rodríguez

*Si tengo un hermano
hermano de suerte
hermano de vida
de historia y de muertes
no mido sus años
su poca fortuna
no mido su tacha
ni mido su altura.*

Si tengo un hermano

*Si tengo un hermano
hermano que arde
hermano mestizo
hermano de hambre
empapo mis himnos
con luz de su aire
tiño mi bandera
también de su sangre*

Si tengo un hermano

*Si tengo un hermano
hermano de sueños
hermano de bala
hermano de empeños
le entrego mis libros
le entrego mis manos
sin un humillante
recibo de pagos*

Si tengo un hermano.



EL HURACÁN

(A modo de introducción)

Este libro nació una tarde de domingo, en La Habana, sin más preámbulos que un gesto de amistad. Hugo Chávez había llegado a Cuba la noche antes, cuando se desvió el avión que lo llevaría de República Dominicana a Caracas, tras una travesía internacional que había comenzado en Brasil. Decidió pasar unas horas por La Habana, solo para saludar personalmente al amigo que había sufrido un accidente y se recuperaba de una operación en la rodilla izquierda.

Esa misma noche, al calor de la conversación y la alegría de la visita, surgió la idea de conmemorar el primer y singular encuentro de ambos, ocurrido el 13 de diciembre de 1994. Faltaba algo más de un mes para que se cumplieran diez años del recibimiento de Jefe de Estado que le concedió Fidel Castro al joven teniente coronel, pero Chávez aún recordaba con asombro y todo lujo de detalles el momento en que la aeronave de Viasa se detuvo en un lugar desacostumbrado del Aeropuerto Internacional José Martí, donde se desplegó la alfombra protocolar y un funcionario de la Cancillería lo llamó por su nombre para informarle que al pie de la escalerilla lo esperaba el Presidente cubano.

Sin que aún hubiéramos definido qué rumbo darle a este libro nacido con otros planes para el aniversario, Hugo Chávez nos concedió la primera entrevista, que se produjo en pleno vuelo a Caracas, poco después de despedir al amigo en el edificio del Consejo de Estado con un «¡Hasta la victoria

siempre, Fidel!». En una cabina de ocho plazas, con butacas dispuestas de dos en dos, unas frente a otras, y el perfil sombrío de Ezequiel Zamora dibujado detrás de la silla presidencial, Chávez nos dio las claves esenciales para ese repaso histórico, permitiendo que escudriñáramos generosamente en sus recuerdos, desde la salida de la cárcel el 26 de marzo de 1994 y los primeros meses de reorganización del Movimiento Bolivariano Revolucionario-200, hasta el abrazo de Fidel en La Habana y el retorno del líder bolivariano, recibido en Caracas con insultos de la prensa y gestos de aprobación de la Venezuela humilde y profunda.

Yendo y viniendo por los desvanes de su memoria, el Presidente nos reveló intacta la hermandad que ha sido, en definitiva, el sentimiento más fuerte que lo ha unido a Fidel. Revivió anécdotas, nombres, calles, frases y titulares del pasado con sorprendente precisión, pero fue inevitable que comentara hechos más recientes. Es decir, el motivo que lo había traído horas antes a La Habana. Pesaban las emociones de la víspera, no solo por el ardor con que Chávez había amparado la idea de este libro que para él significaba una especie de balance sentimental de la amistad que unen a Venezuela y a Cuba, sino porque nosotros éramos conscientes de la emoción de los cubanos, cuando se dio a conocer la noticia de que había venido a la Isla expresamente a interesarse por la salud de Fidel. Al hacerle al Comandante en Jefe el regalo de su presencia en la Isla, también gratificó a nuestro pueblo. «En realidad –comentó en voz baja, conmovido–, fue un autorregalo», y pasó a relatarnos cómo se enteró de la caída en Santa Clara que destrozaría la rótula del amigo:

Estaba esa noche en una reunión y cuando se terminó, el edecán de guardia me dijo de pronto: «¿Usted sabe lo que le pasó a Fidel?». Recuerdo que transcurrieron fracciones de segundos, pero en ellos se me vino encima una nube de dolor: «No, ¿qué pasó?». Vi que el edecán hizo un gesto: «Llamó su hermano Adán y dijo que Fidel se cayó». «¿Cómo?» . «No, no sé.» Lo primero que pensé fue que le había dado

un decaimiento, como hace un par de años. Logré comunicarme inmediatamente con Adán: «No fue un decaimiento, Hugo; se cayó, iba caminando», y luego, hablé con Felipe, el canciller, que estaba en La Habana: «El Comandante viene hacia acá por tierra; puedes llamarlo, está bien». Conversé un rato con Fidel, cuando estaba todavía en la ambulancia que lo trasladaba desde Santa Clara... Solo entonces me tranquilicé.

La conversación no terminó cuando aterrizó el avión en Caracas a la una de la mañana del 8 de noviembre de 2004 y se asomaron por la ventanilla las luces afantasmadas de una ciudad recién dormida. El Presidente se despidió con una invitación explícita: «Nos volveremos a ver», algo que ocurrió más pronto de lo que esperábamos. Lo acompañamos ese mismo día a una gala dedicada al 80 aniversario de la muerte de Pedro Pérez Delgado, conocido por «Maisanta», su bisabuelo y héroe legendario de la guerrilla popular contra el dictador Juan Vicente Gómez. También, a Cartagena de Indias, donde se reunió con el presidente colombiano Álvaro Uribe para articular un modelo de integración latinoamericana, al margen de los intereses norteamericanos en la región. Un concepto que estaba perfectamente estructurado en el pensamiento de Hugo Chávez cuando conversó por primera vez, diez años atrás, con Fidel Castro en La Habana: «Creo que Colombia y Venezuela deberían preocuparse más bien por potenciar sus relaciones –dijo en una entrevista para el diario *El Tiempo*, de Bogotá, el 31 de julio de 1994–. ¿Por qué no pensar en un gran mercado binacional que salga por la costa colombiana hacia el Pacífico?».

Pero tal vez el momento más emocionante de todos los que compartimos con el Presidente venezolano mientras armábamos este libro, fue la tarde del 13 de noviembre, en el Fuerte Tiuna, cuando él se dirigía a clausurar la primera gran asamblea de gobernadores y alcaldes bolivarianos después de la victoria en las elecciones regionales.

Chávez llegó manejando el vehículo que antecedió la escolta presidencial. Tenía los minutos contados, pero al descender

del auto, inesperadamente, unas 20 personas se abalanzaron sobre él, con el ruego de que las atendiera. Mujeres, niños y hombres pobremente vestidos le hablaban a la misma vez. Tenían problemas diferentes, pero un drama común: cierto funcionario los engañó. Habían recibido un cheque en blanco y no tenían qué comer, ni dónde dormir, ni atención médica. Una anciana, cuyo hijo vegetaba en algún lugar del llano venezolano después de haberle caído un rayo durante una tormenta eléctrica, se desmayó virtualmente en los brazos del Presidente, a causa de la emoción y las horas sin probar alimentos. Chávez dio una extraordinaria lección de humildad. Atendió personalmente a la señora, rezó con ella y dispuso para todos un ómnibus que los llevaría a un lugar donde recibirían atención médica y se tendrían en cuenta sus reclamos.

Escuchó con paciencia a aquella pequeña Corte de los Milagros y le habló con ternura a cada uno. No se separó de ellos hasta que un teniente, nombrado jefe para la atención de este grupo, advirtió que el ómnibus había llegado. Se despidió de cada hombre y mujer, de cada niño. Mientras esperaba su turno para el abrazo, un anciano murmuró: «Este Presidente sí que no se pone egoísta y deja que todos lo agarren».

Chávez comentó el incidente en el encuentro con los líderes bolivarianos, unos minutos más tarde:

¿Cómo puede acostarse alguien a dormir tranquilo, sabiendo que puede hacer más por esta pobre gente? Nosotros no podemos descansar mientras haya miseria en nuestro alrededor; nosotros no podemos permitir que el pueblo esté desamparado. No podemos tolerar que se le mienta. Cualquier ciudadano consciente —y sobre todo quienes tenemos un mandato popular—, no podría quedarse de brazos cruzados si sabe que hay alguien, cualquiera que sea, que está sufriendo...

Cuando terminó la reunión en Tiuna, ocho horas después, regresamos a Miraflores en el mismo automóvil. Nuevamente estaba Chávez en el timón y nosotros a la carga: diez

años antes, en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, él prefiguró una revolución para los humildes, por los humildes y con los humildes, como la que se instauró con Fidel en 1959. ¿Siente Hugo Chávez que ha triunfado?

¿Tú me preguntas a mí? –respondió con extrañeza–. Yo no he triunfado todavía. Tengo por delante un gigantesco compromiso y es demasiado temprano para cantar victoria... Ellos –los más humildes y olvidados de mi país– me trajeron hasta Miraflores, pero no para cantar victoria, sino para luchar a su lado y para que no los olvide. Si miramos hacia atrás en perspectiva, creo que desde niño me fui llenando de esa fuerza y, sobre todo, de sus sueños. Aprendí con ellos a mirar lejos en la sabana y no solo hacia el horizonte físico, sino hacia el horizonte espiritual. Aprendí también con el tiempo –como dijo Carlos Marx–, que los hombres hacen la historia con las condiciones que la realidad les impone. Es decir, si yo hubiera nacido en 1930 o en otra época, en otras circunstancias, seguramente no estaría aquí. Me trajo la confluencia de diversas circunstancias históricas, políticas, sociales...

Si hubiera tenido éxito el Pacto de Punto Fijo –el ensayo «democrático» que comenzó en esta misma casona, en 1958 –, yo no estaría aquí. Sería el coronel o el general Hugo Chávez a punto de retirarse del ejército, el padre de familia, pero no este hombre que les habla. Estoy aquí empujado por las circunstancias, por ese pueblo que ustedes vieron. Bolívar dijo en Angostura, el 15 de febrero de 1819: «En medio de este piélago de angustias no he sido más que un vil juguete del huracán revolucionario que me arrebató como una débil paja.» A mí me ha traído hasta aquí ese huracán que es el pueblo, la fuerza del pueblo. En abril de 2002 me sacaron de Miraflores; sacaron a Chávez, una débil paja. Me sentaron allá atrás, preso. Por estas mismas puertas

salimos, pero el huracán del pueblo me trajo de vuelta. A las 47 horas estaba entrando otra vez con vientos huracanados. Fue una decisión del pueblo. Él es el que me tiene aquí, tal y como le ocurre a Fidel. Solo el huracán de un pueblo podría sostenernos.

1994
Crónica de un encuentro no anunciado

MARTES 13 DE DICIEMBRE (CARACAS-LA HABANA)

El avión sobrevuela Caracas, ciudad velada sobre las colinas, urbe irregular en los recodos íntimos de ese valle que ya se aleja con un millón trescientas mil personas suspirando, gritando a lo lejos. Los dos pasajeros que habían subido casi de últimos, se acomodan a mitad de la nave que cubre la ruta hacia La Habana, e intentan descansar. El más joven se quita los espejuelos, los guarda en el bolsillo de la camisa y un minuto más tarde, cabecea un cansancio milenario en el incómodo asiento de la clase económica del *Boeing 727* con capacidad para 131 viajeros, en la aerolínea Venezolana Internacional de Aviación (Viasa). Su compañero, de rostro familiar, vestido de liquilique beige y boina roja de paracaidista que ahora reposa sobre una de sus rodillas, cierra los ojos y cavila la conferencia que impartirá sobre Simón Bolívar, motivo que los lleva a Cuba.

Pero el descanso dura poco. En cuanto el avión toma mayor altura y encara el mar, se produce cierta descompresión en cabina, una parte del techo se desprende y quedan colgando las máscaras de oxígeno. Ambos se miran, impresionados. El más joven se persigna. «En nombre de Dios», dice y cuando levanta la vista, advierte que una muchacha se ha inclinado sobre su compañero: «Perdón, ¿es usted Hugo Chávez?».

El interrogado no termina de responder que sí y ya los dos viajeros tienen en torno suyo varias caras sonrientes que

los reclaman, olvidadas del incidente que unos minutos atrás había elevado un rumor de alarma dentro de la nave. Por cortesía, Rafael Isea Romero, que viaja en calidad de ayudante del teniente coronel, se incorpora en el asiento, se coloca los espejuelos y sigue atentamente el diálogo, en silencio.

Logro precisar bastante bien los detalles de ese viaje. Me dediqué a hablar con algunos pasajeros, cubanos y venezolanos que iban para allá. Una linda cubana me preguntó: «¿Es la primera vez que usted viene a Cuba?» Le contesté: «Sí, es la primera vez que vengo a Cuba físicamente, porque ya he venido en sueños muchas veces... (Hugo Chávez)

Y les comenta que en la cárcel de Yare, de donde salió hace apenas unos meses, leyó dos libros relacionados con Fidel: el alegato de autodefensa en el juicio del Moncada, **La Historia me absolverá**, y la extensa entrevista que el Presidente cubano le concedió a Tomás Borges, recogida en **Un grano de maíz**:

De esas lecturas saqué varias conclusiones, como soldado prisionero, y una de ellas fue que hay que mantener la bandera de la dignidad y los principios en alto, aun a riesgo de quedarse solo. (Hugo Chávez)

A Isea no le sorprende la actitud de los viajeros. Las expresiones de simpatías son las mismas que encuentra Chávez en Caracas y en cada pueblecito del interior venezolano, cada vez que descubren su presencia:

Los pasajeros empezaron a levantarse y a saludar al Comandante, a expresarles apoyo, reconocimiento. Llegó un momento en que estábamos los dos sentados y en el pasillo no se podía dar un paso, porque allí se había congregado un grupo de personas que hablaban y preguntaban a la vez. Hasta el propio piloto salió un momento a saludar, conversó con el

Comandante Chávez y regresó luego a su cabina.
(Rafael Isea)

Es la primera vez que Rafael Isea viaja fuera de Venezuela y aunque su historia se entrelaza a la de Chávez desde hace unos años, no hace mucho tiempo que trabaja a su lado, día y noche, en una batalla tenaz por reorganizar el Movimiento Bolivariano Revolucionario-200 y evadir la cacería y las trampas de la Dirección de Servicios de Inteligencia y Protección (DISIP). Mientras la gente requiere la atención del líder, piensa que apenas han transcurrido unas semanas desde que Chávez le propuso que fuera su ayudante personal, y pocos meses del reencuentro de ambos, después de la salida del Comandante de la cárcel y del traumático período que, en lo personal, le ha tocado vivir fuera de la Fuerza Armada Nacional. El joven subteniente retirado del Ejército en mayo de 1992, había participado en la rebelión del 4 de Febrero. Fue hecho prisionero ese día, junto con 967 soldados de baja graduación y 133 coroneles, mayores y capitanes, entre los que se encontraba Hugo Chávez Frías, líder del alzamiento militar:

A todos los jóvenes de menor jerarquía se nos sobreseyó la causa, porque se consideró que habíamos actuado según la «ley de obediencia debida». Pero estábamos bajo la mirilla de los oficiales leales al gobierno. Me trasladaron a una unidad en el Estado de Guárico y un buen día, mientras estaba de guardia, hice un pequeño discurso y me acusaron de andar cazando soldados para el Movimiento Bolivariano. Me enviaron detenido a Caracas y a las dos semanas, estaba yo botado del Ejército, enfrentando como muchos otros compañeros la realidad del desempleo y de la persecución política. Viví del sueldo de mi madre, una maestra pensionada, hasta que logré conseguir un trabajo modesto en la clínica de un primo. Cuando anunciaron que el Comandante Chávez saldría de la cárcel el 26 de marzo de 1994 ya estaba en contacto nuevamente

con el MBR-200. Fui uno de los que salió a buscarlo ese día a Fuerte Tiuna... (Rafael Isea)

La propuesta de que Isea lo acompañara a Cuba es tan reciente que a él le cuesta aceptar que se haya hecho realidad. Menos de una hora los separa de la costa cubana. Sonríe al recordar cómo surgió la idea y aquel giro súbito que tomó la reunión en una casa amiga del barrio de Vista Alegre, en Caracas, dos o tres días antes de tomar este avión. Hablaban de los pormenores del viaje a la Isla, algo totalmente ajeno al subteniente y, de pronto, el Comandante le clavó la mirada y le preguntó a boca de jarro: «Isea, ¿quieres acompañarme?».

A mí, de verdad, me sorprendió muchísimo, pero no dudé en contestarle: «Sí, por supuesto»... «Bueno, pues prepárate, porque nos vamos en dos días.» No tenía pasaporte y salí corriendo de aquella reunión para ver cómo podía conseguirlo... Contactamos con Miquilena, que era amigo de alguien en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Agitamos los trámites y con el pasaporte en la mano, al otro día, salí disparado a la Embajada de Cuba, que entonces quedaba por la avenida Francisco de Miranda. Y luego, al aeropuerto. Eso fue una corredera. (Rafael Isea)

La aeromoza pasa recogiendo los restos de la cena e Isea vuelve a prestar atención al diálogo en el punto en que el Comandante explica por qué viaja a Cuba: ha recibido una invitación del Historiador de la Ciudad, Eusebio Leal, para dar una conferencia en la Casa Bolívar, de La Habana Vieja. «¿Y verás a Fidel?», pregunta alguien con familiaridad.

Lo único que nosotros teníamos en mente era el discurso en la Casa Bolívar de La Habana, nada más. Sabíamos que habría tiempo libre y soñábamos con la idea de poder saludar a Fidel. Ante aquella pregunta de los pasajeros, el Comandante Chávez dijo:

«Bueno, si tengo la oportunidad de saludar a Fidel, lo haré; cómo no. Me encantaría conversar con él algunas cosas, tener oportunidad de intercambiar cómo va el proceso venezolano.» Pero era algo tan remoto, que ni siquiera nos hacíamos la ilusión...
(Rafael Isea)

El joven ayudante sabe que antes de tomar el avión en Caracas, Chávez habló con el embajador cubano Germán Sánchez Otero para coordinar un posible encuentro donde pudiera saludar a su Presidente. Germán le prometió comunicarlo, pero no le dio seguridad de que este se produciría. Las conversaciones con el embajador ocurrieron con suma discreción, pero la visita a la Isla no es un secreto. El diario *Últimas Noticias* acaba de publicar una breve nota que reseña el viaje a Cuba y especula sobre la posibilidad de algún contacto con funcionarios del gobierno, sin mencionar a Fidel.

Yo estaba convencido de que no vería a Fidel. La visita, además, era por muy poco tiempo: apenas un solo día. Llegábamos en la noche de un martes y regresábamos en la mañana del jueves. Me imaginaba que el Presidente estaría muy ocupado y me decía a mí mismo: «si no me reciben ni los líderes uruguayos, que no son jefes de Estado todavía; si me sacan el cuerpo los del Partido Comunista de Venezuela, que ni siquiera me dan la palabra en sus reuniones, ¿por qué Fidel tendría que dedicarme una parte de su precioso tiempo?». (Hugo Chávez)

Cuando el avión aterriza y comienza a desplazarse por la pista, el piloto informa por el altavoz interno que el avión se detendrá en un lugar que no es el habitual. «Solo van a descender dos pasajeros», se escucha, y no dice quiénes son esos viajeros. Unos segundos después –todavía está el *Boeing* en movimiento–, se abre la puerta de la cabina y aparece el copiloto con expresión misteriosa. Se acerca al sitio que comparten Chávez e Isea: «Nos han dado instrucciones de que nos

detengamos en otro lugar del aeropuerto, para que ustedes dos descendan del avión. Los espera alguna autoridad cubana.» «¿Quién?», pregunta el Comandante Chávez. «No, no sabemos. Simplemente informaron desde la torre de control que nos movamos hacia ese otro sitio.» El avión se detiene y extienden rápidamente una alfombra protocolar. Son las 9 y 40 de la noche.

Los dos venezolanos toman cada uno su respectivo equipaje de mano y comienzan a avanzar hacia la puerta: Chávez, al frente, e Isea, detrás. Miran de soslayo por la ventanilla y ven luces, cámaras y gente que se arremolina detrás de la escalerilla del avión. En el primer golpe de vista, no distinguen a nadie conocido. Piensan que tal vez vendrá algún ministro a recibirlos. Cuando han avanzado apenas unos pasos, se asoma por la puerta del avión un hombre alto, sobrio, que pregunta por el teniente coronel Hugo Chávez Frías. «Bienvenido a Cuba», dice, y se presenta: «Mi nombre es Ángel Reigosa. Soy el director de Protocolo de la Cancillería».

El Comandante le preguntó, con cierta ansiedad: «¿pero quién está ahí esperando?», y el director de Protocolo le contestó: «el Comandante en Jefe Fidel Castro.» Miramos y, efectivamente, era Fidel en persona, con su traje de campaña, que avanzaba hasta el pie de la escalerilla. Chávez me entregó su equipaje y bajó. Yo le seguí un poco después, con dos maletines, una serigrafía de Bolívar, unos papeles... Ellos se saludaron, en medio de las luces y de las cámaras y de la sorpresa... De repente, el Comandante Chávez dio un paso a un lado y me presentó al Comandante Castro. No supe qué hacer; me quedé paralizado. Se ve en la foto que yo estoy así... tieso, y con todos los paquetes encima... El Presidente me saludó, pero antes trató de ayudarme un poco. Tengo todavía una foto donde se ve a Chávez y a Fidel intentando quitarme las cosas de encima. (Rafael Isea)

Después del abrazo, los periodistas se abalanzan sobre el líder del Movimiento Bolivariano. El diario *El Nacional*, de Caracas, en su edición del 15 de diciembre, reseña sus palabras y le dedica al encuentro buena parte de la portada de ese día, con una foto desplegada y el titular «Se juntaron dos comandantes». Según la versión periodística, Chávez dijo a EFE: «Para mí, como soldado, como bolivariano, hoy se hace realidad un sueño de muchos años y debo decirles a todos los cubanos que me siento muy honrado de estar en Cuba y más honrado aún de que el Presidente Castro se encuentre recibiéndonos aquí». Le sigue una pregunta capciosa –¿por qué tantos honores para Chávez?– y el testimonio de Fidel: «No tiene nada de extraño. Ojalá tuviera muchas oportunidades de recibir a personalidades tan importantes como él».

¿Sabén una cosa? No recuerdo qué le dije a la prensa. Estaba tan emocionado, tan sorprendido, tan admirado, que se borraron de mi mente las palabras que pronuncié aquella noche. Cuando bajé los escalones del avión, no sabía qué iba a decir, y no sé qué dije. Sí recuerdo que le dije que esperaba poderlo recibir pronto en Venezuela. Recuerdo su abrazo y sobre todo su mirada. Nunca voy a olvidar esa mirada que me traspasaba y que veía más allá de mí mismo. (Hugo Chávez)

SÁBADO, 26 DE MARZO (CARACAS)

A las 12 y 28 minutos de la tarde del sábado 26 de marzo se abrió la puerta de acceso del Fuerte Tiuna a la avenida de Los Próceres, y apareció Chávez. Según la edición dominical de *Últimas Noticias*, descendió de una camioneta Caribe 442, «con una serenidad impresionante». Fue recibido por una multitud que forcejeó para saludarlo y casi lo ahoga en el afán de demostrarle su afecto.

Su hermano Adán Chávez, la abogada Cilia Flores y la periodista Laura Sánchez lo acompañaban.

Los periódicos reseñaron, con palabras más o menos exactas, sus declaraciones: «Vengo de la casa de los sueños azules (la Academia Militar). Allí me reencontré con 20 años de recuerdos y a ese mundo militar dejo el alma entre los chaguaramos. Los viejos soldados nunca se van, sino que se desvanecen y se quedan en el tiempo». También advirtieron que Hugo Chávez Frías, ciudadano que portaba la célula de identidad número 4.258.228, por primera vez aparecía en público sin el uniforme militar. Pero en el esfuerzo por hacerlo notar no percibieron que, en realidad, él estrenó ese sábado lo que sería su uniforme de campaña después del retiro de la Fuerza Armada Nacional: el liquilique, la camisa típica del llano venezolano que cierra al cuello y tiene forma de chaqueta, con mangas largas y botones al frente.

El yipi en que salió Chávez de Fuerte Tiuna lo prestó un amigo de nombre Victorino. Era blanco y la gente le cayó encima, con tanta fuerza, que le arrancaron la puerta derecha al yipi y casi lo voltearon. A Chávez le rompieron el pantalón en el arrebato. Creo que ni él mismo tenía conciencia del enorme apoyo popular que poseía. Eran miles y miles los que lo esperaban, como miles y miles los que le escribían a la cárcel e intentaron verlo en esos años de encierro. Pero ese día se desbordó el sentimiento, en carne y hueso, y las calles se colmaron como yo nunca había visto, hasta el punto de que llegó un momento en que no pudimos seguir avanzando y nos sentimos atrapados en aquel mar de gente. Él salió en brazos de la gente, que lo cargó y se lo llevó como si hubiera sido cosa suya y no había que andar pidiendo permiso. Creo que el pueblo no se desprendió más nunca de él, ni él del pueblo. Hasta hoy. (Cilia Flores)

La prensa también destacó que Chávez fue el último militar rebelde que salió de prisión, y que esto no se debió solo a una decisión del Gobierno de Rafael Caldera para castigar al líder de las acciones del 4 de Febrero. Había sido la voluntad

de Hugo Chávez: «Chávez no había salido porque quería ser el último», afirmó el titular de *El Universal*. Él sabía que no podría regresar al ejército, como hicieron muchos de sus compañeros, pero se negó a ir a un tribunal militar. No toleraría una amnistía. «La única figura jurídica que el teniente coronel aceptó –admitió *El Globo*– fue el sobreseimiento, que reconoce que no se produjo delito».

El decreto de sobreseimiento, supuestamente firmado por el presidente Caldera cuatro días antes de la salida de la cárcel, amparó a otros 13 oficiales, entre los que se encontraban Jesús Aguilarte Gámez, Ronald Blanco la Cruz, Eliécer Otayza Castillo y Jesse Chacón Escamilla. La nota de *El Nacional* reconoció que «fuentes extraoficiales admitieron que aún cuando estaba firmado el decreto de libertad desde mucho antes, no se había hecho efectivo para evitar que Chávez Frías hiciera gala de liderazgo ante la opinión pública como militar uniformado».

Chávez permaneció preso dos años, un mes, 22 días, una hora y 15 minutos. Primero, lo recluyeron en el cuartel de San Carlos, pero sus muros exteriores se convirtieron en dominio de peregrinaje popular y lo trasladaron a las pocas semanas a Yare, una cárcel menos accesible. En los 15 días que antecedieron al 26 de marzo, permaneció en el Hospital Militar, en Artigas, «recuperándose de una grave dolencia en el ojo izquierdo, que necesitó una intervención quirúrgica», explicó *El Mundo*.

Cerca de las ocho de la mañana abandonó el Hospital Militar, en una ambulancia que lo llevó a la sede del Ministerio de Defensa, en Tiuna. Aseguró a *El Globo* que fue «muy emotiva la despedida que recibió de sus compañeros de armas en la Academia Militar, después de más 20 años de carrera».

Recuerdo que, antes de salir ese sábado de Tiuna, pedí que me llevaran a la Academia Militar. Era allí donde quería darle fin a los 23 años de militar activo y despedirme de mi uniforme. Aquel día fue duro; uno de esos días en los que uno llora porque siente a conciencia que se desgarran de una etapa de su vida, para comenzar otra.

La gente estaba afuera, en la entrada del Círculo Militar, esperándome. Habían colocado una mesa para efectuar una conferencia de prensa, ordenadita, toda llena de micrófonos, y cuando yo me bajé del carro para dirigirme al lugar donde estaban los periodistas, me salió una avalancha de gente de allá del fondo, tumbaron a los soldados que andaban por allí, le pasaron por encima a la mesa, a los periodistas, a las cámaras y me llegó la ola... Nos caímos y luego nos levantaron, y en medio de aquella locura alguien me pone una grabadora delante: «¿Adónde va usted ahora? ¿Qué va a hacer, qué piensa hacer?» No sé cómo atiné a decir: «Vamos a las catacumbas con el pueblo y vamos al poder». (Hugo Chávez)

«Y nosotros vamos al poder por las buenas o por las malas, pero vamos al poder», añadiría a *El Nuevo País*, que vio en esa frase un acertijo y una estrategia, y no se equivocó. Chávez, de acuerdo con la opinión de Rafael Isea y Nicolás Maduro, integrante entonces de la dirección del MBR y del anillo de seguridad que acompañó ese día al ex Comandante de paracaidista, nunca descartó la opción armada. La circunstancia diría cuál de las dos vías prevalecería y en la práctica, en los años previos a la campaña presidencial del soldado barinés, el Movimiento Bolivariano concilió por un lado la organización popular, y por el otro, en la clandestinidad, el vínculo con los militares activos.

Últimas Noticias prestó más atención a lo que llamó «la euforia», es decir, un fenómeno excepcional en el entorno político venezolano.

La gente lo que hacía era acercarse para tocarlo. Luego, se persignaba o le entregaba a los hijos. O lo tocaban y después pasaban la mano por la cabecita de sus niños, como si él fuera un santo. También, se arrodillaban a llorar y le gritaban que él era Simón Bolívar. Ese día yo escuché por primera vez, lo que luego oímos muchas veces en los recorridos por Venezuela: «Chávez, tú eres Bolí-

var reencarnado». Fue impresionante. (Nicolás Maduro)

En horas de la tarde concedió una entrevista al programa *Hoy*, de *Televen*, que conducía José Vicente Rangel, uno de los espacios televisivos de opinión de mayor audiencia nacional. Los medios advirtieron que Chávez se había cambiado el liquilique beige que le destrozaron la víspera, por uno verde olivo, y publicaron una fotografía en la que se le vio, desde un primer piso, hablándole con un megáfono a la multitud que llevaba pancartas y banderas.

Televen queda en el centro comercial de Los Chaguaramos, un lugar rodeado de barrios populares. Cuando llegó Chávez, nuevamente se desató la locura. Lo estaban esperando unas 5 000 personas. La gente se metió por todos lados en el edificio y nosotros logramos pasar a Chávez al interior del canal por el estacionamiento, a escondidas. Pero cuando llegamos a la salida de la escalera, estaba desbordado el largo pasillo –como de 10 metros de ancho y 60 metros de largo– que la separaba del estudio. Tuvi- mos que atravesar aquel mar crecido y cuando logramos llegar a la puerta del canal, que era de vidrio, la empujaron con tal fuerza que todo el mundo cayó al piso, incluidos Chávez y los que lo custodiábamos... En el set de televisión y listo para empezar la entrevista, José Vicente esperaba tranquilo, inmutable, sentado en su silla. (Nicolás Maduro)

Ante las cámaras Chávez presentó su estrategia política, dijo que estaba decidido a llegar al poder en Venezuela para iniciar transformaciones sociales radicales y habló por primera vez en un medio público del cubano que lo había acompañado en sus años de militar activo y en la cárcel: José Martí. Citó de memoria una frase en la que él creía apasionadamente y que aparece en uno de los hermosos homenajes que al Libertador le rindió el Apóstol de la independencia de Cuba:

«¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el Inca al lado y el haz de banderas a sus pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hoy: Porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!».

Tres días después, José Vicente publicó en *El Globo* sus impresiones de aquel diálogo televisivo. No le gustó –o no asimiló por pura aprensión intelectual que reconocería con franqueza– el lenguaje llano de Hugo Chávez. Sin embargo, con no menos honestidad admitió en su artículo titulado «Chávez, entre el mito y la realidad», que había entrevistado al hombre más popular de Venezuela, porque ni antes ni entonces en el país había existido un político capaz de provocar como este ex militar barinense fenómenos de adoración y de histeria colectivas, ni de reunir tanto pueblo de forma espontánea.

«¿Qué es en verdad Hugo Chávez? –se preguntó José Vicente–. Por ahora una emoción. Una búsqueda. La desesperación de la gente por asirse a alguien. Por toparse con quien no aparezca contaminado, con quien luce diferente... Chávez tiene algo que le llega a la gente, relacionado con su origen, con el léxico de la gente del llano, con Simón Díaz, con el folclor, con la leyenda, y sobre todo, con la búsqueda por parte de los humildes de una referencia humana, de algo que humanice la política y no el estereotipo del político tradicional del cual todos están hasta la coronilla... Hugo Chávez constituye un aporte al esclarecimiento de la realidad nacional. Si Chávez no hubiese existido habría habido que inventarlo. Él es un formidable catalizador de la esperanza popular. Es la posibilidad de que junto con otras fuerzas nuevas canalice el sentimiento de frustración de millones de venezolanos. Aun cuando algunos reticentes y escépticos irreductibles no lo acepten, para mí Hugo Chávez es la póliza de seguro que necesitaba la democracia venezolana.» (*El Globo*, 29 de marzo de 1994, p.17)

MARTES, 13 DE DICIEMBRE (LA HABANA)

Fui a su lado en el carro hacia el Palacio de la Revolución y allá nos sentamos a conversar, uno frente al otro. Después de los primeros minutos me seguía impresionando la manera en que Fidel me examinaba cuidadosamente. Ya a esa altura, a esa mirada escrutadora se unían las preguntas en ráfagas: me lanzaba una y luego otra y otra... Todo le interesaba y hurgaba hasta en el más mínimo detalle. Sobre el 4 de Febrero me preguntó cuántos hombres eran, para dónde se fueron, qué fusiles llevaban y por qué tenían un brazalete en el brazo derecho y otro en el izquierdo, y pregunta y pregunta y más preguntas, y yo me decía: «Dios, ¿para dónde va este hombre?». Parecía que había agarrado una ametralladora y estaba dispuesto a coserme a preguntas, hasta un momento en que pasé a la ofensiva. Le pregunté cómo fue la muerte del Che, que qué me podía decir él de eso y creo que le comenté que esa inquietud la llevaba desde niño. Tenía 14 años cuando dieron la noticia por la radio de que al Che lo tenían rodeado en la selva de Bolivia. En Barinas, con total infantilismo, decíamos: «Bueno, ya Fidel le mandará unos helicópteros para rescatarlo».

Recuerdo que Fidel me hizo un dibujo de la Quebrada del Yuro y luego trajeron un mapa. Había estudiado muy bien la situación y conocía detalle por detalle el lugar, aunque nunca había estado allí. Señaló el sitio exacto dónde atraparon al Che y por dónde pudo haber escapado. Me dijo: «el Che, a conciencia, buscó al enemigo y salió a enfrentar la tropa del ejército boliviano». Me emocionó escucharlo. Envueltos en la historia, comenzamos a hablar de Bolívar, que era el tema que me había traído a Cuba. Me di cuenta de que cada vez que le comentaba algo, él le iba agregando otros elementos que demostraban que tenía una cultura histórica muy

*profunda, un conocimiento de erudito. Yo me preguntaba: «¿cómo es posible que sepa tanto?», y empecé un poco a probar fuerzas en la conversación. «Ah, que la campaña de Guayana y la ofensiva de los republicanos, por tierra y por el río Orinoco», y él seguía el hilo: «sí, tú me hablas de la batalla de San Félix que ganó el General Manuel Piar, por la cual obtienen el territorio de la Guayana y no sé qué más...» Entonces yo decía para mí mismo: «se las sabe todas, se las sabe todas»... Y volvía a la carga: «...después vino la batalla de Carabobo»... «¡Ah!», respondía él, «sí, la batalla de Carabobo, claro, se replegó el batallón, en orden, dando un ejemplo de disciplina...» Y una voz me decía por dentro: «esto no puede ser». Y yo seguía: «voy a cambiarle el personaje; no es posible que él conozca tanto a otros próceres venezolanos», y le hablé de Páez, de su campaña en los llanos, de que había sido un valiente guerrero, pero traicionó a Bolívar. También, que había aprendido a escribir de manera excelente... «Ah, Páez, claro, Páez», y se acordó de algo que escribió José Antonio Páez, un librito poco divulgado en Venezuela y prácticamente desconocido fuera de mi país, pero que ¡Fidel sí se lo había leído completo! Se trataba nada menos que de los comentarios de Páez a las *Máximas de Napoleón sobre el arte de la guerra*. Hasta recordaba los principales conceptos: «claro —me dijo—, él planteaba la defensa en tres líneas. Primero, las costas; segundo, los grandes ríos —el Orinoco, por supuesto—, y tercero, la montaña, por si los españoles u otros europeos volvían a invadir a Venezuela». Y es verdad, Páez planteó la defensa estratégica del país, por la línea caribeña, la línea de los ríos grandes del Orinoco, y por el Apure y la selva. Y añadió: «aquí nosotros lo estudiamos muy bien, porque en caso de una invasión asumiríamos una defensa similar...» Sin embargo, yo seguía porfiado y quería, a toda costa, encontrarle un lado vulnerable.*

Quando fracasé con Páez, intenté sorprenderlo con Zamora. «¡Ah!, el de la Guerra Federal y Santa Inés, la batalla de la defensa retrógrada. Aquí la estudiamos también.» Yo no quería rendirme y saqué una carta difícil de pasar: le hablaría de mi bisabuelo. «Ah, sí, Maisanta...», y empezó a contarme al detalle su historia. Ahí sí dije: «¡me rindo, me rindo!... No intento más nada. Este hombre es invencible». Y me rendí.

En algún momento él, amablemente, nos preguntó si estábamos cansados. Y yo: «¡qué va! No se preocupe. Nosotros no vinimos a dormir», y seguimos conversando hasta las tres o las cuatro de la madrugada. Perdí la noción de la hora. Sin duda estaba descubriendo fascinado a un hombre cuyo pensamiento cabalgaba junto al tiempo y más allá. Descubrí también a un extraordinario político de la izquierda revolucionaria que estaba muy lejos de ser un marxista dogmático. Recuerdo que me llevé la convicción de que en esa profundidad de pensamiento, estaban las razones de la crítica que le hacía cierta izquierda venezolana, rígida, encartonada, sin una sólida formación política, que por sus posiciones se había aliado a la derecha y allá también me hostigaba permanentemente. Creo que hasta le conté una anécdota que me había hecho un amigo, militante de uno de esos grupos. Cuando él era estudiante en la universidad, participaba clandestinamente en algunas acciones y un día tomaron un pueblito del llano, en Guárico. Iba con una patrulla guerrillera, pero los agarraron a todos, menos a mi amigo que estaba realizando su misión, la cual consistía en pintar las paredes con un spray. Él era el responsable de la «propaganda», pues, por ser estudiante universitario. Los demás, sus jefes, a duras penas sabían leer y escribir. En medio de la toma del pueblito, el muchacho perdió su caballo y el contacto con sus

compañeros. Tuvo que caminar hacia otro punto de reunión en no sé dónde, hasta encontrarse con el comandante de la patrulla, y le dijo: «Bueno, yo estaba cumpliendo con mi tarea, mientras los otros atacaban al pueblo...» «¿Y usted qué es lo que pintaba tanto ahí, y por eso se retardó?» «Yo pintaba: ¡Viva Lenin!, ¡Viva Lenin!» Y seguía preguntando el jefe este: «¿Viva quién?» «¡Viva Lenin, Lenin!» El jefe se sorprendió: «¿Y quién es Lenin?» Y antes de que el muchacho respondiera, el segundo jefe de la patrulla se le adelantó: «Déjalo quieto, chico, que ese Lenin es el jefe de Caracas...».

Es una anécdota, pero ilustra ese dogmatismo, esa falta de referente histórico de algunos «amigos». Fidel era todo lo contrario. En esa visita me impresionó la manera en que su proyección política se adaptaba a las nuevas circunstancias de América Latina, sin hacer concesiones de principios. Ese día me dijo —y luego lo repitió en el Aula Magna—: «Aquí a la lucha por la libertad, por la igualdad y la justicia la llamamos socialismo; si ustedes la llaman bolivarianismo, estoy de acuerdo», y agregó: «Si la llamaran cristianismo, también estoy de acuerdo».

Ya en esa primera reunión en Palacio, Fidel demostró su capacidad de ver más allá de los hombres de una época, más allá de donde nos permite el camino. Yo lo había percibido en la cárcel, durante mis lecturas de *Un grano de maíz*, y en La Habana lo confirmé. Tomás Borges le hizo a Fidel una pregunta similar a lo que en 1824 le hizo Joaquín Mosquera a Bolívar. Cuentan que Mosquera, quien sería presidente de la Gran Colombia, fue a visitar al Libertador a una costa peruana. Allí estaba Bolívar en una choza a la orilla del mar, solo, no tenía ejército, estaba enfermo de tabardillo, pálido, huesudo, sentado en una silleta rota. Y le preguntó Mosquera cuando lo vio así: «Libertador, ¿qué vamos a hacer ahora?» Bolívar se puso de pie como

impulsado por un rayo. Los ojos se le convirtieron en dos relámpagos: «¿Cómo que qué vamos a hacer ahora, Mosquera? ¡Triunfar! ¡Triunfaremos!».

Ante la pregunta de Borges —«cayó la Unión Soviética y cantan victoria en Washington, ¿y ahora qué será de Cuba?»—, Fidel reaccionó como Bolívar: «Vendrá una nueva oleada en América Latina, vendrá una nueva oleada». Solo él podía ver entonces hacia dónde íbamos y dónde estamos ahorita mismo. ¿Se dan cuenta? (Hugo Chávez)

ABRIL-JUNIO, LA CAMPAÑA DE LOS 100 DÍAS (VENEZUELA)

Dos Venezuelas conformaban el espectro del país en 1994: a un lado, la de los cerros, la orfandad social y los conucos, y la Venezuela del petróleo, los rascacielos y el placer y el lujo cosmopolita, en el otro. Fue la primera Venezuela, mayor y adolorida, la que allegó los materiales y preparó las condiciones para el cambio, y la que en ese proceso identificó a Chávez como su líder.

A pesar de las simplificaciones y los falseamientos, quien repase la prensa local en ese año, encontrará dispersos —pero perfectamente visibles— los nudos del complejo entramado que guiará los pasos del futuro Presidente del país. «Hoy existe una vasta masa popular que reúne a más del 60 por ciento de la población venezolana, la cual no solo se siente marginal a la cultura —en término de modo de vivir— de ese otro 40 por ciento, sino que la rechaza como una alternativa. Quisieran, por supuesto, salir de la miseria, del ámbito de la violencia cotidiana, del ghetto de marginalidad donde la han encerrado como si fuese una bestia rabiosa: pero saben que la clase política y empresarial, que controla el actual sistema jurídico y político no lo permitirá, so pena de renunciar a la mayoría de los privilegios, privilegios que, de manera eufemística, tienden a ser denominados como ‘el sistema democrático’», escribió Mario Sanoja, en la edición del 8 de abril, de *El Globo*.

El artículo, desde el título, iba al hecho: «Chávez es el comandante del desencanto». Ese sector marginado, según

Sanoja, «conforma el polo paradigmático de la liberación social y política, de la fe inquebrantable en los ideales, del no-compromiso con el sistema, de la fuerza de la voluntad para resolver los problemas».

Otro periodista de ese diario, Jesús Sanoja Hernández, terció en la polémica que se desató en los medios a propósito del activismo público de Chávez, con el inicio de la llamada «gira de los 100 días» que condujo a la dirección del MBR-200 a un largo periplo por el país: «Arturo Uslar Pietri había dicho en el Senado, cuando el bipartidismo estaba campante y las ferias electorales constituían una atracción, que Venezuela era el país en el cual Bolívar estaba esperando a las puertas del Congreso. Y a Bolívar, como a Simón Rodríguez y a Zamora, fue a quienes acudió Chávez cuando quiso darle basamento ideológico y emocional a la acción del 4F. Visto de ese modo, Chávez, más que una causa, es una consecuencia».

Salí de la cárcel como cuando le abren la puerta a un toro, que colea y sale disparado: «¡a recorrer el país!», esa era la inspiración. Salimos en una caravana por las principales ciudades, en una camioneta que llamábamos la «burra negra». Queríamos reunir a los cuadros civiles del MBR-200, que se habían estado organizando desde la prisión. Existía una dirección nacional, pero había que reformular las direcciones locales, regionales. Esa gira comenzó en los últimos días de marzo hasta junio, y convocamos a todo el mundo: gente de derecha y de izquierda, de extrema derecha, de extrema izquierda, gente apolítica, de todo, pero que estuvieran de alguna manera identificados con el cambio. Ahí comenzaron las presiones. Recuerdo que en ese año se producirían elecciones de gobernadores y de alcaldes, y nosotros salimos llamando a la abstención, con la consigna «Por ahora, por ninguno; Constituyente ya». Pero nadie sabía qué era una Constituyente y nos dijimos, pues «vamos a estudiar, a explicar, a responder mil preguntas Venezuela adentro.» (Hugo Chávez)

Antes de comenzar la gira, el 2 de abril, Chávez convocó clandestinamente la primera gran reunión cívico-militar, en una casa de Trebolcas, en el barrio de Chuao, en la que participaron además oficiales que lo habían acompañado en la rebelión del 4F y se mantenían activos en la FAN. El encuentro se inició con una caravana por Caracas –muchas de las reuniones transcurrían dentro de los carros en movimiento por la ciudad, para evadir los controles de la DISIP–. El objetivo principal era diseñar un modelo de organización política. De ahí saldrían varias direcciones de trabajo, relacionadas con la organización, la propaganda, la estrategia política...

En la reunión participaron grupos muy heterogéneos, entre ellos una dirección civil que había trabajado sectariamente en la calle, mientras el Comandante estuvo preso. Chávez salió de aquel encuentro con el convencimiento de que con ese grupo él no iba para el baile –como se dice en Venezuela–. O sea, que aquella estructura no conducía a ningún lado, y por eso, comenzó él mismo a construir su red de relaciones políticas y sociales con todos los sectores que se le acercaron, y a visualizar a mediano plazo lo que era pertinente para reconstruir el Movimiento. En medio de esa discusión, él propone irse inmediatamente a la gira de los 100 días: «Vamos al encuentro del pueblo para ver qué encontramos abajito ahí» –dijo. Esa gira, que recorrió Venezuela de punta a punta sin logística de ningún tipo, también la llamamos «el huracán bolivariano» y la consigna fue «la esperanza está en la calle...» (Nicolás Maduro)

En menos de una semana comenzó el recorrido de pueblo en pueblo. Personalmente se ocupó de establecer los contactos con dirigentes sociales y políticos de las regiones, y a explicarles el proyecto y a organizarlos. Logró contactos con varias corrientes políticas que desembocaban en dos posturas claramente divididas: la que defendía el propio Chávez, que

proponía un camino de no conciliación con el sistema, combinando todas las formas de lucha –incluida una posible insurrección cívico-militar–, y la del comandante Francisco Arias Cárdenas, compañero del 4F, que desde la cárcel había pactado con el gobierno y por esos días negociaba con el partido Causa R –que después terminó en la derecha más agresiva–. En este período se intensificó una de las campañas que explotarían alevosamente las fuerzas reaccionarias en Venezuela: Arias Cárdenas, el político; Chávez, el rebelde sin causa, el tirapiedras. Arias, el ideólogo; Chávez, el Rambo.

Nosotros no habíamos desechado la posibilidad de una vía armada. Llegamos a la conclusión de que teníamos que recorrer el país para evaluar bien la situación, y por eso desarrollamos una doble estrategia: el instrumento político organizativo de masas, en plena calle, con mítines y reuniones públicas, y al mismo tiempo, los encuentros clandestinos con los oficiales que seguían leales a la causa bolivariana y otros que se fueron sumando por el camino.

Al principio nos reuníamos con todo el mundo, incluyendo a Bandera Roja, pero en el camino me di cuenta cuán utópico era pensar que de ahí podía salir algo serio. Cada quien defendía intereses particulares, partidistas, sectoriales. En esos ambientes donde nadie es jefe y nadie reconoce a nadie, y todo el mundo es igualito, se habla mucho y se hace poquitico, poquitico. Algunos comenzaron a acusarme de caudillo. Desempolvieron algunas tesis que nos medían hasta el cabello y quienes las esgrimían eran más papistas que el Papa. Recuerdo las discusiones con una parte de la dirección del Partido Comunista, sobre todo con el ala obrera, que llegó al siguiente postulado: Chávez era dañino al movimiento obrero por su condición de caudillo, pues con él se pierde el sentido colectivo de la organización. Estaban indigestados con tesis mal interpreta-

das, totalmente distantes de la realidad. (Hugo Chávez)

En ese contexto, el gobierno de Rafael Caldera hizo todo lo posible para desarticular la organización de los militares leales a Chávez. Los que quedaron en el Ejército estaban dispersos y hostigados en los más apartados regimientos del país. A otros, les ofrecieron becas y cargos administrativos –al propio Comandante rebelde le propusieron una embajada, que él por supuesto, no aceptó–. Apostaron a la atomización del núcleo del movimiento en el ámbito militar, para obligar al MBR-200 a participar en el juego del sistema político.

Querían neutralizar el apoyo militar y conducirnos sin preparación a la vía electoral para derrotarnos. Ir a las elecciones fue un riesgo que corrimos más tarde y pensamos bastante la decisión de presentarme como candidato a las elecciones. Me chocaba muchísimo... (Hugo Chávez)

El gobierno subestimó el contexto, pero Hugo Chávez vio que la única alternativa posible era irse de pueblo en pueblo en misión bolivariana. Lo hizo sin recursos, con un pequeñísimo grupo de leales colaboradores que lo acompañaron voluntariamente sin pedir nada a cambio, y dejando atrás, en Caracas, una verdadera olla de grillos entre sus supuestos «aliados» políticos. ¿Cuál era su estado anímico? ¿Se sentía solo?

No, no podía sentirme solo, porque llegara adonde llegara se producía la misma avalancha que cuando salí de la cárcel. Yo no podía caminar por ningún sitio sin ver pueblo por todos lados. Desde que salí de Yare no he podido caminar 100 metros solo. Pensaba entonces que con el paso del tiempo podría ir tranquilo por una calle, pararme en una esquina, tomarme un café, sentarme con una muchacha a la orilla del mar. No ha podido

ser. No conozco la palabra soledad. No sé lo que es estar solo. (Hugo Chávez)

MIÉRCOLES, 14 DE DICIEMBRE (LA HABANA)

En la madrugada, Chávez e Isea llegan a la casa de Protocolo que los alojará durante dos breves e intensas noches en La Habana. El joven ayudante mira el reloj: dentro de cuatro horas pasarán a recogerlos para visitar la Academia de las Fuerzas Armadas Revolucionarias «Máximo Gómez», un lugar que los entusiasma particularmente. Aunque están agotados, el sueño aún no llega.

Ambos estábamos muy impresionados. Al Comandante Chávez le costaba creer que lo que estábamos viviendo fuera verdad. Comenzó a preparar unos apuntes para la conferencia del día siguiente, pero no adelantaba mucho, porque estaba eufórico. Se sonreía y me preguntaba una y otra vez: «¿Tú te imaginas lo que significa que Fidel Castro nos fue a recibir al aeropuerto?». (Rafael Isea)

A las siete de la mañana ya están levantados. Han dormido, si acaso, tres horas. Chávez revisa con un poco más de calma los apuntes para su conferencia en la Casa Bolívar. Comienzan a acostumbrarse a la idea de que lo ocurrido no ha sido un sueño y que, efectivamente, Fidel no solo los ha atendido con deferencia, sino que faltan todavía nuevos encuentros, nuevas emociones. Mientras saborea el jugo del desayuno, Isea recuerda con cariño uno de los tantos momentos de la conversación de la víspera.

En algún momento de la reunión, el Comandante Chávez esbozó el proyecto político bolivariano, su objetivo esencial: la transformación de la sociedad venezolana a través de un proceso revolucionario con el pueblo a la cabeza, como prota-

gonista. «¿Con qué cuentan?», preguntó Fidel. Y mi Comandante le contestó: «bueno, tenemos un movimiento que está creciendo. Ya estamos organizando coordinaciones en todos los estados del país y tenemos organizaciones de base. Hemos hecho alianzas y seguimos hablando con algunos partidos afines... Haremos la Revolución en Venezuela y también, la Revolución continental». Y yo abría los ojos asombrado y creo que Felipe Pérez Roque, que entonces era su ayudante y se había sentado a mi lado, se dio cuenta de mi mirada y de mis gestos. Entonces le expliqué: «Pero si en las reuniones del movimiento siempre somos los mismos cuatro gatos y no tenemos dinero ni para comer». Yo no lograba ver más allá de mis narices, pero Chávez sí era capaz de percibir lo que estaba gestándose en el interior de la organización, lo que era ya un proceso indetenible y lo que se desencadenaría en el futuro de Venezuela. (Rafael Isea)

Cuando llegan a la Academia Militar de las FAR «Máximo Gómez» los espera en la puerta el director, general de brigada Juan B. Pujols Sánchez. El anfitrión les muestra la Galería del Pensamiento Militar, que expone frases, fotografías y mapas tácticos; también, el Museo, el Centro de Estudios, las aulas de Exploración, Disposición combativa y Comunicaciones. En un pequeño salón dedicado al protocolo, el general Pujols prende en el pecho de los visitantes un sello con una imagen de la escuela y le regala a Chávez la réplica de la cartera de campaña que utilizó el Generalísimo Máximo Gómez durante las guerras por la independencia de Cuba.

Visitan un batallón de tanques bajo la tierra y se maravillan cuando les presentan al comandante de esa tropa, una muchacha que explica con soltura y brillantez el tipo de arma, cómo funciona, las características de las fortificaciones y cómo preservan los tanques dentro de los húmedos túneles. En las conversaciones con los oficiales cubanos van conociendo la táctica militar de la isla y su

carácter puramente defensivo, cómo se moviliza al pueblo para la preparación combativa, cómo se conforman las tropas. Chávez aprecia las similitudes de la estrategia cubana con las concepciones para la unión cívico-militar que él había sustentado durante años de organización del Movimiento Bolivariano Revolucionario.

La unidad cívico-militar fue siempre fundamental para el proceso bolivariano, incluso en las condiciones que encontramos a la salida de la cárcel. Si una lección histórica comprendimos muy bien fue que la causa de la derrota de la guerrilla en Venezuela estuvo en el aislamiento del movimiento popular. Muchos venezolanos que pudieron ser líderes en las universidades, en las ciudades y líderes obreros se fueron a la vía armada y se aislaron durante un par de décadas, y cuando regresaron a la vida política, traían la terrible enfermedad de la conspiración permanente, del foco permanente, y se olvidaron de la teoría de las masas... Por eso desde los inicios de nuestro movimiento concebimos un proyecto político capaz de entender la necesidad de la fusión de las fuerzas militares y las fuerzas populares. La guerra que teníamos por delante era política, era otra forma de guerra, pero teníamos que estar preparados para enfrentar, si las circunstancias lo exigían, el paso a la guerra armada. El movimiento debía tener la posibilidad de preverla y de hacerla; eso debía estar en los planes, en las previsiones, en los escenarios, bien fuera en ese proceso hacia el poder, o en el proceso de control del poder, e incluso, después de haber llegado a ese control... (Hugo Chávez)

Chávez e Isea se detienen, fascinados, en el local donde están las maquetas de las grandes batallas de la historia humana, escenarios reproducidos con soldados, armas, árboles y montañas en miniaturas que parecen cobrar vida cuando son señalados por el puntero de los oficiales. Ahí están

Waterloo, Stalingrado, las acciones del Ejército Rebelde... Ambos se agitan ante la réplica de la Batalla de Carabobo, que dio la independencia a Venezuela en junio de 1821. En una pequeña placa, están grabadas las preciosas palabras de José Martí que rememoran a Bolívar: «Mira, húmedos los ojos, al ejército de gala antes de la Batalla de Carabobo, al aire colores y divisas, los pabellones viejos cerrados por un muro vivo, las músicas tocadas sueltas a la vez, el sol en el acero alegre». Qué estímulo para comenzar el día, piensa el Comandante bolivariano, y ya sabe que se reencontrará con el Apóstol Martí una hora después. El Historiador de la Ciudad de La Habana, Eusebio Leal, le ha prometido una visita a la Casa Natal del Héroe Nacional de Cuba.

JUNIO-JULIO (VENEZUELA)

El Gobierno tomó medidas más drásticas. Por todas partes llegaban noticias de la acogida popular al teniente coronel retirado. Lo seguían llamando golpista y corrían con chismes sobre las diferencias entre los militares que protagonizaron la rebelión del 4F, pero la prensa se hacía eco con cierta simpatía de las declaraciones de Chávez y las fotografías mostraban los cálidos recibimientos en pueblitos donde nunca habían puesto sus pies los políticos de los partidos tradicionales, que por casi medio siglo se alternaban en el poder. Había que parar aquello cuanto antes.

En un suntuoso hotel de Caracas, los dueños de los principales medios de comunicación venezolanos se reunieron a puertas cerradas y acordaron levantar un muro de silencio. No daba resultado hablar de Chávez, ni en bien ni en mal. Creyeron que al negarle la existencia en la prensa, lo aniquilarían en la realidad. Efectivamente, el Comandante desapareció de los periódicos, la radio y la televisión, pero él siguió, como un topo, abriéndole el paso al MBR-200 en las entrañas del país y socavando desde adentro las estructuras de poder.

Yo no desaprovechaba ningún espacio. Lo mismo estaba en una reunión con 20 personas, que en la

plaza pública. Pero la orden fue crearme todo tipo de problemas. Me tocó estar en una emisora de radio en Guasdualito, en la que de repente se fue la luz en todo el pueblo. Mandaron a quitar la corriente solo para que no se transmitiera el programa. (Hugo Chávez)

Pero esa era solo una parte de los problemas, y no el más dramático para Chávez y sus seguidores. Sabían que en la conciencia de los venezolanos se había logrado establecer un ancho canal de comunicación entre lo mítico y lo real del bolivarianismo, muy difícil de destruir. Las encuestas seguían reflejando un amplio apoyo al líder rebelde. El gran dilema era cómo evadir el cerco policiaco, cómo sufragar los gastos del Movimiento al margen de la corruptela política, qué hacer para multiplicar con mayor agilidad las bases de la organización.

El Chávez que salió de la cárcel aquel Sábado de Gloria comenzó a vivir acosado. Yo andaba a la defensiva, como el elefante en el desierto del cual habla Nietzsche, a propósito de la transmutación del espíritu en Zaratustra. Andaba todo el tiempo rodeado por la DISIP. Salía a una esquina y allí estaban cuatro motos detrás de mí. Me acusaban de todo. Dondequiera que iba inventaban algo. Ahí viene el terrorista, decían. Tenía que andar siempre cuidándome de las fotos y revisando los lugares antes de entrar, porque me sembraban drogas o armas. Si dejábamos solo el carro, nos sembraban un fusil. Una vez la DISIP intentó sembrar fusiles en la finca de mi papá, para decir que estábamos organizando una guerrilla. Si viajaba a Colombia, decían que era para reunirme con el ELN. Si me iba al sur, me acusaban de andar al habla con Pinochet... En medio de todo eso, no teníamos un centavo. Los muchachos que me acompañaban a veces dormían en el suelo y no tenían ni qué comer. Una vez los encontré comiendo cambure (plátano), que habían encontrado por ahí.

Nadie que tuviera un poquito de recurso, nos daba nada, porque había una persecución implacable. Creo que esos muchachos andaban conmigo porque eran tan locos como yo: no tenían sueldo, ni yo tenía con qué pagarles. Algunos dejaron sus familias y, para colmo, se la pasaban en la cárcel. En una ocasión, los metieron a todos presos y yo era el único que estaba en la calle, porque a mí no me tocaban. Temían como al diablo la reacción popular. Hubo momentos en que me sentí sepultado en mi propia patria: «Chávez no existe», dijo alguien en la televisión. Utilizaron la estrategia de aislar-me, anular-me y eliminar-me políticamente, moralmente, popularmente. Me convertí en un animal a la defensiva, que es la forma más difícil en que se lleva una guerra. (Hugo Chávez)

También apostaron al acoso de su vida privada.

Yo conocí, pues, la angustia del Comandante Chávez cuando se separó de sus hijos. No se acostumbraba a esa situación y Huguito se fue a vivir con él. Vi muchas veces a Chávez sentado a su lado para ayudarlo con las tareas. Lo escuché hablando por teléfono con los maestros y los profesores para que le aceptaran un trabajo que el niño no había podido presentar a tiempo. Con todo lo que tenía que hacer, con todas esas responsabilidades encima, él estaba muy pendiente de lo que era la educación de su hijo. Lo ayudábamos. A veces los muchachos de la escolta llevaban a Huguito hasta el colegio y luego lo iban a buscar. Pero el Comandante se daba cuenta de que no tenía suficiente tiempo para dedicárselo como él quería, y vivía atormentado con ese dolor. (Cilia Flores)

Ese año andaba yo en divorcio y enamorado. Tenía una novia en Caracas y hubo una presión bár-

bara, bárbara para desestabilizarme, para que me quedara solo. Recibíamos llamadas anónimas, amenazas de muerte. Sabían que Nancy, la madre de mis tres hijos mayores, y yo nos habíamos separado y que para mí ese era un dolor muy grande, porque no me acostumbraba a la separación de mis hijos. Yo había sido siempre un hombre muy de la casa, de los muchachos. Cuando salí de la cárcel tuve que aceptar la idea de que, en libertad, no iba a vivir con mis hijos. Rosa Virginia, la mayor, tenía 16 años; María, 14, y Huguito, 10... Duele el alma, eso duele mucho, duele y nunca se sana. Pasan los años y nunca se sana.
(Hugo Chávez)

Sabían que ese era solo el comienzo de una lucha que había que continuar. Perseguida, silenciada, satanizada, la dirección del Movimiento recurrió a todas las estratagemas posibles para evadir el hostigamiento, seguir el curso de su táctica nacional y demostrar que se estaba conformando un espacio político autónomo que no se parecía a ningún otro. La osadía y el ingenio frente al acoso escribieron por esos días algunas de las anécdotas más simpáticas de la historia del MBR-200.

No se imaginan cuántas cosas tuvimos que hacer para evadir a la DISIP. Hasta me disfrazaba. Tenía una peluca loca, con un sombrero, que me consiguió Freddy Bernal, y también usé bigotes postizos y cosas así... (Hugo Chávez)

Fui el asistente del Comandante durante unos seis meses. Asistía con él a reuniones públicas, y también, me encargaba del movimiento policial clandestino. Estábamos tan desesperados con la persecución, que un día él me pidió que le consiguiera una peluca para encubrirse un poco: «Freddy, si seguimos así, yendo a los encuentros secretos a cara descubierta, nos va a fregar la DISIP». Averigüé con

una amiga y encontré una buena peluca, pero costaba 35 000 bolívares. Eso era muchísimo dinero para nosotros. Chávez me dijo: «No, Freddy, lo que tengo son 10 000, y mira a ver qué puedes hacer con eso». Conseguí una peluca de segunda mano, bastante buena, pero con un defecto: tenía un mechón verde. No había otra opción mejor, y Chávez se la puso, porque debíamos asistir a una reunión muy secreta e importante, con oficiales en activo que coordinaba Wilfredo Medina, en el Estado de Falcón. Los dos fuimos disfrazados. Recuerdo que Chávez se reía muchísimo, porque parecíamos dos locos. Yo andaba con el pelo largo teñido de amarillo y él me decía: «Te pareces a Sandro», un cantante argentino que usaba una melena que le llegaba a la mitad de la espalda. Y él, bueno, se lo imaginan: con la peluca de la mecha verde... Después de la reunión, como a las siete de la noche, nos paramos en un restaurancito de esos de carretera a comer algo. Estábamos en la mesa y nos pasó por delante un borracho, nos miró y siguió de largo. Después volvió a pasar otra vez, volvió a mirar y siguió. Chávez comenzó a preocuparse: «Freddy, qué le pasará al borracho; mira mucho para acá». Cuando pasó por tercera vez, el borrachito se paró frente a nosotros, miró con descaro y soltó una frase que fue como una bomba: «Si no fuera por la peluca, yo diría que ese es Chávez». Imagínense, nos quedamos fríos. Me acuerdo que el Comandante se viró para mí, se quitó la peluca y me dijo: «Freddy, chico, toma tu vaina. Si ese borracho me reconoció, qué queda para la DISIP». (Freddy Bernal)

MIÉRCOLES, 14 DE DICIEMBRE (LA HABANA)

Han llegado a la vieja Habana amurallada por el mar y la luz, a la ciudad pétrea, a la plaza de los adoquines. Las calles aquí son más estrechas, más bajas, más llenas de puertas, ventanas y

balcones desbordantes de colgajos de ropas. Hay gente en los portales, en las aceras, grupos en las esquinas, junto a los postes del alumbrado que todavía no se han encendido. Gritan, saludan, saltan de alegría cuando descubren a Fidel. Alguien advierte que quien va a su lado es Chávez, el venezolano que hoy aparece en la primera plana del diario Granma. «¡Es más joven de lo que se ve en el periódico!», señala con el dedo una mujer al visitante, que ha dejado la boina roja en el asiento del carro y viste con elegancia un liquilique de color azul prusia.

La esquina de la calle Mercaderes, entre Obrapía y Lamparilla, ha sido despejada para la ceremonia. Dos engalanados militares traen en andas la corona de flores rojas y amarillas, que colocan al pie de la estatua de Bolívar y va escoltada por Fidel y Chávez. Guardan un minuto de silencio. Antes de entrar en la Casa, que queda frente al parque, el Historiador de la Ciudad Eusebio Leal explica que este monumento, réplica del que se encuentra en la Plaza de Armas de Santa Fe de Bogotá, está ubicado no lejos del sitio por donde arribó el Libertador a La Habana, el 25 de marzo de 1799, cuando tenía apenas 16 años y hacía su primer viaje a Europa.

«Llegó –dice Eusebio– en el navío de guerra de Su Majestad San Idelfonso, que había estado bloqueado en el puerto de Veracruz por los británicos. Al romper la vigilancia, se acercó a la Bahía de La Habana, escala indispensable antes de continuar navegando. El barco permaneció tres días en el puerto, mientras tomaba las últimas provisiones».

En La Habana existen tres monumentos relevantes, consagrados al Libertador –añade Eusebio, cuando ya trascienden el umbral de la Casa Bolívar–. El primero, un sencillo busto, está ubicado en el Parque de la Fraternidad Americana. Otro, reproducción de la estatua ecuestre cuyo original se encuentra en Quito, se puede ver en la Avenida de los Presidentes. Y este que acaban de honrar, es copia fiel de la pieza en bronce que erigió Pietro Tenerani, en 1832, a petición del general París, cuando aún era reciente la muerte de Simón Bolívar.

En el patio interior de la Casa esperan unos 50 invitados, entre ellos, el ex presidente nicaragüense Daniel Ortega, ante

quien Chávez y Fidel se detienen para un breve saludo. Leal sube al podio de madera que solo guarda una pequeña mesita y una silla decimonónicas de caoba labrada. Presenta al invitado. Explica que el edificio fue restaurado en 1993, con el apoyo del Ateneo de Caracas, donde Chávez y él se conocieron. Esta casa ha quedado como sala de conferencia y exposición de arte contemporáneo, en especial de Venezuela y América Latina. Alberga una muestra permanente sobre la vida y obra de Simón Bolívar, a cuya memoria se consagra.

El patio era pequeño y acogedor. La casa preciosa. Junto a Daniel Ortega, Fidel se sentó en la primera fila sin quitarme la vista de encima. Yo estaba un poco intimidado, lo confieso. (Hugo Chávez)

Pero a Chávez no se le nota nerviosismo alguno. Habla con pasión y hondura y presenta el programa de la Revolución bolivariana, la posibilidad de realizar el sueño inconcluso de Bolívar. Cuando el Libertador muere, se queda por hacer la unión americana y el ideal de una Venezuela en la que todos fueran realmente ciudadanos y «pensemos en tener Pan, Justicia, Enseñanza, Moderación», como predicó el maestro Simón Rodríguez. «Nosotros –dice el líder del MBR-200– estamos convencidos de que en Venezuela hay que hacer una revolución en lo económico, en lo social, en lo político, en lo moral... Por eso el Movimiento Bolivariano Revolucionario-200 –este número alude al bicentenario del gran prócer americano–, está convocando a una Asamblea Nacional Constituyente y estamos apresurando pasos para lograr este objetivo estratégico, convencidos de que el pueblo venezolano, con la espada de Bolívar, va a hacer realidad su sueño».

Ante la personalidad de Chávez todos los líderes latinoamericanos que habían pasado por La Habana en ese entonces, palidecían. El tiempo lo demostró. En este viaje a La Habana empezó esta relación de amistad con Fidel que va a ser modeladora de su expectativa y que se va a fortalecer a medida que se

van conociendo más profundamente. Yo nunca vi antes un cariño por Fidel, una devoción por Fidel, una lealtad a Fidel como esa. Años después, en Venezuela y siendo Chávez Presidente, nos despedimos en Miraflores. En privado, solo con su escolta, me dijo: «No vamos a fallarle», y eran aquellas palabras las de un hombre extraordinario, palabras difíciles de escuchar en ningún tiempo. ¡Y mira que hemos visto líderes revolucionarios y amigos!, pero nadie como él. (Eusebio Leal)

... 30 DE JULIO (CARACAS) ...

No se dio tregua. Terminó la gira por Venezuela, con miles de kilómetros en el contador de la «burra negra», y se fue a Colombia. Empezaba la batalla internacional. El MBR-200 necesitaba apoyo en la región e integrarse a sus corrientes revolucionarias. Tenía también ante sí el reto de demostrar una vocación y una capacidad para servir al destino del país en el destino latinoamericano. Al regresar de Boyacá, Chávez convocó a una conferencia de prensa en el Ateneo de Caracas. Era la mañana del sábado 30 de julio. Apenas concurren periodistas y a los pocos que fueron, al día siguiente no les publicarían nada. Seguía en pie el muro de silencio.

Cuando ya casi me iba del Ateneo, me dijeron que había un cubano hablando de Bolívar, en una de las salas del piso superior. Subí, pero cuando llegué, ya se estaba terminando la conferencia. La impartía Eusebio Leal, el primer cubano que me invitó a la Isla. (Hugo Chávez)

Había conocido antes a tres médicos cubanos, cuyos nombres no recordaba. En 1989, cuando estaba designado como ayudante personal del secretario del Consejo Nacional de Seguridad y Defensa, en el Palacio Blanco de Miraflores, le pidieron que atendiera a unos invitados especiales del presidente Carlos Andrés Pérez.

Me dijo mi general: «Chávez, vienen unos médicos cubanos, a quienes voy a atender. Después quisiera que tú, que sabes de historia, los lleves al Salón de la Patria y al Salón Ayacucho, en Miraflores. Después fui a almorzar con ellos. El Presidente me lo ha pedido.» Por supuesto, los atendí y les pregunté sobre la situación de la Isla y cómo estaba el Presidente Castro. En ese momento había un acercamiento con Cuba. Fidel había venido a la toma de posesión y al parecer, se estaba activando algún mecanismo de cooperación de salud. Me invitaron a almorzar con ellos. Cuando iba a cambiarme porque yo iría de civil, el general me pidió que me quedara para chequear un trabajo. Acompañé a los tres médicos y al general hasta la salida del Palacio, y me despedí: «Algún día nos veremos en La Habana y tendré el honor de invitarlos a almorzar». (Hugo Chávez)

Después de la frustrada conferencia de prensa, Chávez caminó hasta la sala y entró por una puerta lateral. La media luna de las gradas estaba casi en penumbras, mientras que el escenario iluminaba al historiador cubano, quien conmovía al auditorio con una conferencia sobre la casa habanera de Bolívar y los lazos del Libertador con Cuba. Chávez se sentó al final del teatro, sintiendo haberse perdido casi toda la disertación.

No olvidemos que hay una razón venezolana muy profunda en la Historia de Cuba. Venezuela ha sido siempre el punto de partida de una patria grande en el ideal latinoamericanista de Martí, que analizó todo ese período creador, fundador e inconcluso bolivariano.

Segundo, fue allí, en Venezuela, donde se dictó una de las solidaridades más valientes e intensas con la insurgencia cubana en la Sierra Maestra. Tuvimos la suerte de tener a uno de los historiadores bolivarianos más importantes, a un apóstol que recorrió el mundo entero, cuando Chávez era un

adolescente, y habló por toda la tierra de Bolívar como precursor del antiimperialismo. Ese hombre fue Francisco Pividal, quien descubrió la raíz de la estirpe cubana de Sucre, de la familia Bolívar, de Cedeño, de los cubanos que participaron en el Ejército Libertador internacionalista... (Eusebio Leal)

Cuando terminó su conferencia, entre aplausos y saludos, alguien le comentó a Leal que al final de la sala había estado escuchándolo el Comandante Chávez y que aún no se había retirado de allí.

Atravesé el salón, fui hasta la última fila, le di un abrazo y lo llamé por el nombre guerrillero y patriótico de su antepasado –«Maisanta»–, y lo abracé. Tuvimos una conversación sobre Martí. Habló de nuestro Apóstol, que fue también una inspiración para su generación. Inmediatamente que terminó ese afecto, le dije: «¿Por qué no va a Cuba?» Él me contestó: «Yo iría a Cuba, claro. Llévelo este mensaje a Fidel: dígame al Comandante que he sido un admirador de su obra y, además, que su obra y su vida me han inspirado». Nos abrazamos y nos despedimos. Sí, yo lo invité. No me tomaba una atribución que nadie me había dado, sino es lo que le decimos a cualquier persona que manifiesta admiración por Cuba en cualquier parte de la Tierra: «Vaya a Cuba, allí usted va a ser bien recibido, va a ser amado, va a ser correspondido.» Era la verdad y no una formalidad, y él lo vio así, dentro de la sencillez con que me saludó en aquel teatro vacío... Cuando llegué a La Habana, le comenté mis impresiones a Manuel Piñero, que había sido jefe del Departamento América del Partido y un gran amigo personal: Chávez es joven, delgado, de buena expresión, calor en la palabra, sinceridad, modestia y una admiración por Cuba intensa. (Eusebio Leal)

MIÉRCOLES, 14 DE DICIEMBRE (LA HABANA)

Richard Velázquez, el presidente de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), en el Instituto Superior de Diseño Industrial, se asoma desde el balcón frontal del Aula Magna. En los bajos, está prácticamente llena la sala y los estudiantes conversan entre sí, saludan a los recién llegados o repasan en silencio la lección de la tarde. Algunos miran con ansiedad para la puerta, por donde se espera que entren los invitados. Junto con dos muchachos de su Facultad, Richard desenrolla uno de los carteles que han preparado unos minutos antes, en el que han dibujado, con letras grandes y cuidadas, un pensamiento de Bolívar...

Preparamos un par de carteles de ahora para ahorita y los colgamos en el balconcito, frente a la presidencia del Aula Magna. A mí me habían llamado unas horas antes de la FEU Nacional. «Oye, el Comandante en Jefe va a estar hoy en el Aula Magna y hay que irse para allá a las 7 y media de la noche. Lleva a diez muchachos contigo». «Pero ¿quién es el que viene con él?», pregunté. «Vamos a recibir allí al teniente coronel retirado Hugo Chávez Frías». Salí a buscar a los muchachos a la beca y ellos me hicieron la misma pregunta: «¿Quién es Hugo Chávez?» Francamente, no conocía mucho, salvo lo que decía el periódico en la mañana y traté de buscar más información. Llamé por teléfono a la FEU Nacional y me salió alguien medio desinformado: «sabemos que intentó dar un golpe de Estado en Venezuela». Digo: «¡cómo!, ¿un golpista?... Bueno, correcto, okey». Y colgué. Regresé a explicarle a los muchachos y me dije antes a mí mismo: aquí hay que acudir a los principios. «Compañeros: el hombre metió un golpe de Estado en Venezuela... Bueno, aquí todo el mundo sabe lo que es un golpe de Estado, con la tradición que hay en América Latina, el gorilismo y no sé qué más,

pero es un invitado de Fidel el que estará con nosotros en el Aula Magna, y tiene que haber alguna razón grandiosa por la cual él quiere hacerle un homenaje. Nosotros tenemos que estar allí y tenemos que cumplir con la FEU, con la Revolución y con Fidel». Y los muchachos –que usualmente en el ISDI son muy críticos con todo, por las características de nuestra profesión–, salieron de la beca para el Aula Magna sin chistar. (Richard Velázquez)

En la puerta del hermoso anfiteatro, esperan expectantes el rector de la Universidad de La Habana, Juan Vela Valdés, y Otto Rivero Torres, quien lleva pocos meses en el cargo de presidente nacional de la FEU. Es la primera vez que Fidel asiste al Aula Magna, después de los hechos del 5 de agosto en la capital cubana, una fecha que gravita con fuerza sobre el espíritu de los universitarios. En medio de las provocaciones norteamericanas para estimular un grave incidente migratorio que les sirva de pretexto para invadir a la Isla, ese día de 1994 un grupo de delincuentes intenta emigrar por la fuerza y protagoniza una escaramuza en el Malecón. En el Hotel Deauville, los malhechores agreden a un policía y a los vecinos que los enfrentan en la calle. El pueblo habanero sale espontáneamente a defender la Revolución y colma las avenidas principales de La Habana Vieja, junto a la bahía, con Fidel al frente. El Comandante en Jefe ha llegado al lugar cuando se están produciendo los primeros enfrentamientos y da órdenes de no utilizar las armas. En minutos, como por arte de magia y sin violencia alguna, el Malecón es solo de los revolucionarios. Cuba decide abrir sus fronteras.

Es vital recordar esta fecha y la relación que en esa etapa el Comandante en Jefe tuvo con los universitarios, para entender por qué el homenaje a Chávez se produce en el Aula Magna con los estudiantes. Desde inicios de los 90, Fidel tuvo encuentros permanentes con los dirigentes nacionales de la enseñanza media y de la FEU. Los visitaba en la beca,

dialogaba con ellos, debatía los problemas internacionales y compartía con ellos los libros que estaba leyendo. Era una relación muy intensa, hasta el punto de que, el 5 de agosto, cuando recibió la noticia de lo que estaba ocurriendo, la primera idea que tuvo fue irse a la escalinata de la Universidad de La Habana y salir en marcha desde allí con los estudiantes. Felipe Pérez Roque, que había sido presidente de la FEU y en ese momento era su jefe de despacho, le recordó: «Comandante, la Universidad está de vacaciones en este momento». Los jóvenes, realmente, habían tenido una actitud muy leal y combativa. Recuerdo que en la misma madrugada del 6 de agosto, los propios estudiantes universitarios, fundamentalmente de Matanzas y Pinar del Río que estaban pasando las vacaciones en un centro de la capital, se fueron voluntariamente a cuidar la Universidad y el Malecón, desde El Castillito hasta La Punta. Es decir, de un extremo a otro... Estaba muy viva en la mente de Fidel la participación de los muchachos en esas batallas, y tuve la impresión de que él presintió que entre nosotros y Chávez se iba a generar una fuerte corriente de simpatía. (Otto Rivero)

Cuando llegan Fidel y Chávez, acompañados por Eusebio Leal y Felipe Pérez Roque, Otto se adelanta a darles la bienvenida. En la mano izquierda aprieta unas cuartillas escritas poco antes, con palabras de recibimiento: «La Universidad siente el orgullo de abrir las puertas de nuestra Aula Magna a los amigos verdaderos». Algo así también le dice ahora al Comandante venezolano, quien sujeta con calor la otra mano de Otto, libre de los papeles, sin dejar de mirarlo directamente a los ojos. Al Presidente de la FEU le impresiona la juventud de Chávez, su desenfadada sonrisa, el gesto de humildad con que recibe la bienvenida, y piensa: «este hombre va a conquistar a los estudiantes».

Así fue. Las palabras de Chávez fueron brillantes e impresionaron mucho a los muchachos. Logró una comunicación perfecta. Yo miraba las caras y los veía a todos atentos y por momentos, deslumbrados. Esperaban un militar de carrera, más formal, y encontraron a un político joven, inteligente, que no trajo un discurso escrito ni tenía un tono academicista; era una reflexión meditada y apasionada a la vez. Era alguien que soñaba con la Revolución bolivariana y que habló con humildad, pues comenzó diciendo que no merecía tanto honor. Aquel auditorio—que no era cualquier auditorio, sino uno muy exigente y preparado—captó la delicadeza que tuvo Fidel con su invitado. Siempre que había acompañado a algún visitante de primer nivel al Aula Magna, el Comandante en Jefe escuchaba sentado en la primera fila. Con Chávez cambió el protocolo y se sentó a su lado, junto a la mesa presidencial. Ese fue otro mensaje que interpretaron muy bien los estudiantes. Con ese gesto nuestro Comandante le estaba diciendo a los muchachos: este hombre es como si fuera uno de ustedes y debemos quererlo. (Otto Rivero Torres)

Rafael Isea avanza detrás de Chávez por el pasillo principal y se acomoda en primera fila, junto a Felipe:

Cuando íbamos entrando, percibía expresiones de «quién será este personaje». Como un recelo. Supongo que pensarían: «vamos a escuchar, vamos a ver qué dice, qué tiene, qué trae». Pero poco a poco aquella nube se disipó. Lo sentí perfectamente, y creo que tuvo que ver con la honestidad con que habló el Comandante Chávez. Yo, en lo personal, pasé por esa experiencia cuando decidí incorporarme a trabajar directamente con él en 1994 —y lo hice hasta 1998—, en que me fui al estado donde nací, Aragua, a asumir otra responsabilidad política—. El primer día que hablamos le pregunté: «¿pero qué vas a ha-

cer?» Y él me dijo: «Esto y esto... No tengo todavía muy claro cómo lo vamos a hacer, pero nosotros lo haremos». Nos contagiaba de su fe y de su optimismo, sin que uno sintiera que estaba hablando con un utópico. Lo que él argumentaba tenía fundamentos muy sólidos. «Estamos soñando, pero estamos soñando con los ojos abiertos, que es la única forma de que se puedan hacer realidad los sueños», decía y luego repetíamos todos nosotros. Yo me di cuenta de que eso lo captaron muy bien los estudiantes aquel día. (Rafael Isea)

Después de las palabras de Otto, habla Chávez y luego, Fidel. Antes de que se escuchen los aplausos finales, han transcurrido dos horas. Los estudiantes que entraron al Aula Magna ya no son los mismos que salen a la Plaza Cadenas y bajan la escalinata, rumbo a la parada del ómnibus y el albergue universitario, con sus libros debajo del brazo o en las mochilas. Cuando cierra la puerta detrás del último invitado, quedan atrapados todavía dentro del edificio los ecos de los dos Comandantes.

Chávez: «Algún día vendremos a Cuba en condición de extender los brazos y en condiciones de mutuamente alimentarnos en un proyecto revolucionario latinoamericano». Fidel: «Hombre modesto, muy modesto, verdaderamente modesto, considera que no es acreedor a ninguna de las atenciones recibidas». Chávez: «Como Aquiles Nazoa dijo de Martí, nos sentimos de todos los tiempos y de todos los lugares». Fidel: «Estoy seguro de que habrá muchos hombres como Hugo Chávez, porque las ideas surgen de las realidades; sus ideas surgieron de las realidades que están viviendo, arraizadas en el pensamiento de los fundadores de la independencia de los países de América Latina». Chávez: «Estamos dispuestos a dar el todo por el todo por el cambio necesario en Venezuela». Fidel: «Solo la revolución que

ponga fin a las injusticias, solo la revolución que ponga fin a esos sistemas, más tarde o más temprano, será la que resuelva los problemas sociales de nuestros pueblos». Chávez: «El siglo que viene es para nosotros, el siglo de la esperanza, de la reencarnación del sueño bolivariano, del sueño de Martí, del sueño latinoamericano». Fidel: «Cada cual lo llamará de una forma o de otra. Nosotros es bien sabido que lo llamamos socialismo, pero si me dicen: eso es bolivarianismo. Diría: estoy totalmente de acuerdo. Si me dicen: eso se llama martianismo, diría: Estoy totalmente de acuerdo. Pero algo más, si me dicen: eso se llama cristianismo, yo diría: ¡Estoy totalmente de acuerdo.» Chávez: «Un inmenso abrazo bolivariano para todos ustedes...». Fidel: «¡Vivan las ideas de Bolívar! ¡Vivan las ideas de Martí!».

Diez años después, con estas frases cruzadas en notas, reseñas y antiguas grabaciones, dos periodistas cubanos le preguntan al Comandante Hugo Chávez a 30 000 pies de altura, si siente que ya ha ganado el honor que dijo no merecer en su discurso del Aula Magna: «Todavía no», responde de inmediato. ¿Por qué?

Allá en la Universidad de La Habana Fidel me dio la oportunidad de hablar y de expresar nuestro proyecto, cuando muchos me tomaban por un loco. Él se sentó a oírme y me creyó cuando traté de articular una concepción manejada, madurada, macerada durante años con dolor, con lágrimas, con sangre. Pero lo que entonces estaba empezando a caminar aún no ha acabado, no se ha cumplido del todo. Hay mucho camino por delante todavía. (Hugo Chávez)

12 DE SEPTIEMBRE (CARACAS)

La primera noticia de Hugo Chávez que aparecía registrada en 1994 en los archivos del Consejo de Estado, estaba fecha-

da el 28 de marzo de 1994. Norberto Hernández Curbelo, quien era entonces el embajador de la Isla en Venezuela, había escrito una nota al Comandante en Jefe sobre la salida de Hugo Chávez de la cárcel y comentaba: «El fenómeno Chávez hay que seguirlo con atención los próximos meses».

Una segunda evidencia, del 1ro de septiembre, informaba brevemente la conversación entre el líder bolivariano y Eduardo Fuentes, representante en Caracas del Departamento América del Comité Central, en la que Chávez enviaba sus afectos a Fidel. Cuando esta nota se redactó, hacía menos de un mes que había presentado sus cartas credenciales el nuevo embajador cubano en Caracas, Germán Sánchez Otero.

Llegué a Caracas el 5 de agosto, el mismo día de los hechos en el Malecón y poco después se desató la llamada «crisis de los balseiros». Por supuesto, seguir de cerca este problema y explicar la posición cubana, era entonces mi prioridad en Venezuela, un país que comenzaba a conocer y donde se encuentra el segundo mayor número de emigrados cubanos, muchos de ellos hostiles al proceso cubano y con gran poder económico. En esa vorágine, le pedí a Eduardo que contactara con el Comandante Chávez, y él lo hizo a través de Lino Martínez, el actual embajador de Venezuela en México. El 12 de septiembre se produjo el encuentro. (Germán Sánchez Otero)

La entrevista se realizaría con suma discreción. Aunque Chávez era una figura pública, estaba considerado el enemigo número uno del gobierno de Rafael Caldera, con quien se tenían entonces relaciones aceptables, a pesar de que en la Cumbre de Jefes de Estado de Cartagena de Indias, celebrada el 14 y 15 de junio de ese año, Fidel enfrentó con dureza los comentarios de Caldera, quien, impertinentemente, había sugerido cambios políticos en Cuba.

Germán y Eduardo salieron en un carro de la embajada, y en cierto lugar previamente acordado, los esperó Lino Martínez en el automóvil de su hermana. Después de verificar

que no eran seguidos por la DISIP, se dirigieron hacia el apartamento donde estaba la sede del comando nacional del Movimiento Bolivariano. Eran las 12:30 de la tarde.

Teníamos una oficinita frente a la plaza Altamira, en los bajos del edificio Inolca. Era un apartamento que nos prestó Luis Miquilena, propiedad de su mujer. La casa tenía una salita más o menos grande en la que cabían como 20 personas. Allí había un pizarrón, donde solíamos discutir las estrategias y nos visitaban, desde arquitectos para hablar sobre el problema de la vivienda, hasta economistas, expertos petroleros y muchos otros especialistas que nos ayudaron en esa época a profundizar en la situación del país. (Hugo Chávez)

La esposa de Luis Miquilena, abrió la puerta. Detrás de ella se asomó el pequeño Hugo y una de sus hermanas, que acompañaban ese día a su papá. Recorrieron el breve pasillo que separaba la entrada de la sala comedor, donde los recibió Chávez con un fuerte abrazo. Inmediatamente, el teniente coronel tomó la iniciativa y se interesó por la situación cubana. Germán le explicó brevemente. El Comandante sirvió un trago para cada uno e hizo un brindis por el «triunfo de Cuba».

Él enseguida quiso ir al grano, y planteó que, independientemente de las contingencias en Cuba, él siempre estaría a nuestro lado. Volvió a reiterar su admiración por Fidel, y su deseo de ir pronto a la isla y conversar con él. (Germán Sánchez Otero)

Cuando Chávez explicó que estaban organizando el segundo Congreso Anfictiónico, que tendría lugar en 1996 en Panamá, el embajador le propuso que hiciera el viaje a Cuba en el contexto de la gira por el Caribe que realizaría para preparar el Congreso. Tentativamente, se concilió la visita para enero de 1995, y su agenda incluiría una conferencia en la Casa Simón Bolívar, tal y como le había propuesto Eusebio Leal.

Recuerdo que hablamos sobre la invitación que le hizo Leal en julio y, a propósito, le comenté una nota que había salido en la prensa unos días antes. Nos habían entregado una réplica de la espada de Bolívar –la que le regalaron en Perú, de oro y diamantes–, que Eusebio le solicitó al presidente Caldera para la Casa Bolívar, cuando recibió en Miraflores la Orden del Libertador, a principios de junio de ese año. Le conté a Chávez que una buena tarde el Ministro de Defensa me citó a su oficina y me entregó, como embajador, la famosa réplica. Eso se reportó por algún que otro diario. No se me olvida que Chávez nos dijo: «ese Ministro es corrupto y su relación con Cuba es hipócrita, pues responde a las presiones de la baja oficialidad donde Fidel y Cuba gozan de un gran prestigio». Y esta frase admirativa, a mi juicio, fue clave en la conversación. (Germán Sánchez Otero)

La conversación se realizó de manera distendida y en un entorno familiar. Los niños iban y venían, y Chávez los atendía con ternura. El líder del MBR-200 pidió que lo llamaran por su nombre y no por el rango militar. En un momento de franqueza, reconoció que sabía del potencial con que contaba en Venezuela por su prestigio, pero, a la vez, admitía que este no sería eterno y tenía que encauzarlo en un proyecto viable que resolviera los reclamos fundamentales de la población. Calificó a Caldera como un neoliberal que criticaba al neoliberalismo.

Al finalizar la visita, con fuerte emoción, Chávez le dijo a Germán y a Eduardo: «Cuenten con nosotros para cualquier ayuda». Germán respondió: «La mejor ayuda es que sigas adelante en tu proyecto bolivariano».

Yo te digo, sinceramente: fui a la entrevista con una simpatía de arranque, de partida. Me simpatizaba por su valentía, por su arrojo probado, pero a la vez tenía muchas interrogantes sobre él. No conocía su pensamiento político. Jamás había leído un texto de Chávez,

no había conocido a nadie que dijera: «Él se puede ubicar de esta manera o de otra». De pronto me encuentro con un hombre que no tenía el más mínimo prejuicio hacia Cuba. Más bien; todo lo contrario. Eso fue determinante, porque Cuba es un metro para medir las posiciones políticas de cualquier personalidad en Venezuela. (Germán Sánchez Otero)

Ese mismo día, Germán envió una nota a La Habana con las siguientes observaciones: «La personalidad de Chávez es a simple vista carismática, alegre, de rápidos movimientos, de ideas diáfanas, precisas y de agudos reflejos mentales. Se le nota su formación militar, la capacidad para ordenar las ideas de la conversación, los objetivos y temas que persigue. A la vez, resulta muy modesto, distendido, ameno en el diálogo. A veces interrumpe la conversación para atender una llamada o un comentario de sus compañeros, o algunos de sus hijos menores que estaban en el cuarto contiguo y volvía a retomar el hilo con ligereza. Su conducta parece sincera y en todo momento nos trató con el mismo respeto y admiración que dice sentir por Cuba. Es un hombre en franca evolución, que pasó repentinamente a ser una personalidad nacional y no por ello se ha envanecido. Escucha y pregunta, da la sensación de alguien abierto que busca respuestas y ayuda. Es indudable que debemos cultivar con él una relación cuidadosa, de influencia y colaboración».

A partir de los comentarios de Germán, José Antonio Arbesú, director del área de América del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, el 29 de septiembre propuso dar curso a la invitación para que Chávez viajara a Cuba en la fecha propuesta.

¿Por qué, si en esa conversación se habló de una visita a Cuba en los primeros días del año siguiente, esta se produjo, anticipadamente, en diciembre? Según Germán, pesaron los acontecimientos que se desencadenaron en esos meses. En noviembre, se produjo la visita a Caracas, por separado, de Jorge Mas Canosa, multimillonario director de la Fundación Nacional Cubano-americana, y Armando

Valladares, un fingido paralítico y falso poeta, ex «preso político» en Cuba, que a principios de los años 80 había protagonizado una de las campañas más feroces contra la Revolución cubana. Los dos, cubanos de nacimiento y militancia probada en la CIA, eran las figuras públicas más visibles de la contrarrevolución en Miami. Rafael Caldera los recibió en Miraflores y aunque no hizo declaraciones a la prensa, tampoco negó la coincidencia de posiciones políticas en torno a Cuba, que Mas Canosa y Valladares habían revelado a la prensa poco después de los encuentros con el mandatario.

Armando Hart, quien era entonces el Ministro de Cultura de Cuba, solicitó una reunión con el presidente Caldera, que le fue concedida el 25 de noviembre y a la cual asistió acompañado por Germán. El ministro cubano había hecho una escala en Caracas, invitado por el presidente del Consejo Nacional de Cultura venezolano, Oscar Zambrano, después de asistir a una reunión en Trinidad y Tobago.

Con sumo cuidado, Hart abordó el delicado asunto, repasando brevemente el historial terrorista de estos dos individuos. Caldera respondió que era tan amigo de Mas Canosa y de Valladares como del gobierno de Cuba, y consideró que la crisis de la Isla era «terminal». Cerró el diálogo recalcando que abordaría «el problema de Cuba» en la primera Cumbre de Jefes de Estado de las Américas, que tendría lugar en Miami del 9 al 11 de diciembre, y a la que no había sido invitado el Comandante en Jefe Fidel Castro.

Ante el presidente norteamericano William Clinton y los demás mandatarios del continente, excepto Cuba, Rafael Caldera sacó el puñal para atacar a la Isla, tal y como había prometido. En su discurso del 10 de diciembre de 1994, dijo: «El tema Cuba ha estado ausente de la agenda de esta reunión, como consecuencia de un consenso tácito por razones perfectamente explicables. Sin embargo, no quiero dejar de expresar mi convicción de que en todos nosotros existe la esperanza de que el pueblo pronto, más temprano que tarde, y a través de los cambios requeridos y

esperados, pueda ocupar el asiento que le corresponde en la comunidad democrática del hemisferio».

En mi interpretación, fueron dos los elementos que anticiparon el viaje de Chávez a Cuba. Por un lado, invitarlo significaría una reacción ante la Cumbre de las Américas y un golpe para Caldera, que perdía toda compostura tan solo con oír mencionar el nombre del Comandante bolivariano. Digamos que esa es la coyuntura, pero a mi juicio, lo predominante fue que Fidel, con esa visión que todos le conocemos, ya había visto en este líder político una figura de un potencial extraordinario en Venezuela y en América Latina.

Si miras el continente en ese año, hay un reflujo generalizado hacia la derecha, como en el resto del mundo, y una clara intención norteamericana de absorber definitivamente la región y aislar a Cuba. Ese fue el gran objetivo de la Cumbre de las Américas; no hay otro. En el sur americano no había ninguna fuerza cuestionadora a fondo del sistema. Se contaba apenas con una izquierda parlamentaria y algunos otros sectores más radicales, pero muy atomizados. En medio de aquel panorama solo había un hombre que de verdad hubiera puesto a temblar el modelo neoliberal y que se hubiera enfrentado al poder —no te olvides que el 4 de Febrero había sacado de Miraflores al «inderrotable» Carlos Andrés Pérez—; ese era Hugo Chávez Frías. Alguien, cuyas posiciones, ya estaban mucho más claras para nosotros, después de los encuentros con él. En aquel páramo político y entre tantas confusiones de la izquierda, solo Fidel podía ver en Chávez un verdadero potencial para continuar la lucha contra el Imperio. (Germán Sánchez Otero)

Del Aula Magna viajan a la residencia del embajador Gonzalo García Bustillos, escritor, poeta, hombre de sensibilidad política y amigo de Cuba.

Saliendo de la Universidad, Fidel me dijo: «Chávez, el embajador venezolano aquí es un buen amigo, pero él no podía venir a esta reunión por razones obvias. Vamos a su casa». Era ya tarde en la noche, las 11 o las doce de la madrugada. (Hugo Chávez)

Fidel se baja del carro y toca a la puerta de la casona. Espera unos segundos, y vuelve a tocar. Le abre un Gonzalo semi-dormido, en pijama, con cara de no entender la situación, como si regresara de algún sueño inconcluso. Enciende la luz de la antesala y Fidel le presenta a su invitado, Hugo Chávez.

Él era el embajador de Caldera. Imagínate, no encontraba qué decir, hasta que reaccionó: «Bienvenido, Comandante Chávez. Esta es la casa de Venezuela, esta es su casa, venga aquí». Era un buen hombre, un llanero de Portuguesa. Hablamos del llano, de amigos comunes... Él estaba solo en su casa ese día, porque su esposa había viajado a Venezuela. De pronto alguien sintió sed y comentó: «¿No hay algo de tomar por ahí?» Salimos todos para la cocina y apareció un ron. Nos tomamos un traguito, conversamos otro rato y nos fuimos. (Hugo Chávez)

Tengo la versión del propio Gonzalo. Se sorprendió con la llegada de Fidel y Chávez, pero actuó sin el menor prejuicio. Realmente este encuentro no trascendió. Las reacciones del gobierno en Venezuela comenzaron en enero de 1995. En ese mes, Pompeyo Márquez, que entonces era ministro de Fronteras y tenía interés de venir a Cuba, me llamó muy nervioso:

«Oye, tengo que verte, ven para acá –él estaba en el Palacio Blanco–, y tiene que ser personalmente». Cuando llegué a su oficina, me dijo: «El problema es que anoche Caldera me ordenó que no fuera para Cuba, porque está indignado. Acaba de ver el famoso video de la visita de Chávez y dice que lo que él no le perdona a Fidel es que haya tratado a su enemigo como un Jefe de Estado». Efectivamente, suspendió el viaje y comenzó el calvario de las relaciones, con pérfidas provocaciones del gobierno. Respondimos todas con tal fuerza y dignidad, que el propio Caldera tomó la iniciativa de parar los enfrentamientos, porque lo estaban desgastando políticamente. Después de un homenaje a Bolívar por el Día de la Independencia venezolana, en la Casa de La Habana Vieja –la nuestra, aquella donde estuvo Chávez–, al cual asistió el Comandante en Jefe, el presidente Caldera nos envió un mensaje verbal, asumiendo que ese había sido un gesto de buena voluntad del gobierno cubano y proponiéndonos «borrón y cuenta nueva»... (Germán Sánchez Otero)

La noche en que Fidel toca a la puerta del embajador venezolano, hay rumores todavía de la presentación en Casa de las Américas de *El mamut* y del poema «El niño de Bagdad» –escrito en plena Guerra del Golfo–, obras de García Bustillos que conmovieron a lectores venezolanos y cubanos. Gonzalo, que también fue un brillante profesor universitario, había sido diputado, embajador de varios presidentes de signo diverso, ministro, dirigente nacional de COPEI y amigo del Che, a quien conoció en Caracas, en junio de 1952, cuando Ernesto Guevara emprendía su viaje de juventud por América Latina. Al morir, el 15 de junio de 2004, una escueta pero significativa nota de *El Nacional* informaba: «Murió pobre en Margarita el poeta Gonzalo García Bustillos». No muchos copeyanos tuvieron y tendrán el honor de que se les distinga por su honradez en el último titular

de sus días. Es tan inusual encontrar un hombre así, que la prensa venezolana ha convertido la probidad en noticia.

OCTUBRE (AMÉRICA LATINA)

La invitación a Cuba, inicialmente, proponía la llegada a La Habana para el 17 de diciembre. Pero Chávez tenía para esa fecha otros planes. Estaría en Santa Marta, Colombia. Participaría en la reunión preparatoria del Segundo Congreso Anfictiónico de Panamá, programado para 1996, a 170 años de aquella histórica conferencia auspiciada por Bolívar y saboteada por los norteamericanos.

José Antonio Arbesú y Gonzalo Bassol (Gary), quien sigue siendo miembro del área América y atiende desde hace más de diez años las relaciones con Venezuela, conversaron con Chávez en La Habana durante la primera visita a la Isla. Notaron, con admiración, que el Comandante tenía articulado todo un sistema para los vínculos internacionales en el continente, con muchas de las personalidades y organizaciones más prestigiosas que mantenía una lucha frontal con los regímenes neocoloniales.

Le brindamos algunos contactos internacionales que nosotros teníamos en América Latina. Pero a Chávez no había que recomendarle nada. Como decimos en Cuba, él estaba en la concreta. Los viajes que había realizado a otros países de la región no habían sido de placer, sino de intenso y exhaustivo trabajo, y prácticamente conocía a todo el mundo. Nos comentó que tenía la intención de ampliar aún más las relaciones, porque no solo quería dar a conocer su movimiento, sino derrumbar el estereotipo que existía en torno a él. Esa fue una de las cosas que nos impresionó a nosotros, y la otra, que era un conocedor profundo no solo de la historia de Venezuela, sino que se sabía palmo a palmo cada rincón del país. (Gonzalo Bassol)

Junto con la formación de un frente nacional revolucionario, Chávez defendía la idea de organizar en América Latina a los militares nacionalistas, retirados o en activo, con el fin de tejer a nivel continental un movimiento de integración bolivariano. El otro gran objetivo vinculado con este proyecto internacional era estudiar procesos constituyentes, como el colombiano, en cuya redacción habían participado líderes revolucionarios y tenían una impronta de servicio popular en sus postulados. Este, por ejemplo, fue uno de los temas que Chávez llevó en su agenda al primer viaje del Comandante a Bogotá.

En Bogotá se reunieron con los tres copresidentes de la constituyente colombiana, y con la gente de la Coordinadora «Simón Rodríguez», que procedían del M-19. También, con los Jóvenes Trabajadores de Colombia (JTC). Ese viaje, por supuesto, estuvo muy relacionado con el diseño de lo que llamamos el mapa estratégico de la Revolución bolivariana, que establecía como uno de sus componentes esenciales la nación latinoamericana. Para ello identificamos previamente en cada país las organizaciones con un pensamiento similar a lo que nosotros estábamos planteando y que fueran seguidores de las ideas de Torrijos y de Velasco Alvarado. (Rafael Isea)

Según reseña una nota del diario *El Tiempo*, Chávez llegó a Bogotá el 25 de julio, «invitado por el ex parlamentario Gustavo Petro y José Cuesta, acompañado de cinco colaboradores».

Recuerdo que cumplí 40 años en Colombia –exactamente en el Puente de Boyacá–, y ese 28 de julio perdí el avión de regreso a Caracas. Lo pasé esperando impaciente otro vuelo... Andábamos sin ningún dinero y habíamos llegado tres días antes, para alojarnos en una casa grande, que era la sede de la JTC. Era propiedad de unos jesuitas. Había muchí-

simo frío y dormíamos como en una cuadra de tropas, y realmente parecía la barraca de un cuartel, porque por ahí yo creo que pasaba medio Colombia: negros del Pacífico, grupos de trovadores, movimientos de muchachos universitarios, muchachas...

Visitamos la Quinta «Bolívar». Me acompañaron Gustavo Petro, José Cuesta y otros ex guerrilleros, que se habían robado allí mismo, 20 años antes, la espada de Bolívar para anunciar la creación del M-19, con aquello de «Bolívar, tu espada vuelve a la lucha». La señora que atendía la Quinta nos explicó: «Aquí estuvo la espada, lamentablemente se la robaron los guerrilleros del M-19». Ella no sabía que eran los que estaban al lado mío. Y yo les hice un gesto así: «¿Dónde está la espada?» El arma había estado en Cuba, y luego fue devuelta al gobierno colombiano. Fíjate si aquel movimiento me había impactado que, siendo capitán, llegué a planificar también el robo de la espada de Bolívar que se conserva en Miraflores. No creo que hubiésemos podido hacerlo; habría sido una locura. Fue durante el bicentenario, el 24 de julio de 1983. Hasta logré que me incluyeran en un grupo de capitanes que la custodió en un recorrido por la ciudad, para colocarla provisionalmente en la casa natal, por donde pasaría a verla el Rey de España. (Hugo Chávez)

Después viajaría a Panamá –el 15 de septiembre– y luego, a Argentina y Uruguay. El diario argentino *El Cronista*, en su edición del 20 de septiembre, reseñó las primeras declaraciones del líder bolivariano al llegar a Buenos Aires: «Estamos diseñando un modelo nacional de trascendencia continental». A Santiago de Chile llegaría cinco días después de publicada esa nota de prensa y allí lo sorprendería el mes de octubre.

Cuando llegamos a Buenos Aires en julio de 1994, lo primero que salió en los periódicos fue: «Llega

carapintada venezolano». De ahí en adelante siguieron con aquello: «el carapintada, el carapintada, el carapintada». Luego en Montevideo dijeron: «Golpista venezolano vino a apoyar a Líber Seregni», que estaba en plenas elecciones y a quien no conseguí ver. Dondequiera que iba la prensa me atacaba duro, me estigmatizaban con el golpismo. En Santiago, tuvimos reuniones con dirigentes sociales, sobre todo líderes indígenas mapuches, intelectuales... Solo estuve allí un día, y lo mismo: «El golpista venezolano trata de reorganizar la internacional de las espadas». O «vino a reunirse con los generales de la Junta...». Pero yo seguía en lo mío: rumbo a Santa Marta, el 17 de diciembre, reunión en la que tenía muchas esperanzas de unidad latinoamericana, bolivariana. Por eso, cuando Germán me consultó la fecha de la invitación para viajar a Cuba, le comenté que coincidía con la reunión que tanto esfuerzo nos estaba costando organizar en Colombia. Le dije: «Yo no puedo el 17; tal vez un poco antes». Entonces, me dieron los pasajes para el 13 y salí para Cuba. Lo demás ya ustedes lo saben. (Hugo Chávez)

15 DE DICIEMBRE (LA HABANA)

Así como los terremotos son percibidos antes por los perros y los pájaros, que tienen sentidos más aguzados que los seres humanos, las grandes convulsiones espirituales son presentidas por los líderes más perceptivos y sensibles. En la conferencia de prensa que se convoca unos minutos antes de su partida, Chávez advierte que él y su movimiento son el resultado de la crisis de la clase política venezolana y que, ya sea por un estallido social, por la vía armada o por la pacífica —el debate de una nueva Constituyente—, el país iba a cambiar en poco tiempo. «Venezuela es un barco sin rumbo, sin acimut, sin dirección, sin capitán... Estamos construyendo el barco histórico de Venezuela...».

Cuando termina el encuentro con los periodistas, se dirige hacia un salón privado del aeropuerto. Allí lo esperan Fidel,

Felipe, Leal y Arbesú, quienes acompañan a Chávez y a Isea hasta el avión comercial de Viasa, que lo llevará de vuelta a Caracas. Nuevamente, el Comandante bolivariano le reitera al Jefe de la Revolución cubana que le agradecerá recibirlo pronto en la nueva Venezuela. El abrazo es fuerte, afectuoso. Cuando se separan, Chávez lleva su mano derecha a la frente y le tributa un saludo militar. Fidel sonrío. Se le nota feliz.

En el mismo instante en que el avión de Viasa se aleja de Cuba, el canciller venezolano Miguel Ángel Burelli Rivas recibe en su despacho al embajador cubano Germán Sánchez Otero. La prensa venezolana, que ha destacado maliciosamente la visita a Cuba, especulará al día siguiente que Burelli exigió por este hecho explicaciones a Germán: «Cancillería citó a embajador sobre visita de Chávez a Cuba», dirá el titular de *El Mundo*; «Caracas le puso los puntos sobre las íes a La Habana», *El Nacional*; «Diremos a Cuba lo que tenemos que decirle sobre Chávez», *El Globo*.

La noticia estaba caliente. Iba preparado para encarar el problema, pues me habían citado, pero no me indicaron para qué. Sin embargo, Burelli fue cordial y tuvimos una conversación muy amena. En ningún momento me mencionó a Chávez, ni hizo la más mínima insinuación de la visita. Las reacciones del gobierno venezolano —realmente muy violentas, al punto de que por poco se interrumpen las relaciones— se produjeron a partir de enero de 1995. (Germán Sánchez Otero)

Ya no se ve el avión en el horizonte. En el aeropuerto, aún se quedan los anfitriones un rato más, conversando. Fidel comenta sus impresiones. Reconoce que Chávez es un revolucionario auténtico, convincente, inteligente, de enorme carisma. En un momento de la conversación, se dirige a Arbesú: «Es nuestro deber apoyarlo».

En muy poco tiempo Chávez se convirtió en uno de los discípulos más sinceros de Fidel. No es el único, pero sí uno muy especial. Es un discípulo que consi-

dera a Fidel –y lo ha dicho–, como un padre, hasta el extremo de darle el arma con que luchó; hasta el extremo de ser fiel a su amistad y, en el momento terrible del golpe de Estado, de haberlo llamado y de haber sido consecuente con lo que Fidel le dijo. Y hasta el extremo de haber logrado sembrar él también lo suficiente para que fuese su propio pueblo quien lo sacara del encierro y le devolviera lo que legítimamente había conquistado. Algún día nos preguntaremos si, en estos años difíciles que hemos vivido, podríamos haber existido sin la Venezuela bolivariana, sin el espíritu de solidaridad de ese país. Una solidaridad que no ha sido solo para Cuba, porque en medio del egoísmo y de las tonterías con que a veces se analizan la probable concertación latinoamericana, por lo general no se hace nada concreto. Sin embargo, el gobierno de Chávez ha apoyado a los pueblos más pobres, a los más desgraciados. Como lo ha hecho Cuba. A mí me han comentado por ahí: «Bueno, pero a Cuba le cuesta mucho esa solidaridad», por los miles de médicos que tiene en los lugares más recónditos de Venezuela. Y les digo: «Nadie podría reproducir lo suficiente de una sola noche de insomnio de un médico, de un solo ginecólogo, de un estomatólogo... Nadie sabe mejor que ellos lo que es el dolor humano, y lo que significa ese otro maravilloso sentimiento que es la gratitud. Si fuéramos a contar todo en dólares –que sería fatídico–, entonces nuestra deuda no sería pagada. Pero si lo vamos a contar en términos de lo que Cuba y Venezuela han hecho por el ser humano que sufre y por el amigo que lo necesita, está suficientemente pagada. Y eso nada más lo entiende el que siente que debe y puede hacer algo por la humanidad. (Eusebio Leal)

El hecho de que Fidel lo hubiese recibido, como lo recibió, el tratamiento que le dio, y luego el apoyo que siguió recibiendo de Cuba, para Chávez ha sido algo muy especial, y lo ha dicho muchas veces. Cuan-

do Fidel viajó a Venezuela en octubre de 2000 para firmar el famoso convenio de integración con nuestro país, estábamos esperando al Comandante en Jefe en La Guaira. Ya él había estado aquí en 1999, cuando asistió a la toma de posesión. Pero aquella había sido una visita protocolar. Esta otra vez, en La Guaira, no era así. Fidel venía invitado por Chávez, como Jefe de Estado. Cuando el Comandante en Jefe pisó tierra venezolana, Chávez le dijo, bajito, casi al oído: «Cuando estuve allá en 1994, ante Martí, yo te dije que te invitaría a Venezuela y te recibiría en Venezuela como tú me recibiste a mí, como a un amigo. Ahora lo estoy cumpliendo, Fidel». Y le dio un abrazo allí, precioso, precioso... (Germán Sánchez Otero)

15 DE DICIEMBRE (CARACAS)

Apenas puse un pie en Caracas, me preguntaron si yo había meditado bien ese viaje. «¿No te has dado cuenta que Fidel te dio un tiro en el ala?», me dijeron. La respuesta a ese tipo de cuestión la dio el pueblo inmediatamente. En Guayana, en una de las paradas que hicimos por San Mateo, una señora que me atendió en un restaurancito, cuando me reconoció, se me acercó y me dio un abrazo muy fuerte: «Caramba, usted habló con mi jefe, usted habló con Fidel». Ella me estaba dando un mensaje desde lo más profundo del pueblo. Y eso me ocurrió muchas veces, lo que indica cuánto se equivocan las oligarquías que se niegan a reconocer la admiración de los pueblos por Fidel y por lo que representa, a pesar de los ataques de la prensa y de todo el odio que destilan hacia él y hacia mí. Pero yo, como dijo Bolívar, «creo más en los consejos del pueblo que en los consejos de los sabios». Los pueblos perciben dónde está la verdad y llevan por dentro una brújula que les permite orientarse en el desierto y en la oscuridad. Hubo una indicación de levantar la noticia de mi viaje a Cuba para hacerme daño política-

mente. Desde el 15 de diciembre, toda Venezuela sabía qué había ocurrido en Cuba, porque salió por todos lados en la prensa aquello de «Chávez en La Habana con Fidel Castro». También, agarraron el video de mi discurso, el momento del abrazo y lo repetían, lo comentaban, lo ponían en cámara lenta, detenían ahí la imagen. La usaron mucho durante la campaña presidencial. Intentaban chantajearme con Cuba, y no lo lograron, porque para mí este tema era y sigue siendo un asunto de principios. Cuando me hablaban de Cuba yo respondía con mayor fuerza, con mayor contundencia.

Hay una anécdota de ese viaje, que fue la señal más inmediata que tuve de que, efectivamente, lo que me dijo el corazón que hiciera y dijera en Cuba era lo que esperaba mi pueblo. Ocurrió el mismo día que llegué de La Habana. En Maiquetía, Isea y yo tomamos un taxi y nos fuimos a la oficina que teníamos en el centro de Caracas, muy cerca del Palacio de Miraflores. Allí nos bajamos del carro. La calle estaba medio en penumbras, me acuerdo, y entonces vi venir, tambaleándose, a un hombre. Cuando se me acercó un poco más, en su borrachera me gritó: «¡Coño, tú te pareces a Chávez! ¿Tú eres Chávez?...» Y yo me volteé hacia él: «¡Anjá! Dime». «¡Chávez!» –se detuvo un segundo para retomar el equilibrio, pues estaba borracho, borracho y no le salían bien las palabras: «¡Chávez» – volvió a gritar–: ¡Viva Fidel! ¡Viva Fidel!» Se dio otro trago, levantó la botella y siguió de lo más feliz calle arriba. (Hugo Chávez)

Revelaciones de una analista de la DISIP
**EL VIAJE DE CHÁVEZ A CUBA DISPARÓ
TODAS LAS ALARMAS**

En el curso de las entrevistas para este libro, el azar nos llevó hasta el testimonio excepcional de una especialista de la Dirección de Servicios de Inteligencia y Protección (DISIP). En la década de los 90, ella atendía el «caso Cuba» y durante la visita del Comandante Hugo Chávez a la Isla, le encargaron analizar los discursos y las acciones del teniente coronel, a quien siguió a cierta distancia desde entonces y hasta 1996. En ese año, le dieron la orden de dedicarse exclusivamente a evaluar a Chávez en profundidad. Cumplió con riguroso celo la tarea.

Aunque tiene 27 años de experiencia profesional, es una mujer todavía joven que respondió a las preguntas con agilidad y precisión. Antes de terminar la entrevista, nos entregó una serie de documentos muy útiles para nuestra investigación y que constituyen una prueba irrefutable del vínculo de los servicios secretos norteamericanos con la Dirección de Inteligencia venezolana, interesados desde el principio en neutralizar la relación del Comandante bolivariano con su pueblo. Entre las evidencias documentales se encuentran varios certificados de los cursos que recibiera, impartidos por oficiales CIA y organizados por la embajada de EE.UU. en Caracas.

Por razones de seguridad, no revelaremos el nombre de nuestra entrevistada.

—¿Qué estudió usted?

— *Relaciones Internacionales y después, Derecho.*

—¿Tiene alguna jerarquía militar?

— *No, soy civil, analista de seguridad externa.*

—¿Cuál era su área de análisis en 1992?

— *Yo llevaba el caso Cuba. Trabajaba en la DISIP. A partir del 4 de febrero el equipo del área internacional, al que yo pertenecía, comenzó una nueva etapa. El golpe de Estado se vivió con mucha presión y hubo una reorganización del trabajo. Por cierto, ese día cumplía años y recuerdo que echábamos bromas y decíamos: «hubo alguien que se acordó de immortalizar mi día de cumpleaños». Cuando se produce la rebelión, no sabíamos qué ocurría y hasta me pregunté si debía ir a mi oficina. Estaba pasando un curso de la embajada norteamericana...*

—¿Cuál era el tema del curso?

— *De Reportes y Análisis de Inteligencia. Tengo el certificado que lo acredita. Pasé varios cursos con los norteamericanos y también, por indicación de mis superiores impartí talleres para oficiales de Inteligencia de EE.UU. sobre los resultados de mi trabajo. El tema que yo llevaba era especialmente importante para ellos.*

—Permítanos precisar lo que nos está diciendo: ¿los servicios de inteligencia de EE.UU. los entrenaban a ustedes para todo ese trabajo?

— *Sí. Como le dije, tengo mis certificados y hasta una carta de un oficial CIA, que hace una valoración de mi trabajo en uno de esos cursos. No era ningún secreto en la DISIP que los servicios norteamericanos entrenaban a los especialistas y oficiales en este tipo de técnicas, y que elaboraban perfiles sobre nosotros. Nos evaluaban permanentemente como funcionarios y a la vez recibían de nosotros información*

sensible, relacionada con nuestro trabajo. Aquí, por ejemplo, está un certificado que acredita que, entre el 27 de enero y el 4 de febrero de 1992, participé en un adiestramiento organizado por la Embajada de EE.UU. Al año siguiente, volví a pasar otro. Era lo más normal del mundo y algo obligado para mí, porque llevaba el caso Cuba. Incluso, venía gente de EE.UU. especialmente interesada en conocer qué teníamos nosotros sobre la Isla. Venían no solo de EE.UU., sino de otros países «amigos». Alemania, por ejemplo.

—Eran famosos los contactos de la DISIP con los servicios israelíes. ¿Se reunió también con ellos?

—*Sí, es cierto. Pero yo nunca me reuní con ellos.*

—¿Recuerda los nombres de los norteamericanos que les daban las instrucciones?

—*Están registrados en los diplomas, pero ellos no utilizaban sus verdaderos nombres.*

—¿Dónde se realizaban estos entrenamientos?

—*En hoteles de Caracas. Nunca lo hacían en la embajada propiamente, pero los certificados sí salían de allí, tal y como aparece en el membrete.*

—¿Cuáles eran sus objetivos de trabajo?

—*Analizar el proceso cubano con la caída del Muro de Berlín. Debía evaluar y hacer pronósticos. Se daba por hecho que, después de lo ocurrido en Europa, Cuba no iba a sobrevivir al fracaso del socialismo europeo, ni al cerco económico de Estados Unidos. Todos los estudios conducían a la conclusión de que el gobierno de Castro iba a caer. Se esperaba eso: la implosión del gobierno.*

— ¿Qué tipo de análisis especial sobre Cuba y sobre Fidel hizo usted?

—En el caso específico mío, llevaba todo lo que era la parte política. Varias veces nos reunimos con los disidentes que llegaban a Venezuela y pedían asilo. Los escuchábamos. Participaba en sus reuniones y en las entrevistas con ellos. Obviamente, decían que venían de un mundo atroz, que todo allá era malo. Trataba de distanciarme de esas posiciones y contrastarlas, a partir de una reflexión obvia: si yo quisiera irme de mi país y sacar provecho de eso, diría lo mismo.

Como en esos años yo estudiaba Derecho, trataba de buscar en la universidad información sobre la realidad cubana, un tema que se debatía mucho en ese sector. Por supuesto, me di cuenta de que el proceso cubano era mucho más complejo de lo que uno podía encontrar en los informes norteamericanos y en las opiniones de los emigrados. Que hubiera caído el Muro de Berlín, no significaba que cayera Cuba.

Traté de evadir los prejuicios y acercarme al tema con un enfoque más académico y no como lo haría estrictamente un policía, un oficial de inteligencia. Quería llegar a las raíces, medir exactamente qué era lo que pasaba, para tener criterios sólidos a la hora de expresar opiniones. En ese momento todo lo que llegaba a mis manos me lo bebía, a pesar de que la información era muy sesgada. Asistía, por supuesto, a las reuniones de los anticastristas en Venezuela y en una de ellas conocí a Mas Canosa. Recuerdo particularmente a una señora que figuraba siempre como la organizadora de esos eventos.

—¿Cómo se llama?

—Silvia, pero no recuerdo el apellido. Era una señora ya mayor, alta y muy elegante. Vivía en Caracas. No tenía contacto directo con ella, porque debido a las particularidades de mi trabajo de inteligencia, yo nunca me relacionaba abiertamente con aquellas personas. En un momento determinado, me pidieron evaluar a Chávez.

—¿Cuándo y por qué?

—*Después de la crisis militar de 1992, inmediatamente la atención hacia el proceso cubano comenzó a descender y subió a un primer plano la situación interna. La prioridad era Venezuela. Obviamente tenía que venir un reacomodo interno de la DISIP, pues estaban presos más de ciento y pico de oficiales de cierto rango. Era una conmoción nacional.*

Comenzamos a evaluar lo que decía la gente en la calle, lo que se hablaba en la universidad. Cuando él sale de la cárcel en 1994, se le empezó a dar un seguimiento más estrecho: quién lo visitaba, con quién se reunía, cómo era su vida. Comencé un proceso de conocimiento de quién era el hombre. Entonces llevaba los dos temas: Cuba y Chávez.

—¿Por qué le asignaron el análisis de Chávez, si usted se dedicaba al seguimiento de un tema internacional?

—*Comenzó justamente cuando él salió en 1994 a dar su gira internacional, antes de ir a la Isla. Seguí su periplo por Colombia, luego a otros países, y finalmente a Cuba. Digamos que me tocaba. Por una razón o por otra, él siempre estaba en mi mesa de trabajo debido a su proyección internacional.*

—¿Cuál fue la evaluación que se hizo del viaje a Cuba?

—*La decisión fue criminalizarlo, porque hasta ese momento no había mucha claridad de cuál era realmente la posición política de Chávez. Él venía contactando con muchas fuerzas. Tenía relación con gente de derecha y de izquierda, aun cuando estaba claro para el gobierno de Caldera que era un enemigo político, una amenaza, porque se negó a pactar con la institucionalidad y no permitió que lo manipulara. Pero el viaje a Cuba disparó todas las alarmas.*

—¿Qué significa eso?

—*Era una señal política inequívoca. Recibí instrucciones de evaluar su proyección. Aún tengo el video de su discurso en La Habana y otros materiales que me entregaron para estudiar su pensamiento, sus proposiciones, su manera de comportarse en público. Aquí empecé a profundizar aún más, a buscar más allá de las palabras quién era la persona, de dónde salió, cómo apareció. Intenté desentrañar cuál era su programa, su estrategia. Durante los dos años en que estuvo detenido fue casi imposible evaluar con exactitud su pensamiento, porque apenas tenía expresión pública. La gente iba a verlo, le escribía, lo admiraba, pero encarcelado no parecía ser un peligro inmediato. En cuanto salió a la calle y fue recibido como un héroe por toda Venezuela, y aparecía en los medios explicando su programa político, comenzó a preocupar seriamente al gobierno. A eso se sumó la gira internacional por Colombia, Panamá, Argentina, Uruguay, Chile... Sin embargo, fue a su regreso de Cuba en que se tomó la decisión de estudiarlo cuidadosamente y obtener información para ello no solo por la vía operativa, sino mediante el análisis profesional de su personalidad y de su pensamiento.*

Digamos que a partir de ese momento lo que él llamaba bolivarianismo empezó a tener un cuerpo como ideología y descubrieron que Hugo Chávez no estaba diciendo las cosas al azar, no era un profeta más que apareció por allí, un Juan Bautista en el desierto... Hasta ese momento se le había ignorado intelectualmente. Después de aquel encuentro con Fidel Castro, todo cambió.

—Usted hablaba de la gira internacional de Chávez, que incluyó también a Colombia, Uruguay, Argentina, Chile... ¿Hubo alguna relación con los servicios de inteligencia de esos países?

—Obviamente, porque no te olvides que en esa época, por sus relaciones con Chávez, expulsaron de Venezuela a Norberto Ceresole. Se hizo en colaboración con el gobierno argentino, país de residencia de este teórico uruguayo, que era un hombre bastante controvertido. Yo no tuve acceso a informes clasificados que pudieran ofrecer evidencias sobre la colaboración entre los servicios de inteligencia, pero sin dudas en este y otros casos debió producirse un intercambio de información y una conciliación de las acciones. A mis jefes en la DISIP solo le interesaba lo que yo podía producir y evitaban pasarme información secreta. Yo estaba para dar ideas de cómo y dónde actuar. Nada más.

—¿Usted recomendaba acciones?

—No. Mi trabajo era diagnosticar a partir de fuentes generalmente públicas. Es decir, qué fue lo que dijo en tal lugar, a quién le puede llegar ese mensaje, cuál puede ser su alcance, qué ideas está dando él allí.

—Para analizar la visita a Cuba, ¿qué fuentes consultó?

—Las notas de prensa y el video con los pormenores de la visita, incluyendo los discursos que se pronunciaron allá.

—¿Cuál fue su diagnóstico?

—En La Habana, Chávez ratificó algo que yo venía alertando: él tenía gran facilidad para la comunicación. Aplicaba con extraordinario acierto la psicología de masas. No era un loco, como lo llamaban despectivamente en la prensa y también algunos oficiales de la DISIP. Me preguntaba, por ejemplo, ¿por qué él canta el Himno Nacional? Porque en la psicología de masas este funciona como elemento cohesionador. Cuando él cantaba el Himno o una canción llanera, facilitaba que

todas las personas que estaban a su alrededor se unieran a él, lo siguieran, a partir de un resorte afectivo de gran eficacia comunicativa. Se subestimaba ese tipo de elemento. «Pero él habla mucho», decían. «Escúchenlo», les respondía. Lo que ocurre en realidad es que Chávez es capaz de transmitir un mensaje en diferentes niveles del consciente y subconsciente colectivo. Él comienza primero a entrar en calor, crea cierta familiaridad, y después sabe dónde insertar el mensaje político. Y la gente lo aceptaba, se identificaba plenamente. Él logró incorporar estas técnicas de comunicación en los contactos cuerpo a cuerpo con la gente. Aprovechó muy bien los recorridos por el país. Se armó de todo un cuerpo simbólico que luego incorporó magistralmente en sus discursos. Hasta la aparición de Chávez en el escenario público venezolano, no existía ningún político que hubiera llegado a esos niveles de comunicación con el pueblo.

—¿Cómo valoraban sus análisis?

—*Se subestimaron, tanto como subestimaron a Chávez. Pensaron que con el tiempo su proyecto se iba a desgastar y que serían efectivas las medidas para amedrentarlo y acosarlo. Apostaron más a la fuerza que a la inteligencia. Estoy segura de que hubiera sido más efectivo enfrentarlo en su propio terreno, después de haberlo entendido y descifrado.*

Fue un error no haberle dado importancia a su capacidad como líder. No fue de la noche a la mañana que Hugo Chávez se convirtió en un «fenómeno» y creció en el imaginario popular. Sencillamente, lo único que demostró fue que se podía hacer en Venezuela, lo que él estaba anunciando desde que salió de la cárcel. Toda su estrategia estuvo planteada desde el principio y la gente captó enseguida que no era más de lo mismo.

—¿Usted recuerda exactamente qué análisis hizo de la visita del Comandante Chávez a Cuba?

—*Trabajamos dos categorías: situación y apreciación. En ese momento había un gran vacío académico en torno a cuál era el camino, no solo para la región, sino para el mundo. Se nos estaban vendiendo teorías milenaristas: que era el fin de la civilización, que el mundo se acababa. Lo que aprecié en Chávez fue un franco acercamiento a las principales tesis de Fidel Castro, quien proponía un camino frente a esa confusión teórica: «Hay que ver hacia adentro, tenemos que ir a las esencias y a la historia de nuestros países».*

—¿Y lo informó así?

—*Sí, dije: ambos se han dado cuenta de las potencialidades que tiene América Latina y de la necesidad de construir un liderazgo. Consideran que todo el mundo busca en otra parte un referente, un modelo, recetas comunes, y la estrategia tiene que ser todo lo contrario: buscar en cada lugar el modelo que más se parezca a su realidad.*

—Hasta para Chávez fue una sorpresa que lo recibiera Fidel. ¿Usted evaluó las razones que tuvo el Presidente cubano para darle una bienvenida de jefe de Estado?

—*En aquel momento se evaluó como un pase de factura contra el gobierno de Rafael Caldera. Era lo que decía la prensa y lo que consideró el propio Presidente venezolano y sus asesores, pero yo nunca creí en una explicación tan simple. Teniendo en cuenta las similitudes entre las posiciones políticas de Castro y Chávez, la reiterada preocupación del Presidente cubano por el liderazgo en la región y la extraordinaria comunicación piel a piel que ambos lograban con el pueblo, no era difícil apreciar que Fidel Castro percibió en Chávez un potencial político que dentro de Venezuela no se estaba viendo.*

—Siendo usted una analista de la DISIP, ¿no se consideró este análisis un tanto benévolo hacia Chávez y Fidel?

—*Mira, se subestimó este análisis, y cuando lo tuvieron en cuenta, era demasiado tarde. Yo no estaba deslumbrada. No tenía una posición subjetiva, sino que mis apreciaciones estaban fundamentadas en la observación y el registro de la actuación de ambos. Fidel Castro vio en Hugo Chávez un liderazgo alternativo en desarrollo. El militar venezolano no tenía aún la estatura requerida. No tenía la visión que posee en estos momentos, porque él ha sido un músculo que se ha ido perfeccionando a través del tiempo. Pero el Presidente cubano se dio cuenta de quién era y sobre todo, adónde podía llegar. Es decir, no lo subestimó.*

—¿Cuándo a usted la designan a atender solo el «caso Chávez»?

—*En 1996.*

—¿Por qué?

—*Porque se produjo un proceso de ajuste contra Caldera. El Movimiento Bolivariano como concepto, como ideología, estaba tomando fuerza dentro de toda la trama social. En ese año ya se conocía la intención de presentarse a las elecciones, después de un período en que había llamado a la abstención. Aunque era invisible esa fuerza a nivel de los medios, se sentía en la calle, estaba allí. El proceso de desgaste al que apostó la oligarquía no se había producido, sino todo lo contrario. Chávez seguía diciendo cosas que a la gente le seguían importando. En ese momento la clase media de este país estaba muy cerca de él y veía en su liderazgo la esperanza de un cambio político. Las encuestas indicaban la tendencia nacional hacia un gobierno de fuerte base popular, y él encarnaba en ese momento esa fuerza.*

Por otro lado, él no se había dedicado a teorizar sobre el futuro programa de gobierno, ni a asistir a tertulias intelectuales en Caracas. Estaba fuera de Caracas, que no era territorio frecuente de los políticos, reunido lo mismo en grandes plazas que con dos o tres personas, explicando qué significaba la Constituyente y viviendo lo que él llamaba «el huracán revolucionario».

Eso empezó seriamente a preocupar. Por eso me dieron la tarea de que me ocupara, exclusivamente, de él, y a partir de ahí, comenzaron a entregarme todo cuanto podían para que yo lo evaluara.

—¿Grabaciones, informes...?

—Trabajos de inteligencia. Me decían: «Esto es del Comandante Chávez en Chuluaca». Yo lo oía y de ahí sacaba mi informe.

—¿Cuántas personas llevaban en su área el caso Chávez?

—Como analistas, éramos dos. La que era mi jefa, que sí manejaba todo lo inimaginable y yo, que me encargaba de la parte política más abierta.

—¿Tenía alguna idea de cuánta gente había infiltrado la DISIP cerca del Comandante?

—No sé exactamente la cantidad, pero sí había mucha gente en eso. Incluso me propusieron que yo me asimilara.

—¿Qué quiere decir?

—Que me debía incorporar a la Fuerza Armada, para luego infiltrarme a través de los militares leales. Hice el proceso de asimilación a la FAN, pero cuando llegué a determinada prueba, falseé los exámenes psicológicos. Eso ocurrió en marzo de 1996. No me podía negar a un trabajo abiertamente, porque podían tomar represalias en mi contra. Lo digo responsablemente: falseé mi prueba psicológica.

—Díganos con sinceridad, ¿llegó usted a identificarse con Chávez y su Movimiento?

—*Te repito, lo que hemos analizado no tiene nada que ver con el elemento subjetivo. Veámoslo desde otro ángulo: pude analizar este proceso sin prejuicios, porque procedo de una familia muy humilde. Logré estudiar gracias al esfuerzo de mi papá y mamá, un obrero y una secretaria. Ellos me incentivaron siempre a tratar de que fuera mejor persona en la vida, a que estudiara y me esforzara. Sin dudas, mi origen me permitió valorar la propuesta de Chávez. Sabía perfectamente que lo que él decía era cierto: si Venezuela seguía por el camino que llevaba, iba a estallar. No se sostenía con una estructura social que parece una copa de champaña invertida, con unos pocos arriba y millones abajo. Todos mis conocidos vivían en la parte de la sociedad más maltratada y despreciada, que era la aliada de Chávez. Conocía de cerca esa realidad. No me obcecaba con mi trabajo. No tomé el asunto como algo personal. Él no era un amigo, pero tampoco un enemigo a muerte. Traté de buscar explicaciones a lo que estaba ocurriendo y de dónde salía este hombre. Me interesó el hombre. Y cuando yo comencé a apreciar que él estaba diciendo cosas razonables, me dije: bueno, si esto lo está sintiendo y lo está viendo mucha gente, va a tener que suceder un milagro en este país para ganarle en las elecciones.*

—¿Alertó que iba a ganar?

—*Sí. Chávez había capitalizado la esperanza de millones de venezolanos que estaban hartos de la corrupción, de la impunidad, de la falsedad de los políticos, de las enormes diferencias sociales, de ese proceso degenerativo de las instituciones.*

—¿Qué sintió usted cuando Chávez ganó las elecciones?

—*Era una película que yo estaba viendo desde mucho*

antes. Fue como si me sentara en un cine a seguir una historia conocida. Vi situaciones, personas que me eran muy familiares. De todos modos la sensación era extraña. Sabía que iba a ganar. No fue una sorpresa, pero verlo allí también me provocaba cierto asombro.

—¿Dónde estaba cuando dieron la noticia oficial?

—*Me habían enviado a trabajar en una mesa electoral —por supuesto de manera encubierta—, y allí ganó Chávez con amplia ventaja. Poco después dieron la noticia oficial. Me dije —y confieso que con agrado, como quien saca una buena nota en un examen—: bueno, no me equivoqué.*

—¿Qué reacción hubo en la DISIP con la victoria de Chávez?

—*Una gran incertidumbre. ¿Qué iba a pasar con nosotros? ¿A dónde iríamos? Muchos de mis compañeros se sintieron angustiados: unos con culpa y otros sin ella, pero cundió el desasosiego.*

—¿Tuvo contacto en esos días con los servicios norteamericanos?

—*Nosotros nos reuníamos con ellos al menos una vez al año. En marzo de 1998 vinieron dos analistas de la CIA, y yo les hice una presentación sobre Chávez, como otras veces. Pero en esta ocasión ellos estaban mucho más interesados y preocupados.*

—¿Sintió alguna presión por parte de ellos?

—*No. Ellos trataban más bien de ganar nuestra confianza. De hecho el 4 de febrero, durante el golpe, quien me llamó para que me presentara a mi curso de la embajada de EE.UU. y a mi trabajo regular en la DISIP, fue un oficial norteamericano. Me dijo que no me preocupara, que todo estaba bajo control. Cuando me incorporé al curso, uno de ellos, de origen mexicano, me preguntó: ¿Qué*

percepción tienen ustedes de lo que acaba de pasar?». Fue en un ambiente casi de camaradería, como dos compañeros de trabajo que conversan sobre una preocupación común.

—¿Le pedían que identificara alguna debilidad en Chávez?

— Sí.

— Por ejemplo...

—*La que se pudiera, lo que se pudiera, y en este tipo de análisis no participaba yo sola, sino varias personas que por una razón o por otra tenían que ver con él o con su entorno. Ellos nos convocaban para hacer lo que llamamos una tormenta de habilidad y responder a la pregunta «qué ves tú».*

— Cuando dice ellos, ¿quiénes son, los norteamericanos?

—*No, mis jefes. Los contactos que había con esa gente eran muy puntuales. Al menos conmigo. Cuando ellos venían, lo sabíamos con tiempo y nos preparábamos. Nos reuníamos todos los que estábamos trabajando en conjunto —porque la compartimentación funcionaba, cada quien en su parte—, y cuando estábamos todos juntos frente a los norteamericanos, ahí era donde yo podía calibrar qué era lo que estaba haciendo cada quién. Era una obsesión para ellos lo que también nos inquietaba a nosotros: ¿quién era el personaje? Porque si en tanto tiempo él seguía siendo una novedad y el pueblo lo apoyaba más y más, cuál era entonces el misterio de Hugo Chávez. Todos querían saber dónde él tenía guardada la varita mágica.*

— ¿Qué debilidades identificaron en aquellas tormentas?

—*¿Sabe una cosa?: ninguna. Él era y sigue siendo un hombre y su circunstancia. Si se revisa lo que él dijo al*

salir de la cárcel descubrirá que es lo mismo que está diciendo ahorita, solamente que en aquel tiempo él las enfocaba a veces con un dejo de ingenuidad. A medida que él fue interrelacionándose con el pueblo y adquiriendo mayor experiencia política, se podía apreciar que a lo dicho al principio le había agregado una metodología para alcanzarlo. Su discurso era extraordinariamente coherente.

Por ejemplo, si usted lee *Habla el Comandante*, un libro que recoge una larga entrevista que comenzó en 1995 y terminó poco antes de las elecciones, y en la que Chávez presenta toda su estrategia y cuenta su historia personal, encontrará que es el mismo Chávez de ahorita. Él no engañó jamás a nadie. Decía lo que iba a hacer de manera transparente. Fue el gobierno de Caldera y mis superiores los que se negaron a ver la realidad y reaccionaron cuando ya no podían hacer nada.

—Ahora, entre nosotros, díganos al menos un defecto del Comandante Chávez.

—Mire, no conozco su vida personal. Lo evalué con la frialdad del analista que trata de apreciar su acción en su contexto histórico. Desde ese punto de vista, Chávez es invulnerable. No tiene talón de Aquiles, no lo tiene, porque él ha sabido despersonalizarse del proceso, al contrario de lo que dicen sus enemigos, que lo llaman despectivamente «máximo líder», «dictador» y otras cosas. No. Por primera vez en la historia de Venezuela, se ha logrado convertir a todos los ciudadanos en parte de un proceso, incluyendo a la oposición, que tiene un espacio y un protagonismo nunca visto en este país. Chávez fue la oposición en Venezuela y los medios de prensa, la DISIP y todas las instituciones gubernamentales lo perseguían, lo calumniaban o lo excluían, en el mejor de los casos. Toma cualquier discurso de Chávez. Jamás encontrarás una imposición, una postura piramidal. Su propues-

ta es lineal: tú, nosotros, todos. Al acercársele de esa manera, usted se siente incluido, particularmente si le habla de sus problemas esenciales. Eso es lo que lo hace diferente. Hay un líder real, que no es un jefe, sino alguien que en 12 años de trabajo público ha logrado motivar y captar a millones de personas.

—Cuando triunfa Chávez, ¿tuvo algún problema?
¿La sacaron de su trabajo?

—No, en lo absoluto. Quien no la debe, no la teme. Cuando llegó la nueva administración, seguí trabajando aquí. Yo soy una analista, una profesional que en ningún momento participó en actividades irregulares.

—¿Y siguió analizando a Chávez?

—No. Comencé a trabajar en la oficina de Análisis Interior.

—¿La colaboración con los servicios norteamericanos siguieron después del triunfo de Chávez?

—No, bajaron notablemente. Por lo menos yo no llegué a tener contactos con ellos después de 1999.

—Pero los servicios norteamericanos estuvieron profundamente comprometidos con el golpe de Abril de 2002. Eso llegó a trascender públicamente y todavía siguen apareciendo evidencias...

—Así es. Pero yo solo le respondo por mi experiencia personal.

—Una última pregunta, para satisfacer una curiosidad: usted que siguió tan de cerca a Chávez, que sabía perfectamente cómo era la relación de él con la mayoría de los venezolanos, ¿era posible predecir la reacción del pueblo, que lo devolvió a Miraflores unas horas después del golpe de Estado?

—No, admito que falló la analista. Y, mire, eso me conmovió muchísimo. Nunca había vivido una experiencia similar y creo que jamás la volveré a vivir. Mi casa está en un barrio humilde. Vi cómo salieron miles de personas a la calle, cómo se organizaron espontáneamente, con qué decisión se fueron a buscar al Comandante Chávez a Tiuna y a Miraflores y permanecieron horas y horas allí, resueltos a enfrentar lo que fuera por un hombre, por su Presidente. No sé si me entienden... yo no podía prever en mis fríos análisis que aquel respeto, aquella consideración, aquel afecto por la gente que se notaba en tantos y tantos discursos y reuniones de Chávez que yo había estudiado, el pueblo lo iba a retribuir de esa manera. Lo confieso: cuando vi por la televisión la llegada de Chávez a Miraflores, me emocioné hasta las lágrimas. Ahí sí se derrumbó la analista.



Germán Sánchez Otero
**ESTOY SEGURO DE QUE ESE SER HUMANO
CAUTIVADOR E ICONOCLASTA, FIERO Y TIERNO,
CONDUCE A SU PUEBLO
HACIA LA VICTORIA PLENA**

El embajador cubano en Caracas, Germán Sánchez Otero conoció a Hugo Chávez el 12 de septiembre de 1994. En Venezuela, mientras realizábamos la investigación, le pedimos a Germán que relejera sus impresiones de entonces y las actualizara. Como respuesta a nuestra solicitud, nos envió esta carta que, por su valor testimonial, decidimos incluirla íntegramente en el libro.

Caracas, 23 de noviembre de 2004

Estimada Rosa Miriam:

Tu pregunta, aún con la tregua que te pedí no me es fácil responderla. Sólo intentaré facilitar en algo el proverbial empeño tuyo y de Luis, de elucidar las circunstancias y hechos diversos que permitan acercarnos, disfrutar y comprender mejor a uno de los líderes más originales y fecundos de nuestra América, ese ser humano llamado Hugo Chávez.

Llegué a Venezuela en agosto de 1994, con la misión ineludible de desarrollar las relaciones diplomáticas y en especial los nexos comerciales y económicos con este país. También debía priorizar la promoción de servicios cubanos en las áreas científica, de salud, educación, deporte y cultura.

Sabía que Venezuela y Cuba poseen un sustrato histórico y una identidad cultural, unido a la cercanía geográfica y la simpatía entre ambos pueblos, que favorecen la gestión de cualquier diplomático. Por supuesto, también eran obvios escollos muy importantes, como la alianza del entonces presidente Rafael Caldera con el Gobierno de Estados Unidos y su amistad con los cabecillas de las organizaciones de la mafia cubano-americana.

Antes de salir para Venezuela, tenía el propósito de buscar enseguida un contacto con Hugo Chávez, a quien apenas conocíamos directamente en Cuba, pero le admirábamos por el estallido de decoro que encabezó el 4 de febrero de 1992.

Al terminar mi primera conversación con él, en la que me acompañó el consejero político de la Embajada Eduardo Fuentes, fui para la casa y le conté a mi esposa, Amarilys, las primeras impresiones. Ella me hizo notar que estaba eufórico y ante tanta alegría trató de escucharme mejor los detalles del encuentro y mis percepciones, entusiastas y optimistas.

Comencé diciéndole: Chávez es un líder espléndido, sin moldes evidentes. Cuando joven, le narré, había conocido en La Habana a Luis Augusto Turcios Lima, un valiente militar guatemalteco que devino guerrillero y murió en un accidente misterioso. Recordé a Turcios, por ser también un dirigente revolucionario de origen militar, joven y con esa rara e indescriptible sustancia humana que llamamos carisma. Sin embargo, la primera impresión que tuve sobre Chávez resultó más compleja, e incluso no se advertían en él los rasgos externos de un militar.

Seguí comparándolo con los dirigentes latinoamericanos que tuve el privilegio de conocer en los años sesenta, setenta y ochenta; no aprecié en él la formación política de un Miguel Enrique, del MIR chileno, o de los dirigentes nicaragüenses y salvadoreños, ni tampoco de la izquierda brasileña, argentina o uruguaya.

El origen militar de Chávez, la acción del 4 de febrero y su vocación por conquistar el poder me recordaron asimismo a Velasco Alvarado, a quien no conocí personalmente, y a Omar Torrijos, con quien sí tuve la satisfacción de departir en grupo y comprobar su genio chispeante.

Pero ni en uno ni en otro militar nacionalista, aprecié el magnetismo, la visión continental y el furor promisorio que irradiaba el teniente coronel venezolano.

Seguí diciéndole a Amarilys, que Chávez poseía el don de los iniciadores de algo nuevo, aunque todavía él mismo no supiera cómo iba a lograrlo y tal vez hasta podrían frustrarse su liderazgo y sueños, pues aún tenía más preguntas que respuestas en su cabeza arremolinada y los obstáculos eran descomunales.

En aquella primera conversación observé que Hugo –así me pidió que lo llamara– no tenía una idea clara de cómo alcanzar el poder, pero sí traslucía la certeza de que lo iba a lograr.

Me llamaron la atención sus comentarios de exaltación y confianza hacia la mayoría de los militares venezolanos y el amor y la fidelidad hacia su pueblo. Me conmovió su afán de revivir a Bolívar, y buena parte de la conversación la dedicó a cómo promover en nuestro tiempo el proyecto histórico del Congreso Anfictiónico.

Después de mi primer encuentro con Chávez apenas a un mes de llegar a Caracas, sentí que había despejado una curiosidad política muy personal, al conocer a un singular líder que surgió exactamente en el peor momento de la izquierda y del movimiento popular de nuestro continente y del resto del mundo, en el pasado siglo. No pude dejar de pensar que en agosto de 1991 había desaparecido la Unión Soviética, luego de desintegrarse en 1989 sus aliados del Este europeo. Casi al unísono, el FSLN perdió el poder en Nicaragua y los procesos revolucionarios de El Salvador y Guatemala quedaron trancos. Mientras, en América del Sur, México y parte del Caribe la izquierda se esforzaba con tesón –aunque de manera casi siempre defensiva– en construir alternativas programáticas y en acumular fuerzas necesarias con el fin de encarar el terrible avance del neoliberalismo y la apabullante ofensiva unipolar de Estados Unidos.

En todo ello pensaba cuando salí del pequeño apartamento donde había dialogado con Hugo Chávez dos horas y quedé fascinado por su elocuencia, la frescura de sus ideas y

la convicción luminosa de que lograría conducir a su pueblo y reencontrar el derrotero de Bolívar.

Por primera vez en esa ocasión comí lapa –una especie de jutía cubana, pero más grande–, y posteriormente supe que sólo en momentos muy especiales ello es posible y se interpreta aquí como un gesto de halago y amistad.

Hoy, no es difícil afirmar que con Chávez y la Revolución Bolivariana, se inició una nueva etapa de esperanzas y de redención de los pueblos de nuestra América y que su bregar desde 1992 abonó, en el instante histórico en que más se requería, las luchas sociales y de la izquierda en nuestro continente, que ahora reverdecen.

Al cabo de diez años –como le sucede con él a muchas personas– lo conozco y admiro más y lo entiendo mejor.

Durante esta década que he vivido en Venezuela, pude aproximarme a la gloriosa historia del pueblo venezolano y conocer las paradojas de este país: una enorme riqueza de la que se apropia en gran parte un ínfimo grupo oligárquico, a costa de la más extrema pobreza de la mayoría; injusticia hiriente que contrasta con las virtudes del pueblo bolivariano, rebelde, peleador, noble y de una inteligencia e instinto excepcionales. Me refiero a tales atributos y circunstancias porque sin comprender esta sociedad pletórica de inequidad y su historia heroica, sería imposible dimensionar al líder específico y a la vez ecuménico que es Hugo Chávez. Es él una persona amorosa, esencialmente solidaria con los desposeídos, sencilla y vasta como los llanos donde nació; hijo pródigo y leal de Barinas, y de la Venezuela honrada y digna.

Si hace diez años no pude encasillar a Chávez, hoy me siento solamente capaz de coincidir con mucha gente que ve en él a un dirigente con inmensas facultades creativas y en plena evolución; un Comandante en Jefe revolucionario que brotó de su pueblo y como nadie en Venezuela ha sido capaz de renacer a Bolívar, Miranda, Robinson, Sucre, Zamora, Martí y Che –sus próceres más admirados–, y desde ellos y con su propio ejemplo y lucidez ha incentivado el despertar de su nación. Chávez logró lo que Bolívar no pudo hacer en su tiempo y Martí reclamó después: mellarle el diente a los

ingratos. Ese líder experimentado de hoy, comprende que su fuerza invencible le vendrá siempre del dolor y el amor que siente por los pobres de su tierra y de otros confines, y sabe además gracias a estos años de batallar, quiénes son y dónde están los enemigos y aliados, dentro y fuera de Venezuela. Eso nos hace confiar más en él.

En mis recuerdos de Chávez, hasta el triunfo electoral de 1998, hay tres momentos que nunca olvidaré.

Uno fue cuando lo encontré casualmente en el Círculo Militar, en 1995. Al percatarnos de que por primera vez nos veíamos públicamente, nos acercamos y conversamos sin reparar en las posibles consecuencias que tendría aquel diálogo, seguramente observado por los seguidores empedernidos del teniente coronel rebelde.

Así fue, y días más tarde apareció el dato en un diario nacional. Después, cuando compartimos en privado, nos reímos ambos sobre cuántas especulaciones hacía la CIA y la DISIP respecto de sus pasos que causaban temor e intriga.

Otro ocurrió en un acto de solidaridad con Cuba, en la UCV, el 8 de octubre de 1996. El Aula Magna estaba repleta, y al terminar de pronunciar mi discurso e ir a la primera fila, Chávez se acercó a saludarme y no aceptó nuestra invitación de sentarse en ese lugar, regresando a la parte donde se encontraba el público, que lo aplaudió con fervor al advertir su presencia. Creo que ese fue el primer acto de solidaridad con Cuba, al que asistió Chávez en Venezuela.

La tercera vez sucedió en julio de 1998, en plena campaña electoral, cuando conversamos algunas horas. Él nos contó sus impresiones sobre la participación del pueblo en los mítines y recorridos que había realizado por el interior del país, y de repente, a manera de conclusión expresó algo que me impresionó, pero confieso que lo recibí con cierto escepticismo; me dijo: «He visto una revolución en los ojos del pueblo, la gente pobre lo que quiere no es sólo el triunfo electoral, tienen la esperanza de que se inicie una revolución social».

Aquel 6 de diciembre de 1998, cuando ganó la Presidencia, ya al anochecer, lo llamé para decirle que Fidel le había enviado un mensaje de felicitación y sentí cómo su

voz agotada se animaba y me pidió que a esa hora se lo hiciese llegar de inmediato.

En los años siguientes vinieron muchos instantes, que no podría siquiera proponerme resumir, pues la memoria no es capaz de activarlos todos, ni el tiempo alcanzaría, ni tampoco es ese el propósito.

El despliegue ininterrumpido del líder bolivariano fue en ascenso desde aquel momento crucial en que al asumir la Presidencia, calificó de moribunda a la Constitución de 1961 y ese mismo 2 de febrero de 1999 convocó al pueblo para que expresara en un referendo su voluntad soberana de elegir una Constituyente y aprobar una Ley Suprema que guiara a la República Bolivariana. De ese modo, desató las fuerzas de una nueva era política en Venezuela y comenzó a mostrar las que ya son virtudes suyas reconocidas hasta por algunos de sus enemigos: inteligencia creativa, perseverancia, audacia, imaginación constante, astucia y valentía para hacer los cambios revolucionarios y unir al pueblo –civil y militar– tras ese fin.

Si algo lo hizo avanzar estos años con certezas medulares y pocos desatinos, es esa brújula suya que siempre lo acompaña: Bolívar y Jesucristo, y una amplia cultura universal.

Y, desde el 15 de diciembre de 1999, se agrega la Constitución Bolivariana, fruto y savia excepcional de su maestría política, que ha continuado expresándose a través de su extraordinario y cotidiano quehacer pedagógico para enseñarle al pueblo que en el pequeño librito que siempre él lleva en el bolsillo y millones hacen lo mismo, se encierra el proyecto de Patria Grande que ahora sí ha comenzado a realizarse.

Lo que más me impresiona de Chávez hoy es su alegría de vivir y su espontánea manera de contagiar a los demás con su sonrisa, y a la vez la honda angustia que a veces lo embarga por no poder erradicar la pobreza con más rapidez. Él ha expresado que los peores enemigos de la Revolución también están dentro de ella, y que son necesarios formidables emprendimientos para transformar de raíz las estructuras materiales y mentales del viejo régimen, aún muy poderoso y actuante. Estoy seguro que ese ser humano

cautivador e iconoclasta, fiero y tierno, conducirá a su pueblo hacia la victoria plena.

Y en ello seguirá siendo crucial su ejemplar opción de vida austera y generosa, consagrada a servir a los pobres y a todos los seres humanos que no atenten contra la honra y la equidad.

Si algo no puedo dejar de mencionar, es la hidalguía y la solidaridad con que Chávez asumió las relaciones con Cuba, desde nuestro encuentro de 1994 y seguramente antes, y que hizo especialmente patente en aquella primera visita a la Isla a finales del propio año.

Al despedirse de Fidel entonces, le prometió que lo invitaría también a Venezuela y así lo cumplió en octubre de 2000, diciéndole al recibirlo y abrazarlo sonriente que había cumplido con su palabra. Así fue.

Y cuando sus adversarios en Venezuela lo acusaron de imitar a Cuba y a Fidel, fue más valiente que nunca. Y lejos de detener sus vínculos con nuestra Patria, incluyó a Cuba como beneficiario del Acuerdo Energético de Caracas y firmó con Fidel un Convenio de Colaboración que dio inicio a la integración más cabal y acelerada que hoy existe entre dos pueblos de la región.

Quienes durante el año 2000 tergiversaron hasta el cansancio las palabras de Chávez en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, en noviembre de 1999, cuando él usó la metáfora de que Cuba y Venezuela avanzan hacia el mismo mar de la felicidad, no podían suponer que así sería. Y como el propio Chávez acotó aquella vez, lo hace cada país con su propio signo y especificidad, pero más identificados que nunca en la defensa y realización de las ideas de Bolívar y Martí.

Es todo. Discúlpame, Rosa Miriam, si no logré satisfacer tu sorpresiva inquietud, pero créeme que estoy demasiado próximo a las conmociones de este maravilloso país y a la luz prodigiosa de Chávez. Y opinar sobre él es tan difícil como descifrar sus pensamientos aquella noche que lo observé de pie, su cabeza erguida y los brazos en dirección a Marte, cuando el planeta rojo se veía más cerca de la Tierra y tal vez le estaba develando los secretos del universo.

Comienza el ALBA en América Latina

(A modo de epílogo)

El espíritu del ALBA (la Alternativa Bolivariana para las Américas y el Caribe) vino a Cuba en diciembre de 1994. Ni Chávez ni Fidel podían prefigurar un nombre para ese nudo de coincidencias que los uniría desde entonces en una amistad entrañable, pero sí eran conscientes en esa fecha de que para América Latina no había otra alternativa que asumir su identidad y su destino como región particular del mundo, y transitar hacia su definitiva soberanía. Implicaba una forma de organización política y metas de futuro comunes a todos los pueblos del adolorido continente, pero no necesariamente habría que emplear las mismas fórmulas de país en país para lograr la independencia del todopoderoso y fiero vecino del Norte.

Quien revise los discursos de ambos en diciembre de ese año, verá que, en lo expresado por ellos en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, una posición común se destaca por encima de otras múltiples coincidencias. Frente a la crisis del socialismo en Europa, los alaridos del «fin de la Historia» y la expansión militar norteamericana, había llegado la hora no solo de que surgieran naciones independientes en la región, sino de la creación entre ellas de un nuevo sistema de relaciones que frenara, con un frente común, la embestida de EE.UU.

«El mundo bipolar no resultó: en el unipolar Estados Unidos quiere imponer su hegemonía. Propongo el pluripolarismo», dijo Chávez en una entrevista de prensa en Argentina, antes de viajar a Cuba en 1994, y repitió, con palabras muy parecidas, diez años después, cuando ya había firmado la declaración conjunta y el acuerdo entre Cuba y Venezuela para la aplicación del ALBA.

Ni entonces, ni ahora, Chávez proponía a los líderes latinoamericanos la creación de un supremo Estado, sino de un acuerdo flexible de cooperación práctica y útil que pueda cambiar la historia de América del Sur. Para él –tanto como para Fidel y de ahí esa simpatía inmediata al conocerse en La Habana– esta es una necesidad impostergable, que ha de tener enormes y favorables consecuencias en el concierto planetario. Tal y como advertía Bolívar –y como reclamó y sigue reclamando Chávez–, el proyecto de independencia latinoamericana es necesario, «porque el equilibrio del mundo así lo exige».

Una de las virtudes del ALBA es que no sustituye, no reemplaza ni disminuye ninguno de los esfuerzos legítimos en marcha, sino que los suma, integrándose a una corriente única, fortalecida por el fracaso de los instrumentos diseñados por EE.UU. para anexas al continente e impedir la extremaunción del neoliberalismo.

El nuevo contexto hace posible que se cumpla lo que el 14 de diciembre de 1994 predijo el líder bolivariano: con el siglo que estaba por comenzar llegaría «la resurrección del sueño bolivariano, del sueño de Martí, del sueño latinoamericano». Y eso es exactamente lo que se prefigura con el nacimiento del ALBA, «una integración basada en la colaboración y no en la competencia, que además tomará en cuenta a los sectores sociales más desprotegidos y que se moverá sobre las bases del desarrollo endógeno ya impulsado por nuestra Constitución bolivariana. Todos estos son sueños posibles. Todo es atreverse» –ha dicho el mandatario venezolano.

La celebración en La Habana de los diez años de la primera visita a Cuba de Hugo Chávez, no puede verse como un ciclo que se cierra en sí mismo, como tampoco podría tomarse la historia por la definitiva independencia como un hecho aislado y local, sino como un gran acontecimiento que inicia nuevas situaciones y nuevas articulaciones a escala mundial. Lo que intentamos demostrar en este libro –y por eso incluimos los discursos de ambos líderes en 1994 y el 2004, y los recientes acuerdos en torno al ALBA– es que los puntos de confluencias entre ambos eran profundos desde antes de

conocerse, pero ese hecho puso sobre sólidos cimientos el camino de la integración latinoamericana, fortalecido con la consolidación de la Revolución bolivariana y la indudable madurez de la Revolución cubana.

Pocas veces en la historia continental se ha dado en una sola persona –muchísimo menos en dos que coinciden en una misma época– semejante combinación de dones y atributos de hombre de acción y de hombre de pensamiento, de conductor de pueblos y de visionario del porvenir, de político hábil y coherente, y de creador de un proyecto de superación de las circunstancias de su tiempo. Es dentro de esas dimensiones excepcionales que ambos actúan y piensan, y esto, precisamente, es también lo que le da significación al encuentro hace diez años entre Chávez y Fidel.

Difícilmente podrá dejarse de advertir que, cuando se produjo aquel primer abrazo al pie de la escalerilla del avión que llegaba de Caracas, América Latina comenzó a vislumbrar otra posibilidad de futuro.



ANEXOS





CRONOLOGÍA DE LA VISITA EN 1994

MARTES, 13 DE DICIEMBRE

Hugo Chávez Frías llega al Aeropuerto Internacional José Martí, de La Habana, a las 9 y 40 de la noche. Es recibido al pie de la escalerilla por el Presidente cubano Fidel Castro, el Historiador de la Ciudad Eusebio Leal y el jefe del área de América, del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, José Antonio Arbesú. Chávez y Fidel conversan brevemente con los periodistas presentes.

Del aeropuerto, Chávez se traslada al Palacio de la Revolución, en el auto del Comandante en Jefe. Sostienen las primeras conversaciones en el trayecto. En la sede del Consejo de Estado, tienen lugar los intercambios entre ambos, con la presencia del subteniente Rafael Isea Romero, ayudante de Chávez, y por la parte cubana, José M. Miyar, Carlos Lage, Felipe Pérez Roque, José Antonio Arbesú y Eusebio Leal. La reunión termina a altas horas de la madrugada.

Chávez y su acompañante se alojan en una casa de Protocolo, del Consejo de Estado.

MIÉRCOLES, 14 DE DICIEMBRE

En horas de la mañana, Chávez visita la Academia de las FAR Máximo Gómez, donde llega acompañado del subteniente Isea y José Antonio Arbesú, a las 9 y 30 de la mañana. Fue recibido por el Jefe de la Academia, general de brigada Juan B. Pujols

Sánchez. Visitó la Galería del Pensamiento Militar, un aula de Exploración, el Centro de Estudios Militares, que en ese momento radicaba en las instalaciones de la Academia, el local de maquetas, el aula de Disposición Combativa, aulas de Comunicaciones, el Museo Máximo Gómez y el Salón de Protocolo, donde el general Pujols le impuso un sello y le obsequió una réplica de la cartera de campaña de Máximo Gómez.

A las 12:30 pm, Chávez recorrió una Zona de Fortificaciones. Luego, visitó la Casa Natal de José Martí, acompañado de Eusebio Leal. Poco después, el Comandante en Jefe le ofreció un almuerzo en el Palacio de la Revolución.

En horas de la tarde, el Presidente cubano acompañó a Chávez, quien colocó una ofrenda floral ante la estatua de Bolívar, en el Centro Histórico de La Habana Vieja, y asistió después a la conferencia dictada por el invitado venezolano en la Casa Bolívar. Estaban presentes, además, el ex presidente de Nicaragua Daniel Ortega, Carlos Lage, Ricardo Alarcón y otros dirigentes cubanos y personalidades de la cultura.

A las 8:00 pm tuvo lugar en el Aula Magna de la Universidad de La Habana el acto de homenaje de la FEU y los profesores de la casa de altos estudios. Al finalizar el acto, Fidel y Chávez visitaron al embajador venezolano en Cuba, Gonzalo García Bustillos, y luego reanudaron las conversaciones privadas, en la casa donde se alojaban los invitados venezolanos.

JUEVES, 15 DE DICIEMBRE . . .

Minutos antes de su partida, Chávez ofreció una conferencia de prensa en el aeropuerto José Martí. Alrededor de las diez de la mañana, el Comandante en Jefe despidió a Hugo Chávez. El visitante abordó el avión de Viasa que lo llevó de regreso a Caracas.

EL AULA MAGNA LE ABRE LAS PUERTAS A UN AMIGO VERDADERO

Discurso pronunciado por Otto Rivero Torres,
presidente de la Federación Estudiantil Universitaria,
con motivo de la visita de Hugo Chávez Frías
a la Universidad de La Habana, el 14 de diciembre de 1994.
(Versiones Taquigráficas - Consejo de Estado)

Querido Comandante en Jefe del pueblo de Cuba, Fidel;
Comandante y combatiente venezolano, Hugo Chávez;
Autoridades universitarias;
Profesores y estudiantes universitarios;
Compañeros y compañeras:

Como tantas veces, los universitarios cubanos, representados por el estudiantado de esta emérita Universidad de La Habana, sentimos el orgullo de abrir las puertas de nuestra Aula Magna a los amigos verdaderos.

En las postrimerías del siglo XX y en medio de esta lucha por la resistencia y la no claudicación, los universitarios ofrecemos los brazos de nuestra madre nutricia, Alma Máter, al Comandante Hugo Chávez, acompañado por nuestro compañero de aula, Fidel.

Si creemos en los titulares de los periódicos oficialistas venezolanos, solo lo conoceremos como el militar que intentó derrocar al gobierno de Carlos Andrés Pérez en febrero de 1992, pero sabemos que quien nos visita hoy es mucho más que eso, es alguien que desde joven comenzó a leer a Bolívar y que de él aprendió a ser del pueblo, a ser revolucionario, a ser

.....

Otto Rivero Torres es actualmente vicepresidente del Consejo de Estado de la República de Cuba.

rebelde, pensando en el Padre de la patria americana; creó en la pasada década el MBR-200, Movimiento Bolivariano Revolucionario, en el bicentenario de su natalicio.

Coincidentemente, hace 164 años, las paredes de la quinta de San Pedro Alejandrino, por estos mismos días de diciembre, abrigaron al Libertador en sus últimas confesiones y le acompañaron al dictar su testamento. El 17 de diciembre murió, y al decir de la historia, rodeado de muy pocos amigos.

Hoy el Aula Magna está llena de bolivarianos, y junto a usted, Chávez, queremos decir: De Don Quijote, Bolívar, como lo llamara Miguel de Unamuno, tiene muchos amigos que hoy tomamos sus ideas y las diseminamos por el mundo para que echen raíces ahí, dondequiera que haya un hombre valiente y honrado.

Ser seguidores de Bolívar y de Martí es lo que nos hace sentir orgullosos de no haber sido incluidos en la recién convocada Cumbre de Miami. Pensamos que convocar hoy a los pueblos de este hemisferio para otros asuntos que nada tienen que ver con la profunda pobreza que en él impera; una cumbre que no habla de nuestros hermanos universitarios que en Venezuela, como en toda América Latina, son atropellados por los policías que representan a los gobiernos corruptos y sus políticas neoliberales, convocar a esa Cumbre es, sin duda, un capítulo más del poder del imperio, de su intención de hacer valer sus inescrupulosas políticas para con los pobres.

Hoy el neoliberalismo evidencia que esa no es una alternativa para que los pueblos de América Latina mejoren su situación social, todo lo contrario; las políticas neoliberales que se implantan crecientemente llevan al agravamiento de derechos sagrados como el empleo, la educación y la salud.

Ya se demuestra con hechos que esta no es la solución para nuestros pueblos. Pero tenemos fe en que un día, como soñaron nuestros próceres, habrá una cumbre verdadera, donde los gobiernos no sean marionetas que pidan permiso para votar.

En este hemisferio habrá una cumbre donde Martí volverá a proclamar la independencia americana; donde Bolívar,

con sus tropas de grandes guerreros, tendrá nuevas batallas y nuevas victorias; donde el Che volverá a sentir bajo sus talones el costillar de Rocinante.

Nuestra Cuba jamás se arrepentirá de ser el faro de los revolucionarios del mundo.

Los jóvenes y estudiantes cubanos, próximos al centenario de la caída del Maestro, José Martí, le escuchamos orgullosos proclamar una nación con todos y para el bien de todos.

En el 72 aniversario de la fundación de esta Federación Estudiantil Universitaria, ratificamos nuestra unidad a esta Revolución de obreros, campesinos y estudiantes, como dijera Fidel.

Hugo Chávez, reciba nuestro saludo de bienvenida y sepa que en la universidad cubana de estos tiempos se forma la generación que continuará la Revolución iniciada el 10 de Octubre de 1868. Usted tiene derecho, porque se lo ha ganado, a usar la camiseta de la universidad, que es hija y parte inseparable de este pueblo abnegado y trabajador.

Muchas gracias (Exclamaciones de: «¡Viva Hugo Chávez!») (Aplausos)



**PRIMERA VEZ QUE VENGO FÍSICAMENTE, PORQUE
EN SUEÑOS, A CUBA, HE VENIDO MUCHAS VECES**

Palabras del Teniente Coronel Hugo Chávez, de Venezuela,
en el acto efectuado en su honor en el Aula Magna
de la Universidad de La Habana, el 14 de diciembre de 1994,
«Año 36 de la Revolución».

(Versiones Taquigráficas - Consejo de Estado)

Señor Comandante en Jefe de la Revolución Cubana y Presidente de la República de Cuba;
Señor Rector de esta insigne casa de estudios;
Señor Presidente de la Federación de Estudiantes Universitarios;
Señor Presidente de la Casa «Simón Bolívar»;
Queridos compatriotas, profesores universitarios, estudiantes de Cuba, de esta tierra de Martí y de Bolívar;
Compañeros de armas:

Reciban, en primer lugar, un caluroso y sentido abrazo bolivariano que viene de esa tierra venezolana, de la cual nos sentimos tan llenos y en la cual tenemos comprometida nuestra vida entera.

Anoche, en este viaje a Cuba, fugaz, pero profundo, una compatriota cubana me preguntaba en el avión que si era la primera vez que yo venía a Cuba, le dije que sí; pero, al mismo tiempo, le dije algo que quiero repetir en este momento tan emocionante: Primera vez que vengo físicamente, porque en sueños, a Cuba, vinimos muchas veces los jóvenes latinoamericanos (Aplausos); en sueños, a Cuba, vinimos infinidad de veces los soldados bolivarianos del ejército venezolano que desde hace años decidimos entregarle la vida a un proyecto revolucionario, a un proyecto transformador.

Así que, de verdad, agradezco este nuevo honor que me hace el Presidente Fidel Castro, que me hacen todos ustedes. Y, como les decía, anoche, cuando recibí la inmensa y agradable sorpresa de ser esperado en el aeropuerto internacional «José Martí» por él mismo en persona, le dije: «Yo no merezco este honor, aspiro a merecerlo algún día en los meses y en los años por venir» (Aplausos). Lo mismo les digo a todos ustedes, queridos compatriotas cubano-latinoamericanos: Algún día esperamos venir a Cuba en condiciones de extender los brazos y en condiciones de mutuamente alimentarnos en un proyecto revolucionario latinoamericano, imbuidos, como estamos, desde siglos hace, en la idea de un continente hispanoamericano, latinoamericano y caribeño, integrado como una sola nación que somos.

En ese camino andamos, y como Aquiles Nazoa dijo de José Martí, nos sentimos de todos los tiempos y de todos los lugares, y andamos como el viento tras esa semilla que aquí cayó un día y aquí, en terreno fértil, retoñó y se levanta como lo que siempre hemos dicho –y no lo digo ahora aquí en Cuba, porque esté en Cuba y porque, como dicen en mi tierra, en el llano venezolano, me sienta guapo y apoyado, sino que lo decíamos en el mismo ejército venezolano antes de ser soldados insurrectos; lo decíamos en los salones, en las escuelas militares de Venezuela–: Cuba es un bastión de la dignidad latinoamericana y como tal hay que verla, como tal hay que seguirla y como tal hay que alimentarla. (Aplausos)

Hay, por supuesto, en este momento un huracán de emociones, de ideas, de pasiones y de sentimientos cruzando mi mente y anidándose en el alma de soldado, de revolucionario, de latinoamericano. ¡Tantas cosas que se agolpan en la mente, tantos recuerdos, tantas veces soñar con Cuba, estar en Cuba y, al fin, estar aquí!

Recordaba, dentro de tanto cúmulo de cosas que me llega ahora en este momento, en esta Aula Magna de esta Universidad de La Habana –donde, por cierto, me decía un ilustre compatriota de esta universidad que aquí estuvo Andrés Eloy Blanco, con sus poemas, con sus sueños–, haber leído en la cárcel, Comandante Castro, Presidente de Cuba; haber

releído, en primer lugar, en la cárcel de Yare, aquella encendida defensa, aquella encendida palabra suya en **La historia me absolverá**, y haber leído también en la cárcel **Un grano de maíz**, la entrevista hecha en ese tiempo por el comandante Tomás Borges, y haber comparado, y, dentro de tantas comparaciones de tantas ideas con 40 años casi de diferencia una de la otra, sacar varias conclusiones, como soldado prisionero: una de ellas, que vale la pena, que hay que hacerlo, mantener la bandera de la dignidad y de los principios en alto, aun a riesgo de quedarse solo en cualquier momento; mantener contra vientos desfavorables las velas en alto; mantener posiciones de dignidad. Eso lo releíamos, lo leíamos en la cárcel, y fue para nosotros alimento de prisioneros, y fue para nosotros, y sigue siendo, alimento de rebeldes.

Y hablando de rebeldes, subrayo lo dicho por el Presidente de la Federación de Estudiantes y lo dicho por el Comandante en Jefe Fidel Castro acerca de la cumbre de Miami: Esa cumbre no se hizo para rebeldes, por lo tanto, no estuvieron allí los cubanos.

Nosotros tampoco podemos entrar a territorio norteamericano, nos tienen prohibida la entrada. Lo dije una vez en Colombia y lo vuelvo a decir ahora, en Cuba, con más fuerza y con más vigor: ¡Nos honra como soldados rebeldes que no nos dejen entrar a territorio norteamericano! (Aplausos)

Ahora, sin duda que están ocurriendo cosas interesantes en la América Latina y en el Caribe; sin duda que ese insigne poeta y escritor nuestro, de esta América nuestra, don Pablo Neruda, tiene profunda razón cuando escribió que Bolívar despierta cada 100 años, cuando despierta el pueblo.

Sin duda que estamos en una era de despertares, de resurrecciones, de pueblos, de fuerzas y de esperanzas; sin duda, Presidente, que esa ola que usted anuncia o que anunció y sigue anunciando en esa entrevista a la que me he referido, **Un grano de maíz**, se siente y se palpa por toda la América Latina.

Sin duda que estamos en era bicentenaria. Nosotros tuvimos la osadía de fundar un movimiento dentro de las filas del Ejército Nacional de Venezuela, hastiados de tanta corrup-

ción, y nos juramos dedicarle la vida a la construcción de un movimiento revolucionario y a la lucha revolucionaria en Venezuela, y, ahora, en el ámbito latinoamericano.

Eso comenzamos a hacerlo el año bicentenario del nacimiento de Bolívar. Pero veamos que este próximo año es el centenario de la muerte de José Martí, veamos que este año que viene es el bicentenario del nacimiento del mariscal Antonio José de Sucre, veamos que este año que viene es el bicentenario de la rebelión y muerte del zambo José Leonardo Chirinos en las costas de Coro, en Venezuela, tierra, por cierto, de los ascendientes del prócer Antonio Maceo.

Veamos entonces que, como que el tiempo nos llama y nos impulsa, es, sin duda, tiempo de recorrer de nuevo caminos de esperanza y de lucha. En eso andamos nosotros; después de 10 años de trabajo intenso en el seno del ejército venezolano, después de una rebelión y otra rebelión, ahora dedicados al trabajo revolucionario en tres direcciones fundamentales que voy a permitirme resumir ante ustedes para invitarlos al intercambio, para invitarlos a extender lazos de unión y de trabajo, de construcción concreta.

En primer lugar, estamos empeñados en levantar una bandera ideológica pertinente y propicia a nuestra tierra venezolana, a nuestra tierra latinoamericana: la bandera bolivariana.

Pero en ese trabajo ideológico de revisión de la historia y de las ideas que nacieron en Venezuela y en este continente hace 200 años, cuando se fue levantando el primer proyecto de nación, no solamente venezolana, sino latinoamericana, aquel proyecto que Francisco de Miranda llamó *Colombella* y que Bolívar tomó después para llamar Colombia, lo que hoy conocemos como la Gran Colombia, el sueño bolivariano; en ese sumergirnos en la historia buscando nuestras raíces, hemos diseñado y hemos lanzado a la opinión pública nacional e internacional, la idea de la inspiración en un árbol de las tres raíces –llamamos nosotros–: la raíz no solamente del pensamiento bolivariano, aquel Simón Bolívar que llamaba, por ejemplo, a esa unidad latinoamericana para poder oponer una nación desarrollada como contrapeso a la pre-

tensión del Norte que ya se perfilaba con sus garras sobre nuestra tierra latinoamericana; aquel Bolívar que planteaba en Angostura la necesidad de incorporar, además de los tres poderes clásicos de Montesquieu, un cuarto poder, el poder moral; aquel Bolívar, o aquellas ideas de Bolívar que planteaba en la Constitución de Bolivia la necesidad de un quinto poder, el poder electoral; aquel Bolívar que desde su tumba casi, ya en Santa Marta, dijo: «Los militares deben empuñar su espada para defender las garantías sociales»; aquel Bolívar que dijo que el mejor sistema de gobierno es el que le proporciona mayor suma de felicidad a su pueblo, mayor suma de estabilidad política y seguridad social.

Esa raíz profunda, esa raíz bolivariana, nosotros la hemos unido porque creemos –no es que nosotros la hayamos unido– que está unida por el tiempo, por la historia misma a la raíz robinsoniana, tomando como inspiración el nombre de Samuel Robinson o Simón Rodríguez, a quien conocemos muy poco los latinoamericanos porque nos dijeron desde pequeños: «El maestro de Bolívar», y allí se quedó, como estigmatizado por la historia, el loco estrafalario que murió anciano, deambulando como el viento por los pueblos de la América Latina.

Simón Rodríguez, quien inyectó gran parte de las ideas revolucionarias a Simón Bolívar; Simón Rodríguez, el que llamaba a los americanos meridionales a hacer dos revoluciones: la política y la revolución económica. Aquel Simón Rodríguez que llamaba a la construcción de un modelo de economía social y un modelo de economía popular. Aquel Simón Rodríguez que dejó para todos los tiempos de América Latina, como un reto para nosotros, aquello de que la América Latina –en ese tiempo América Meridional en el término– no podía seguir imitando servilmente, sino que tenía que ser original y llamaba a inventar o errar. Ese viejo loco, para los burgueses de la época, que andaba recogiendo niños ya anciano y abandonado, y que decía: «Los niños son las piedras del futuro edificio republicano, ¡vengan acá para pulir las piedras para que ese edificio sea sólido y luminoso!»; aquel viejo que ya al borde de la tumba se dedi-

có a construir velas y cuando alguien le preguntó: «¿Qué hace usted construyendo velas, maestro?», dijo: «Es que no consigo otra forma de darle luces a la América». Esa es otra raíz fundamental, profunda y filosófica dentro de nuestro planteamiento ideológico.

Y una raíz más reciente, la raíz zamorana, tomada del general del pueblo soberano, Ezequiel Zamora; Zamora, líder de la revolución federal en Venezuela; Zamora, el general que usaba doble cubrecabeza, un sombrero de cogollo y un quepis militar sobre el sombrero de cogollo, y lo explicaba en un concepto que después Mao Tse-Tung reflejó de otra manera, en otro tiempo y en otro lugar.

Mao señalaba –ustedes lo saben mejor que nosotros– que el pueblo es al ejército como el agua al pez, y ustedes no solamente lo saben, sino que lo han aplicado, y yo aprovecho –y me disculpan la digresión– para darle un inmenso abrazo, un gigantesco abrazo a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba que se han identificado con su pueblo para siempre. (Aplausos)

En muy pocas horas nos vamos, y digo nos vamos, porque conmigo anda el teniente Isea Romero, teniente de paracaidistas y de blindados del ejército venezolano, rebelde y ex prisionero político (Aplausos). Nos vamos, queridos compañeros de armas de Cuba, convencidos, a pesar de lo poco que pudimos ver, de que ustedes sí aplican eso de que están –como el título de una buena obra de un estudioso del tema panameño– como pez en el agua.

Nosotros, como militares, andamos tras esa búsqueda, y hoy nos vamos más afianzados en la convicción y en la necesidad de que el ejército de Venezuela tiene que ser de nuevo lo que fue: un ejército del pueblo, un ejército para defender eso que Bolívar llamó las garantías sociales.

Ezequiel Zamora, de quien les hablaba como tercer componente del árbol de las tres raíces, decía yo que se adelantó, quizás, en la concepción que después reflejó Mao. Zamora explicaba que el sombrero de cogollo representaba al pueblo de Venezuela, y el quepis militar al ejército que debería estar unido a ese pueblo para poder lograr la revolución federal que estaba en boga en Venezuela.

Ezequiel Zamora tomó el proyecto bolivariano; lamentablemente murió comenzando la guerra federal, y con él enterraron el sueño de los campesinos pobres de Venezuela, que fueron también traicionados después de la guerra de independencia.

Esa vertiente de trabajo nuestra, por supuesto, y por cierto que tiene su complemento en toda la América Latina. Nosotros, seguramente por venezolanos, tomamos como raíces a tres venezolanos para nuestro proyecto ideológico, empeñados en resistirnos a esa tesis que viene del Norte –alguien me decía hace poco que todo lo malo nos viene del Norte–, esa tesis del fin de la historia, del último hombre, de la era tecnocrática, de que las ideologías ya no sirven, que están demodé. No, nos resistimos, no lo aceptamos, y hemos tomado esas tres figuras simbólicas.

Pero me decía un capitán panameño, que todavía hace cuatro meses andaba escondido –a quien yo le preguntaba en la Universidad de Panamá, por cierto, una noche, que por qué andaba escondido, y me dice: «Yo ando escondido, Comandante, porque ahorqué a un gringo y tengo auto de detención por asesinato»; ahora, ¿dónde están los autos de detención por los miles de muertos que hubo en la invasión a Panamá?–: «Comandante, usted tiene allá a su dios, que es Bolívar; nosotros tenemos nuestro santico, que es Omar Torrijos».

De forma tal que hay en toda la América, Martí; más reciente, Omar Torrijos; más reciente Juan Velasco Alvarado, como símbolo de soldado del pueblo también en el Perú y la experiencia inmensa del plan inca (Aplausos); o en el Cono Sur. Una madrugada, de Montevideo, hace unos meses, me llegó un emisario secreto con una carta de oficiales activos del ejército de Uruguay, que se llaman los soldados artiguistas, con un regalo sobre el pensamiento político de Artigas.

San Martín, Sandino, Mariátegui y tantos otros latinoamericanos –y aprovecho para decir que también me siento muy honrado de haber conocido y haber abrazado hoy al comandante Daniel Ortega, de la Revolución nicaragüense, quien se encuentra acá en La Habana, como ustedes saben–,

ahí están las raíces de un proyecto de nación, una sola nación que somos todos los latinoamericanos y caribeños.

Ahora, esa es una primera vertiente de trabajo bien adecuado, mi Comandante: el próximo año del centenario de la muerte de José Martí, para estrechar ese trabajo ideológico, ese binomio de Bolívar y Martí, como forma de levantar la emoción y el orgullo de los latinoamericanos.

La otra vertiente de nuestro trabajo, para la cual también necesitamos estrechar nexos con los pueblos de nuestra América, es el trabajo organizativo.

En la cárcel recibíamos muchos documentos de cómo el pueblo cubano se fue organizando después del triunfo de la Revolución, y estamos empeñados en organizar en Venezuela un inmenso movimiento social: el Movimiento Bolivariano Revolucionario 200; y más allá, estamos convocando para este próximo año a la creación del Frente Nacional Bolivariano, y estamos llamando a los estudiantes, a los campesinos, a los aborígenes, a los militares que están en situación de retiro –porque lamentablemente los militares en los cuarteles en Venezuela siguen amordazados; el sistema político, o los políticos venezolanos, pretenden tener para siempre militares que sean mudos, sordos y ciegos ante la tragedia nacional–, a los militares que estamos en la calle, a los intelectuales, a los obreros, a los pescadores, a los soñadores, a todos, a conformar ese frente, un gran frente social que enfrente el reto de la transformación de Venezuela.

En Venezuela nadie sabe lo que puede ocurrir en cualquier momento. Nosotros, por ejemplo, que estamos entrando en un año electoral, 1995, dentro de un año, en diciembre, habrá en Venezuela otro proceso electoral, ilegal e ilegítimo, signado por una abstención –ustedes no lo van a creer– del 90% en promedio; es decir, el 90% de los venezolanos no va a las urnas electorales, no cree en mensajes de políticos, no cree en casi ningún partido político.

Este año nosotros aspiramos, con el Movimiento Bolivariano, con el Frente Nacional Bolivariano, polarizar a Venezuela. Los que van al proceso electoral –donde hay gente honesta también que respetamos, pero en lo que no creemos

es en el proceso electoral—, ese es un polo; y el otro polo que nosotros vamos a alimentar, a empujar y a reforzar es la solicitud en la calle, con el pueblo, del llamado a elecciones para una Asamblea Nacional Constituyente, para redefinir las bases fundamentales de la república que se vinieron abajo; las bases jurídicas, las bases políticas, las bases económicas, las bases morales, incluso, de Venezuela están en el suelo, y eso no se va a arreglar con pequeños parches.

Bolívar lo decía: «Las gangrenas políticas no se curan con paliativos», y en Venezuela hay una gangrena absoluta y total.

Alguien me decía hace unos meses atrás que por qué no permitíamos que el sistema democrático —ese que llaman en Venezuela democrático— madure, y aprovechando que he probado unos dulces de mango muy exquisitos aquí en La Habana, le ponía el ejemplo del mango, que en Venezuela se pierde porque no sabemos aprovecharlo, y le decía: Un mango madura cuando está verde, pero un mango podrido jamás va a madurar; de un mango podrido hay que rescatar su semilla y sembrarla para que nazca una nueva planta. Eso pasa en Venezuela hoy. Este sistema no tiene manera de recuperarse a sí mismo. (Aplausos)

Y lo que voy a decir —voy a utilizar de nuevo la expresión de la gente de mi pueblo, del llano venezolano—, no lo voy a decir porque estoy aquí guapo y apoyado; lo he dicho en Venezuela; lo he dicho en el Ateneo de Caracas, que ustedes conocen muy bien; lo he dicho a la prensa, a la televisión, a los pocos programas en los cuales nos dan cabida; lo dije frente al Palacio de Gobierno en una ocasión, después que salí de la cárcel: nosotros no desechamos la vía de las armas en Venezuela, nosotros seguimos teniendo —y lo dicen las encuestas del mismo gobierno— más del 80% de opinión favorable en los militares venezolanos, en el ejército, en la marina, en la fuerza aérea y hasta en la Guardia Nacional, que es una fuerza que inventó este sistema y reforzó —es como la guardia pretoriana del régimen, pero ahí también hay gente buena—, en la policía uniformada, en la misma dirección de política interna, en la policía política.

Tenemos una fuerza allí y la alimentamos, la atendemos, aunque los muchachos, por supuesto, andan perseguidos por todos lados, y hoy día si un oficial venezolano nombra a Bolívar en un cuartel, en un discurso, es considerado un oficial sospechoso.

A pesar de todo eso, ahí tenemos una fuerza y, además de todo eso, tenemos un altísimo porcentaje de los venezolanos, especialmente, queridos amigos, ese 60% de venezolanos –tampoco lo van a creer ustedes– en pobreza crítica.

Increíble, pero es cierto: en Venezuela se esfumaron 200 000 millones de dólares en 20 años. ¿Y dónde están? –me preguntaba el Presidente Castro–, en las cuentas en el exterior de casi todos los que han pasado por el poder en Venezuela, civiles y militares que se enriquecieron al amparo del poder.

En esa inmensa mayoría de venezolanos, nosotros tenemos un tremendo impacto positivo y ustedes comprenderán que, al tener esas dos fuerzas, estamos dispuestos a dar el todo por el todo por el cambio necesario en Venezuela. Por eso decimos que no desechamos la vía de utilizar las armas del pueblo que están en los cuarteles, para buscar el camino si este sistema político decide, como parece haber decidido, atornillarse de nuevo y buscar recursos para manipular y engañar.

Nosotros estamos pidiendo Constituyente y el año que viene –ya les dije– vamos a empujar esta salida como recurso estratégico de corto plazo.

La tercera vertiente en la que estamos trabajando, para ir concluyendo estas palabras, este saludo, esta pasión que me mueve en esta noche, es un proyecto estratégico de largo plazo, en el cual, los cubanos tienen y tendrían mucho que aportar, mucho que discutir con nosotros –es un proyecto de un horizonte de 20 a 40 años, un modelo económico soberano, no queremos seguir siendo una economía colonial; un modelo económico complementario.

Venezuela tiene inmensos recursos energéticos, por ejemplo. Ningún país del Caribe o latinoamericano debería importarle combustible a Europa, ¿por qué? Si Latinoamérica tiene, entre ellos, a Venezuela con inmensos recursos energéti-

cos, ¿por qué Venezuela va a seguir exportándoles a los países desarrollados 2,5 millones de barriles de petróleo crudo al día: igual que hace 500 años se llevaban la materia prima, hoy se la siguen llevando de la misma forma?

Es un proyecto que nosotros hemos lanzado ya al mundo venezolano con el nombre de Proyecto Nacional «Simón Bolívar», pero con los brazos extendidos al continente latinoamericano y caribeño, y al respecto hemos entrado ya en contacto con algunos centros de estudio de Panamá, de Colombia, de Ecuador, de Uruguay, de Argentina, de Chile, de Cuba; un proyecto en el cual no es aventurado pensar, desde el punto de vista político, en una asociación de Estados latinoamericanos. ¿Por qué no pensar en eso, que fue el sueño original de nuestros libertadores? ¿Por qué seguir fragmentados? Hasta allí, en el área política, llega la pretensión de ese proyecto que no es nuestro ni es original, tiene 200 años, al menos.

Cuántas experiencias positivas en el área cultural, en el área económica —esta economía de guerra que vive Cuba prácticamente—, en el área deportiva, en el área de la salud, de la atención a la gente, de la atención al hombre, que es el primer objeto de la patria, el sujeto de la patria.

Así que en esa área o en esa tercera vertiente, en el proyecto político transformador de largo plazo, extendemos la mano a la experiencia, a los hombres y mujeres de Cuba que tienen años pensando y haciendo por ese proyecto continental.

Para terminar, por ahora, les invitamos cordialmente, como ya lo hemos hecho, a las autoridades, a un encuentro en Santa Marta.

Nos hemos convocado en Santa Marta, Colombia, para el 17 de diciembre. Allí aspiramos comenzar la preparación. Esta sería la primera reunión preparatoria del Segundo Congreso Anfictiónico de Panamá, que aspiramos celebrar en Panamá en 1996, cuando se cumplen 170 años de aquel congreso que fue saboteado, por cierto, por los norteamericanos. Y aspiramos a un tercer congreso en 1999, cuando el ejército norteamericano debe retirar el último soldado de esa tierra bolivariana, que es el canal de Panamá.

Este sería un congreso o una liga permanente donde discutiríamos los latinoamericanos sobre nuestra tragedia, sobre nuestro destino que, al decir de ese gran revolucionario, ese gran escritor uruguayo, Eduardo Galeano, ese destino no puede ser una maldición, es un desafío.

El siglo que viene, para nosotros, es el siglo de la esperanza; es nuestro siglo, es el siglo de la resurrección del sueño bolivariano, del sueño de Martí, del sueño latinoamericano.

Queridos amigos, ustedes me han honrado con sentarse esta noche a oír estas ideas de un soldado, de un latinoamericano entregado de lleno y para siempre, a la causa de la revolución de esta América nuestra.

Un inmenso abrazo bolivariano para todos ustedes.
(Aplausos prolongados)

**NOS SENTIMOS MUY HONRADOS CON SU
PRESENCIA, COMANDANTE HUGO CHÁVEZ**

Palabras pronunciadas por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, en el acto de homenaje al Teniente Coronel (r) venezolano Hugo Chávez, en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, el día 14 de diciembre de 1994, «Año 36 de la Revolución».
(Versiones Taquigráficas - Consejo de Estado)

Admirado teniente coronel Hugo Chávez:

Aquí tenemos una cuestión acerca de cómo llamarlo, porque Leal lo llamaba Comandante. Él contaba que allá en Panamá lo llamaron Comandante, y nadie lo ha degradado, nadie le ha quitado grados: yo creo que le han querido elevar de grado, porque ya no se están refiriendo a un grado militar, sino a un grado político, como pudiera considerarse Comandante de una revolución.

Compañeras y compañeros profesores y estudiantes:

Hay muchas cosas simbólicas en esta reunión de hoy.

Cuando supimos que el Comandante Hugo Chávez (Aplausos) había aceptado la invitación de Eusebio Leal para visitar La Habana y no sabíamos, cuando se hizo, si podría venir o no dado su programa de actividades –la invitación era relativamente reciente–, no había ninguna duda de que para una personalidad como Hugo Chávez la aceptación de esa invitación entrañaba un acto de valentía, porque hoy por hoy no son muchos los valientes en este mundo que se atrevan a aceptar una invitación a venir a Cuba; hasta hay muchos que antes venían a Cuba y ahora andan haciendo piruetas para que se olviden de que alguna vez fueron amigos de la Revolu-

ción cubana, o, incluso, para que se olviden de que alguna vez fueron gente de izquierda.

En el mero hecho de aceptar la invitación, nosotros veíamos ya un acto de gran valentía. Claro está que desde nuestro punto de vista, si pensáramos que una visita de Hugo Chávez podía perjudicarlo políticamente, nadie habría pensado en hacerle una invitación; pero nosotros partíamos de una convicción –que se ha comprobado plenamente–, de las características personales, de las características políticas, de las características morales de Hugo Chávez, de lo que representa, de lo que significa, de sus objetivos, y que el encuentro con nuestro pueblo sería muy útil para todos, como ha ocurrido con muchos otros revolucionarios, ahora hablo de muchos porque, a pesar de estos tiempos difíciles, y de los que se acobardan, son muchos los que se atreven a venir a Cuba.

Ustedes acaban de presenciar la reunión de más de 3 000 personas de todo el mundo que vinieron a expresar su solidaridad a nuestro pueblo. Hay muchos que vienen a Cuba a pesar de los tiempos, porque hay un renacer de la conciencia y de la voluntad revolucionaria.

La respuesta de Chávez fue rápida, no estaba todavía organizado el programa, porque no sabíamos siquiera por cuántos días vendría. Se dijo que por dos días, había que hacer un programa rápido, que estuviera en correspondencia con la personalidad que nos visita y se preparó un programa intenso.

Como ustedes ven, la juventud del Comandante Hugo Chávez permite cualquier tipo de programa; además, es paracaidista, corre 14 o 15 kilómetros para hacer un poco de ejercicio. Según nos contaba, un día en que le hicieron tremenda crítica, porque le habían pedido una conferencia sobre Bolívar y habló de Bolívar ampliamente, sin embargo, el jefe que le había ordenado dar la conferencia a un regimiento de paracaidistas le hizo una fuerte crítica ulterior diciendo: «Parecías un político», y allí se produjo tremenda discusión entre el jefe de aquella unidad superior y tres comandantes –y creo que los tres estaban en este Movimiento Bolivariano–, después de la gran discusión, invitó a

los otros dos compañeros a correr 15 kilómetros, hasta un lugar histórico que está cerca de su unidad.

Preparamos el programa y nos preguntábamos: ¿Dónde podemos organizarle un homenaje digno a nuestro visitante, por lo que él piensa, por lo que él significa, por lo que él es?

Al recoger las banderas de las ideas bolivarianas; al visitar la patria de Martí, maestro de nuestros revolucionarios, discípulo de Bolívar; a un país donde se quiere tanto a Bolívar, donde se le conoce tanto y se le admira tanto, ¿cuál será el mejor lugar para expresar un pensamiento político, para que allí se pueda transmitir a la vez el sentimiento de nuestro pueblo hacia el visitante y hacia lo que sus seguidores significan? Pensamos que no había mejor lugar que la Universidad de La Habana.

En la Universidad de La Habana se puede hacer un acto en la escalinata –ustedes lo hacen a cada rato–, o lo pueden hacer en la Plaza Cadenas; pues nosotros pensamos: nos gusta más todavía, por la solemnidad, por la seriedad, el Aula Magna de la Universidad de La Habana, aunque no sea un local de mucho espacio, desde luego, pero con la televisión que multiplica ese espacio no se sabe cuántas veces, los alumnos de las escuelas de Matemática deben saberlo.

Por eso escogimos, los que estábamos en la idea de organizar el programa, este lugar, y no para un título de Doctor Honoris Causa, que ustedes han concedido tantas veces a muchos ilustres visitantes, porque este lugar ha sido el escenario donde se ha homenajeado a muchas personalidades que han visitado a nuestro país. No, no le vamos a dar un título de Doctor Honoris Causa; no se lo vamos a dar, porque yo creo que él se ha ganado ya ese título hace rato. (Aplausos)

Hombre modesto, muy modesto, verdaderamente modesto, considera que no es acreedor a ninguna de las atenciones recibidas y que, en todo caso, él espera ganárselas con su conducta en el futuro; pero quien se pasó 10 años educando a oficiales jóvenes, educando a soldados venezolanos en las ideas bolivarianas, podemos decir que es acreedor a estos y a muchos mayores honores (Aplausos), porque ha sido maestro desde las propias filas en conversaciones, conferencias, clases, de cientos, de miles de militares venezolanos.

Todas estas cosas nosotros las fuimos captando rápidamente, después de los primeros días de confusión y desinformación, bastante confusión internacional en el ámbito latinoamericano, en el ámbito internacional con muchos medios de prensa, desfigurando el sentido y los objetivos del movimiento.

Fueron los días subsiguientes cuando empezaron a llegar noticias de quiénes habían organizado ese movimiento, cómo pensaban, cuál era su conducta, su forma de actuar, y es conocido que el Teniente Coronel en ese momento, y Comandante del movimiento, conmovió al pueblo de Venezuela con la valentía con que se hizo responsable, a cualquier riesgo, de lo que había ocurrido; asumió la responsabilidad él, personalmente, y declaró que solo él era responsable.

Llegaron noticias también del comportamiento humano de aquellos oficiales y de aquellos militares; llegaron noticias de sus ideas bolivarianas; llegaron noticias de su actitud, con posterioridad a los hechos, en las prisiones y en todas partes, que tanto nos recordaba nuestra propia historia, que tanto nos recordaba lo que había ocurrido después del Moncada, en circunstancias, desde luego, diferentes, porque en el caso nuestro había sido una lucha contra los militares que seguían incondicionalmente al régimen tiránico de Batista, y en este caso había sido el levantamiento de un grupo de militares revolucionarios, habían surgido de las propias filas de las fuerzas armadas de Venezuela.

Él explicó bien, muy bien, y todo el mundo sabe en Venezuela que en el momento en que ya se iba a producir un derramamiento innecesario de sangre entre los propios soldados, con un objetivo que ya no podía salvarse, es que él asume las responsabilidades y evita esos derramamientos de sangre, que en ese momento habrían sido inútiles por cuanto las circunstancias en que se habían producido los acontecimientos ya hacían imposible una victoria del movimiento y las acciones, como él declaró, cesaban por ahora.

Lo cierto es que se produce en Venezuela una gran conmoción de tipo popular, y creció como la espuma el prestigio y el apoyo a aquel grupo de oficiales y soldados dirigido por

Hugo Chávez. Puede decirse que la historia de Venezuela comenzó a cambiar, porque muy importantes acontecimientos posteriores se producen a partir de aquel intento.

Lógicamente, nosotros, cuando llegamos a conocer con precisión los hechos, era imposible que no viésemos con simpatía y con admiración lo que habían hecho y, sobre todo, valorábamos de manera extraordinaria esas ideas bolivarianas que se habían recogido y que constituían las banderas esenciales de ese movimiento.

Como él explicó aquí, ha habido otros movimientos militares. Tuvimos un gran amigo, que fue Omar Torrijos (Aplausos), quien desempeñó un papel histórico al recuperar para su patria el territorio y las instalaciones del canal de Panamá. Ahora sí se podrá llamar canal de Panamá, antes era canal de Estados Unidos.

Él mencionó también a Velasco Alvarado. Se pueden seguir mencionando otros que hemos conocido. Entre los peruanos conocimos magníficos jefes militares con grandes sentimientos patrióticos y revolucionarios, los ha habido a lo largo de la historia del continente. No podrá olvidarse nunca la heroica conducta del coronel Francisco Caamaño y los jóvenes militares que los siguieron en la República Dominicana. Fueron los militares los que iniciaron las luchas por la independencia en este hemisferio.

Pero otro simbolismo es la respuesta de Chávez acerca de su llegada al país el día 13, coincide con que acababa de tener lugar la famosa cumbre de Miami. Nadie lo planificó así, pero quiere el azar de nuevo que se produzca otra cosa realmente simbólica, a 90 millas de Miami: el encuentro del pueblo de Cuba con el movimiento bolivariano revolucionario de Venezuela y de América Latina.

No se puede hablar de Bolívar sin pensar en todo un continente, sin pensar en toda la América Latina y en todo el Caribe, del cual somos parte nosotros y otros países de habla española, o de habla francesa, o de habla inglesa.

Se iba a producir una cumbre de ideas, de las ideas bolivarianas y de las ideas martianas. Y uno se pregunta si Martí y Bolívar hubieran podido ser testigos de la cumbre de

Miami, qué pensarían, qué dirían. Y si escucharan las palabras del presidente de Estados Unidos, mencionadas por Hugo Chávez, en que intenta presentar esa cumbre como la realización de los sueños de Bolívar –nada más faltó decir que era también la realización de los sueños de Martí–, ¿qué pensarían Martí y Bolívar de ese tipo de «sociedad para la prosperidad» –creo que se llama ahora así la cosa– que les están proponiendo?

Veamos ahí, por eso, otro gran simbolismo, esa coincidencia entre aquella cumbre y las ideas de aquella cumbre, y las ideas de Bolívar y las ideas de Martí.

Hay otro simbolismo más.

Me contaba Hugo Chávez que él había nacido el 28 de julio de 1954 –para que ustedes vean las cosas que tiene la vida, las cosas que tiene la historia, y el significado de su presencia, de su papel y de su visita. Cuando él nace, nosotros llevábamos casi exactamente un año de prisión en la Isla de la Juventud –que ahora se llama así–, después del ataque al cuartel Moncada.

Veán cómo las generaciones se suceden, cómo 40 años después nos visita el jefe de un movimiento revolucionario bolivariano –o bolivariano revolucionario que es lo mismo, aquí el orden de los factores multiplica el producto– (Aplausos) aquí, en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, hablando de sus proyectos patrióticos, de sus proyectos nacionales y hablando de sus proyectos internacionales, de sus proyectos de unidad latinoamericana y caribeña. Y, ¡en qué momento! En el momento en que quizás como nunca hacen falta las ideas de Bolívar y de Martí; en los momentos en que como nunca en este mundo de hegemonismo unipolar nuestros pueblos están amenazados de ser devorados, totalmente devorados por el imperio; en el momento en que se quiere hacer trizas del principio de la independencia y de la soberanía popular, en nombre de esa gran democracia que es la democracia norteamericana, donde apenas el treinta y tantos por ciento de la gente vota.

Ahora mismo acaban de decidir lo que puede ser el destino futuro de ese país, y en una línea tal vez de extrema dere-

cha, un 38% de los electores, porque el resto, es decir, el 62%, ni siquiera se molestó en ir a votar. Y para ponernos la camisa de fuerza de esa democracia y vestirnos a todos igualitos, desde Alaska hasta la Patagonia.

Bueno, en el discurso, Clinton mencionó un mercado –hablando indiscutiblemente para la opinión pública interna de Estados Unidos– de 850 millones de personas. Es una lástima que no hubiera dicho desde Alaska hasta las Malvinas, porque habría incluido a las Malvinas también dentro de este hemisferio y la vieja demanda argentina habría recibido algún grado de satisfacción.

Como hay un país que no está uniformado así, entonces ese país tiene que estar fuera; somos los malos de la película, y, por lo tanto, bueno, hay que aplicar la democracia universal. ¿Y cómo la van a universalizar con relación a Cuba? ¿Cómo nos van a aplicar su estilo? ¿Cómo pueden imponernos su camisa de fuerza si no queremos, si hemos luchado como han luchado todos los pueblos de América Latina por ser independientes, por ser soberanos?

Se habla de que hay que aplicar esa fórmula. Estoy hablando de las intenciones imperialistas, no de las intenciones de los gobernantes reunidos allí en la cumbre, en Miami, porque fue el lugar que escogieron las autoridades norteamericanas, el día que les pareció conveniente, con la agenda que les pareció más conveniente, sin consultar con nadie más, y era lógico que tuvieran que asistir y asistieran, porque tienen muchos intereses vinculados a los recursos y al poderío económico, tecnológico y político de Estados Unidos, y fueron. Hasta nosotros habríamos tenido que ir, si nos invitan. Ya lo dije una vez: Vamos allí encantados de la vida, para que no se vaya a imaginar la mafia fascista de los extremistas de derecha que vamos a tener miedo de ir allá a Miami.

Hasta nosotros hubiéramos tenido que ir, y habría sido, cuando menos, una prueba de pluralismo político, una prueba de democracia política.

Cuba excluida; muy bien –como les respondí a algunos periodistas mexicanos–, muy honrados. Dije también que éramos los últimos rebeldes y que aquella no era una cumbre de

rebeldes; pero tampoco esto es peyorativo para los gobernantes que estuvieron allí, de muchos de los cuales tenemos noticias que mantuvieron una posición muy digna, porque había algunos –y no quiero mencionar nombre, porque no quiero ni siquiera mancillar la elegancia o la pureza de esta sala– que eran partidarios de que se discutiera lo de Cuba, condenaran a Cuba y fusilaran a Cuba.

Sí, porque algunos –al parecer– sueñan con el fusilamiento de Cuba, lo que ocurre es que, si difícil fue fusilar 8 estudiantes de medicina en 1871, difícil va a ser fusilar 80 000 estudiantes o 800 000 estudiantes, y difícil será fusilar 8 millones de cubanos que, además, no estarán desarmados.

Alguno dijo por allí que cierta gente pretendía aplicarnos a nosotros la fórmula haitiana. Es como ir a jugar pelota en el polo norte, o allá por el sur, no sé dónde (Risas), porque, en realidad, creo que no alcanzan todos los mercenarios del mundo para aplicarnos la fórmula haitiana. (Aplausos)

Debemos advertir, sin embargo, que anda en boga la filosofía de que la soberanía no es tan importante, que es más importante lo que ellos llaman democracia y derechos humanos, como si pudiera haber democracia o derechos humanos sin independencia y sin soberanía; y elaboran las teorías y se escucha más de una voz hablando en un sentido casi peyorativo de los principios de la soberanía.

Les decía que, aun dentro de esa atmósfera que quiso crear la mafia fascista y dentro de lo que podía esperarse de una reunión en Miami, tenemos noticias de numerosos presidentes latinoamericanos –esencialmente los de México, Colombia y Brasil– que tuvieron una excelente actitud, oponiéndose resueltamente a todo intento de juzgar a Cuba y condenar a Cuba que estaba, además, ausente; y no solo estos presidentes, sino otros destacados dirigentes latinoamericanos y, como regla, los dirigentes del Caribe tuvieron una actitud firme, valiente, resuelta, y la conspiración de algunos elementos fracasó totalmente, por lo que había gran decepción entre los integrantes de la mafia y por parte de otros. No se habría acabado allí con Cuba, no hay duda de que había más de una gente cuerda en esa reunión.

Podríamos añadir, incluso, si se quiere, que la parte norteamericana no puso mucho énfasis en esta cuestión, y no podríamos decir que estuvo allí agitando para que se juzgara y condenara a Cuba, independientemente de la estrategia imperialista, que es muy clara, y esa estrategia se encamina hacia el establecimiento del principio de intervención, principio que aplicó a lo largo de este siglo muchas veces; pero en estas circunstancias pretende aplicar, como un principio institucional, el derecho a intervenir en los países de América Latina para aplicar el régimen político y económico que considere conveniente Estados Unidos, y eso es realmente peligroso para todos los países de América Latina.

Eso explica por qué no quieren que militares revolucionarios, como Hugo Chávez, visiten a Estados Unidos; ellos no quieren ni pueden querer oír hablar de eso, por una razón muy sencilla: corrientes militares revolucionarias bolivarianas como la que representa Hugo Chávez, son algo que puede ser verdaderamente preocupante para los intereses imperialistas.

Es también por eso que quieren liquidar los ejércitos nacionales latinoamericanos. Ellos no hablan de liquidar el ejército norteamericano ni de reducir el ejército norteamericano; al contrario, se gastan casi 300 000 millones de dólares anuales, después que dicen que se acabó la guerra fría, en la esfera militar, y cada día fabrican más armas, y más sofisticadas, mientras por otro lado quieren convertir a los ejércitos latinoamericanos en policías para defender sus intereses y resolver los problemas que les preocupan a ellos. Por eso la idea de militares revolucionarios es algo que les choca extraordinariamente. No se trata de militares represivos, no se trata de militares dispuestos a mantener el orden y defender los intereses del imperialismo, se trata de militares revolucionarios, y ese ejemplo les tiene que preocupar mucho y por eso quisieran, incluso, desaparecer los ejércitos en América Latina, para que no haya la menor posibilidad de resistencia o de fuerzas capaces de luchar.

Esos ejércitos los utilizaron durante muchos años como instrumento de su dominio y, sin embargo, ahora les temen, porque saben que hay en esos ejércitos un potencial patrióti-

co, un potencial de hombres dispuestos a defender la soberanía de sus países; no todos son iguales, no todos tienen exactamente las mismas tradiciones.

Pero cuando se habla entre militares latinoamericanos de revivir las ideas de Bolívar, como de revivir las ideas de Martí —que ellos conocen muy bien—, eso se convierte en un motivo de profunda preocupación; cuando se habla de unidad latinoamericana, de verdadera identidad latinoamericana y del Caribe, y de crear una fuerza o —como decía Hugo Chávez— una nación o un Estado o una federación, una fuerza unida como la que quisieron los fundadores, como la que quisieron Bolívar, San Martín y Martí —él mencionaba el movimiento de oficiales artiguistas, mencionaba el ejemplo peruano, mencionaba el ejemplo de Panamá—, esas ideas son realmente la antítesis de las ideas de la cumbre de Miami.

Sobre esa cumbre han estado llegando un montón de noticias y de papeles. Es imposible digerir en 48 horas todos los papeles que han llegado de esa cumbre: está un discurso inicial del presidente de Estados Unidos, que fue para el público norteamericano, indiscutiblemente, no hablaba para América Latina; está un montón de documentos preparados de antemano y bastante edulcorados. Al principio no pensaban incluir algunas cosas como las cuestiones migratorias, la proposición 187, la deuda externa y otros problemas, e incuestionablemente las presiones de los latinoamericanos y caribeños obligaron a incluir algunos de esos temas en los documentos finales de la cumbre de Miami.

Hay cierto momento en que uno se queda medio asombrado: ¿Dónde fue esa cumbre, en Miami o en el Leningrado de los tiempos de Lenin y de la Revolución de Octubre? Porque el dulce, de todas maneras, abunda en esos papeles, de modo que no queda ninguna duda de que quienes los redactaron son expertos azucareros; sabor de azúcar, pero nada más sabor de azúcar, creo que de sacarosa ni de glucosa tienen nada, pero sí mucho de sacarina, de esas cosas en que el dulce no constituye más que una ilusión, una sensación, y para no engordar —desde luego, no hay ningún interés de que engorden los caribeños y los latinoamericanos—, mucho dulce o mucho sabor a dulce.

Si nosotros hacemos un congreso del Partido, muchos de los temas de la cumbre de Miami estarían ahí.

Empiezan, desde luego, por dos temas políticos, fundamentalmente; hablan de la democracia, de la promoción de la democracia. Hay que aplaudirlo, porque precisamente lo que hay que promover es la democracia –ya Hugo Chávez nos habló de algunos tipos de democracia que él ha conocido y sus opiniones sobre eso–. Pero quien conoce la historia de este siglo, quien conoce la historia de este siglo hasta ahora, hasta hace unos días, pensar en la promoción de la democracia por parte de Estados Unidos es una cosa fabulosa, es de leyenda, cuando ese país ha colmado a este continente de intervenciones; si a los países los intervenían hasta por una deuda de 20 millones de dólares, y eso le pasó a Haití, eso le pasó a Santo Domingo, eso le pasó a Nicaragua, no se sabe a cuánta gente; a Cuba también, pero aquí tenían, además, el derecho constitucional, y lo que quiere establecer Estados Unidos ahora para toda la América Latina es una especie de Enmienda Platt, derecho de intervención institucionalizada.

Todos saben lo que ha pasado en Centroamérica, en el Caribe, en Sudamérica, el apoyo de ese país, no en este hemisferio, sino en el mundo, a lo largo de este siglo, a los gobiernos más represivos y más crueles que han existido.

Cualquiera que analice la tradición de la conducta de Estados Unidos en este hemisferio puede aplaudir, realmente, que digan que van a promover la democracia, porque apoyaron, mantuvieron y sostuvieron gobiernos de terratenientes, de oligarcas y tiranías feroces, crueles, sangrientas, hasta hoy.

¿Cómo se puede olvidar lo que ocurrió en Guatemala –creo que fue el mismo año en que nació Chávez, nosotros estábamos presos, creo que fue en 1954–, cuando se produce aquel especie de Girón, pero que tiene éxito en Guatemala; derrocan al gobierno de Arbenz, aparece un tal Castillo de Armas, un ejército mercenario? ¿Saben que después de eso, durante casi 40 años, en Guatemala no hubo presos políticos? Esa categoría no existía, en Guatemala solo había desaparecidos y muertos, pero principalmente desaparecidos, no presos políticos, y desaparecieron a más de 100 000 personas. Estoy citando un ejemplo de un país

muy bien representado en la cumbre de Miami, porque todavía están los revolucionarios luchando allí en Guatemala.

Y todo el mundo sabe lo que pasó en Nicaragua, quién puso a los Somoza allí, quién los mantuvo durante tanto tiempo, quién armó a los gobiernos tiránicos en El Salvador y quién apoyó a sus tropas y a los escuadrones de la muerte con un río de armas sofisticadas, de dinero, de entrenamiento, de todo, para aplastar el movimiento revolucionario. Más de 50 000 vidas se perdieron.

¿Quién ignora lo que pasó en Honduras? ¿Quién olvida que ya antes a México le habían quitado más de la mitad del territorio y lo intervinieron más de una vez en los años de la revolución mexicana, la historia del canal de Panamá y de los gobiernos panameños hasta que llegó Torrijos? ¿Quién puede olvidar lo que pasó en todas partes, la alianza de ese país en todas partes con los peores gobiernos del continente? ¿Quién puede olvidar –lo tengo que repetir una vez más– lo que pasó en Chile y sus miles de muertos y desaparecidos, quién apoyó a los militares, quién les dio recursos, quién les dio entrenamiento, armas, todo; lo que pasó en Brasil, lo que pasó en Uruguay, lo que pasó en Argentina? Entre 15 000 y 30 000 desaparecidos en este último país y no hay prácticamente nadie preso en ninguno de los lugares mencionados, por los más atroces crímenes que se han cometido.

Y no quiero salirme de la frontera de este hemisferio, para recordar la forma en que promovió la democracia Estados Unidos en este continente, y ese es uno de los grandes pasteles que allí ofrecían: la promoción de la democracia, y, luego, la promoción de los derechos humanos. Estos fueron los responsables, los entrenadores; fueron precisamente los organismos especializados de Estados Unidos quienes entrenaron a los torturadores en este hemisferio, les enseñaron las técnicas más sofisticadas para hacer sufrir a las personas, y esos métodos de tortura se han aplicado contra millones de personas.

En muchos países de nuestra América sabemos la existencia de fenómenos, como los escuadrones de la muerte, los desaparecidos. No sé cuántos países habrá en América Latina

sin desaparecidos; lo que nadie podría decir que en Cuba en más de 35 años de Revolución haya habido un solo desaparecido, un solo asesinato político. Y son millones entre torturados, asesinados, desaparecidos, escuadrones de la muerte para combatir dicen que el delito; decenas de millones de niños en las calles, que no tienen familia y pidiendo limosnas, a pesar de la enorme riqueza de estos países de América Latina y que no están bloqueados como estamos nosotros, contra los cuales no hay una guerra económica como la que se aplica contra Cuba. Empezando por ahí y continúa.

Los derechos de las poblaciones indígenas, la protección, el apoyo a las poblaciones indígenas. Y allí se habla de los indígenas, se puede decir, casi como de una reliquia. Claro, Estados Unidos se puede comprometer muchísimo a apoyar a los indígenas de Estados Unidos y firmar veinte acuerdos sobre eso, por una sencillísima razón: ya no hay indígenas en Estados Unidos, hace mucho rato que acabaron con ellos y quedan unos cuantos en las reservaciones, que les dan algún dinero para que vivan borrachos o como puedan; lo que han llevado es el vicio, las drogas y todo eso a las reservaciones, una de las cosas más crueles de la historia. Y eso pasó en más de un país. Hay otros países de América Latina que sí tienen poblaciones indígenas numerosas y hasta mayoritarias. Pero podemos decir que el indígena no es un subproducto de este hemisferio, tal como lo tratan; el indígena estaba en este hemisferio, y lo que queda de la población indígena y lo que sufre la población indígena es subproducto del colonialismo, el neocolonialismo y el imperialismo.

Bueno, puede haber un programa de protección a la población indígena; programa de acción para la protección de la mujer, para que tenga tales derechos y más cuales; programa de lucha contra la corrupción; programa de lucha contra el desempleo, y se habla de lucha, además, contra el analfabetismo, contra la insalubridad, contra el narcotráfico, contra el lavado de dinero producto de las drogas y de otros delitos, porque el dinero que lavan viene de todas partes, desde el que se roban allí en camiones del tesoro público y de los negocios públicos hasta el dinero del narcotráfico.

Podían añadir más cosas: la lucha contra el comercio de órganos, la lucha contra la prostitución y la prostitución infantil, la lucha contra el juego, la lucha contra la falta de tierra que sufren los campesinos de este hemisferio. No está todo. Sí mencionan la lucha por el medio ambiente y la defensa del medio ambiente.

Pero la pregunta que nosotros nos hacemos es la siguiente:

¿Dónde están las causas de todos esos fenómenos que mencionan y cómo puede hablarse de todo eso sin hablar de las causas que los originan? ¿Cuál es la causa de la pobreza, del desempleo, de las drogas, de la discriminación del indio, de la discriminación del negro, de la discriminación de la mujer, de la discriminación de las minorías? ¿Dónde está la causa de todo eso, de la pobreza, del hambre, del desempleo, de la carencia de recursos elementales? No hay que descubrir nada, todo el mundo sabe que el capitalismo es la causa de todo eso. (Aplausos). Todo el mundo sabe que el colonialismo y el imperialismo es la causa de todo eso.

¿Cómo van a venir con ese dulce disfrazado, o esas teorías disfrazadas de dulce, a convencer a millones, a cientos de millones de hombres y mujeres en este hemisferio de que en tanto exista la explotación capitalista, en tanto exista el neocolonialismo y en tanto exista el imperialismo, esos fenómenos pueden desaparecer? Es un engaño colosal increíble. Y así se trata a nuestros pueblos, de verdad que es tratarlos con absoluto desprecio.

Pero el que está detrás de todo esto es el imperio reordenando el mundo, es el imperio reordenando la economía mundial y la economía regional, es el imperio convirtiendo en policías a los ejércitos, es el imperio tratando de destruir los mecanismos de defensa, es el imperio tratando de instituir a nivel continental la Enmienda Platt.

Hay muchos gobiernos latinoamericanos de los que estaban allí que tienen conciencia plena de los peligros que significa toda esa política y, además, tienen conciencia plena de las veces que ha sido engañado este hemisferio, de las veces que han sido engañados nuestros pueblos.

Pero ahora la intención es más leonina, porque dentro de los planes de acción están una serie de cuestiones que se

refieren al campo económico: la lucha por la reducción total de aranceles y de medidas de protección para las economías latinoamericanas, la lucha por la libertad absoluta de inversión sin control ninguno por parte de los Estados, la lucha por los movimientos de capitales en forma absolutamente libre. Sociedad para la prosperidad entre el millonario y los pordioseros, el millonario recibirá lo mejor y los pordioseros van a recibir las sobras –no digo las obras, sino las sobras–; porque, al fin y al cabo, con esa sociedad para la prosperidad que se propone, ¿quién va a competir en este hemisferio cuando desaparezcan los aranceles y las medidas de protección para las economías que tradicionalmente han aplicado nuestros países, que han aplicado todos los países del mundo y aplicó Inglaterra, incluso, cuando era campeona del libre cambio, y aplicó Estados Unidos a lo largo de toda su historia mientras se desarrollaban? Ahora les proponen a los pordioseros suprimir todas las barreras, todos los mecanismos de defensa de sus economías. ¿Qué quedará en manos de los latinoamericanos?

Son fenómenos, desde luego, nuevos. Ni siquiera los economistas han tenido tiempo de meditar, ni de filosofar, ni de analizar a fondo este tipo de problemas, pero hay que preguntarse muy seriamente cuáles van a ser las consecuencias.

Las empresas norteamericanas se van a quedar con todas las actividades económicas fundamentales, y no habrá quien pueda oponerse. Se harán dueñas de las telecomunicaciones, se harán dueñas de las líneas aéreas, se harán dueñas de las líneas portuarias, se harán dueñas de todos los bancos, se harán dueñas de todas las casas de seguros, se harán dueñas de todas las empresas crediticias, de las grandes cadenas de tiendas y el comercio al por mayor; se harán dueñas de la electrónica, de la química y la petroquímica, de la biotecnología, de la industria farmacéutica, de todas las ramas de vanguardia, nadie podrá competir con ellas. Y esto es demasiado trascendente como para que se pueda dejar pasar así, sin meditar siquiera acerca de las terribles consecuencias de todas las medidas que les están proponiendo a los latinoamericanos, porque van a tener que luchar, dentro de esa sociedad para la prosperidad, en condiciones de una desventaja absoluta y total.

Ese es el destino que va a esperar a los latinoamericanos. Y yo exhorto, realmente, a los compañeros investigadores, a los científicos, a que profundicen y mediten sobre las consecuencias de todas estas medidas que les están proponiendo a los latinoamericanos y este plan de acción que piensan llevar adelante.

Aun en medio de las inseguridades de la política, el imperio es el mismo, con un partido u otro partido; a veces hay algunos más moderados, otras veces menos moderados, pero el imperio es el mismo y el imperio defiende sus intereses.

Dicen que se está creando un mercado para 850 millones de personas, sí, donde van a comer 250 millones y los otros van a pasar hambre.

Toda esa mercancía teórica la están vendiendo a bajos precios, en el momento de crisis del movimiento revolucionario mundial, después de la catástrofe del campo socialista y de la desaparición de la Unión Soviética, cuando Estados Unidos ejerce un poder tremendo y está cocinando el mundo del futuro.

Ellos mismos han sido los que han destruido prácticamente la naturaleza, los que han envenenado el medio ambiente, ¡ellos!; los que han acabado con los bosques, los que han saturado de bióxido de carbono la atmósfera, han envenenado los ríos y los mares con sus sociedades de consumo. Ellos son los que han creado esos modelos que quieren ahora universalizar, y todo eso que han hecho es incompatible con los más elementales derechos humanos del hombre, y todas esas cosas de que hablan y programas para combatirlas, constituyen verdaderos imposibles.

Y no hemos mencionado a África, ni hemos mencionado otras partes del mundo; nos limitamos a la situación de América Latina donde, a mi juicio, tenemos que prestar especial atención, fundamentalmente, nuestro país, amenazado por todas esas teorías que intentan barrer la soberanía, amenazado por esas teorías que intentan tragarse, devorarse los recursos materiales y humanos de este hemisferio.

Es en este contexto, precisamente, en el que nosotros analizamos la importancia de que haya muchos hombres como Hugo Chávez en nuestros sufridos países.

Y estoy seguro de que habrá muchos hombres como Hugo Chávez, porque las ideas surgen de las realidades; sus ideas surgieron de las realidades que estaban viviendo, enraizadas en el pensamiento de los fundadores de la independencia de los países de América Latina, los que nacieron hace 200 años, o los que nacieron cuando nació Martí, hace menos tiempo. Martí nace 23 años después de la muerte de Bolívar, pero se empató; se van empatando las generaciones de revolucionarios, las generaciones de luchadores. Y de estas condiciones, de estas realidades nacerá el vivero de ideas y de combatientes, porque millones de hombres y mujeres no se van a cruzar de brazos; y nosotros sabemos lo que está pasando en América Latina, porque aquí vienen muchos visitantes y hay muchos congresos y reuniones.

Hoy la televisión hablaba de que en febrero habría una reunión de alrededor de 6 000 pedagogos, y cuando aquí se reúnen los pedagogos nosotros escuchamos lo que dice cada uno de ellos, que no tienen recursos, que no tienen material, que no tienen presupuesto. Cuando se reúnen los médicos dicen lo mismo.

¿Quién sino el capitalismo y quién sino el neoliberalismo, han venido a agravar de una manera terrible la situación de la salud y de la educación? y estos nos hablan ahora de salud y educación para el año 2000 o 2005.

Una buena prueba de lo que son las cosas es que para el 2005 se proponen lograr los niveles de educación que Cuba logró hace más de 20 años, y los niveles de salud que no se sabe cuánto tiempo hace que Cuba logró.

La desaparición de la discriminación de la mujer en nuestro país no se sabe cuánto tiempo hace que se logró, el tiempo que hemos luchado y cuánto tiempo hace que nosotros le dimos una tremenda batida a esa discriminación que existía contra la mujer, a la discriminación que existía contra el negro; el esfuerzo que hicimos contra el desempleo, contra la pobreza, por mejorar las condiciones de vida del pueblo; cómo en nuestro país no hay problema de lavado de dinero. En nuestro país no hay problemas de drogas, en nuestro país no hay problemas de juego.

En nuestro país hay muy pocos de los problemas que mencionan en esos planes de acción. En nuestro país no hay campesinos sin tierra, porque lo que estamos es buscando gente para que vaya para la tierra, ya que casi todo el mundo se fue para las ciudades.

Prácticamente ninguno de los problemas sociales que se mencionan allí existen en Cuba, hace rato que no existen y ni siquiera existen ahora, en período especial. (Aplausos). ¿Y a qué país excluyeron? A ese país, un país que, como hemos dicho otras veces, tiene el más alto número de médicos per cápita en el mundo, el más alto número de profesores y maestros per cápita en el mundo, el más alto número de instructores de arte en el mundo, el más alto número de instructores de educación física y deportes en el mundo. Si seguimos y analizamos el per cápita que tenemos en profesionales universitarios y en técnicos, la conclusión a que llegaríamos es que tenemos demasiados.

Nosotros los retamos, retamos a ese capitalismo y a ese neoliberalismo a que en 30 años logren en América Latina esos niveles de que estoy hablando, porque no los tienen ni siquiera en Estados Unidos. Y me pregunto cómo van a resolver estos problemas, el narcotráfico, si el narcotráfico forma parte del neoliberalismo y obedece a las leyes de la oferta y la demanda, a las leyes del mercado, esas leyes sacrosantas del capitalismo; ¿cómo van a evitar los lavados de dinero y cómo van a evitar la corrupción? Son a ellos los que la corrupción va a evitar, es a la inversa; no son ellos los que van a evitar la corrupción, es la corrupción la que los va a seguir evitando a ellos, porque es un fenómeno generalizado e inseparable del capitalismo. Ya ahorita hablarán hasta de una policía anticorruptiva, porque ya hablan de unos acuerdos internacionales para buscar por dónde sale el dinero, por dónde entra, que es como averiguar por dónde le entra el agua al coco; no acabarán jamás ni con la corrupción, ni con el lavado de dinero. Todos esos son sueños, todos esos son dulces para venir, quizás, dentro de 10 años, a hacernos otros cuentos semejantes.

Yo les decía que aquí viene mucha gente de América Latina y todos dicen lo mismo, todos, de todos los sectores. El

neoliberalismo ha acabado con los recursos sociales, les ha quitado todo; y todo lo han privatizado, todo lo han vendido; y la deuda externa no disminuye, sino que crece; y el dinero que les pagaron por todo lo que vendieron ya lo gastaron, y lo gastaron, en parte, en pagar deudas.

El tiempo dirá si dentro de esa concepción y si dentro de ese sistema se pueden resolver los problemas sociales de que se habla y se puede llevar a cabo ese plan de acciones.

Y este es un pensamiento casi unánime de los latinoamericanos que vienen aquí, y ustedes tienen muchos contactos con ellos; con los profesionales de todas clases y con los científicos. No hay ningún apoyo a la ciencia y, si yo menciono la ciencia, podríamos decir que nuestro país tiene también un per cápita de científicos entre los más altos del mundo. (Aplausos)

Nosotros hablamos con todos esos visitantes y nos dicen lo mismo, tienen las mismas preocupaciones.

¿Qué de extraño tiene que surjan movimientos revolucionarios y movimientos patrióticos en América Latina y que surjan también entre los militares? Bueno, son venezolanos los que han levantado esas banderas, ellos son los que están más cerca de Bolívar y de la historia de Bolívar.

Antes no se podía hablar de Marx porque metían preso al que hablara de Marx; ni de Engels ni de Lenin.

Me acuerdo cuando me estaban juzgando en el Moncada, me acusaron de una cosa terrible: ¡tenía un libro de Lenin!, y allí el fiscal me sacó: «Usted tenía un libro de Lenin.» Y yo —para no repetir exactamente lo que dije, aunque no dije ninguna mala palabra— le contesté: «Sí, lo tengo y que el que no lo tenga es un imbécil», pero con rabia se lo dije. Un libro se convertía en un delito.

Ahora, por lo que cuenta Hugo Chávez, hay lugares en que ya no se puede hablar de Bolívar, y puede llegar un momento en que hablar de Bolívar, de Miranda, de Sucre, de Martí y de Torrijos se convierta en una especie de delito, porque esos son los delitos de esta época, y las ideas que ellos representan es la revolución de esta época.

Si aquí hablamos de la cubanía, con motivo de la presencia de Hugo Chávez podemos hablar de la

«latinoamericanía», porque son las ideas y los principios que nos corresponde defender hoy más que nunca.

Y claro está que si se llevan consecuentemente las ideas de Bolívar y Martí, se concluirá siempre en el fin de la injusticia, en el fin de la explotación; se concluirá siempre en la necesidad desesperada de justicia social que tienen nuestros pueblos; se concluirá siempre en que solo la revolución que ponga fin a todas esas injusticias, solo la revolución que ponga fin a esos sistemas, más tarde o más temprano, será la que resuelva los problemas sociales de nuestros pueblos.

Cada cual lo llamará de una forma o de otra. Nosotros es bien sabido que lo llamamos socialismo (Aplausos); pero si me dicen: «Eso es bolivarismo», diría: «Estoy totalmente de acuerdo». Si me dicen: «Eso se llama martianismo», diría: «Estoy totalmente de acuerdo». Pero algo más, si me dicen: «Eso se llama cristianismo», yo diría: «¡Estoy totalmente de acuerdo!». (Aplausos)

Nos sentimos muy honrados con su presencia esta noche, Comandante y Teniente Coronel; Comandante en Jefe del Movimiento Revolucionario Bolivariano que nos habla de tales ideas, que nos habla de reunirse para preparar un congreso anfictiónico, un segundo congreso, un tercer congreso. Esas son las ideas de esta época, ese es el antiimperialismo de esta época, y eso nos hace sentir la necesidad de Bolívar y de Martí más que nunca.

¡Vivan las ideas de Bolívar! (Exclamaciones de: «¡Vivan!»)

¡Vivan las ideas de Martí! (Exclamaciones de: «¡Vivan!»)

(Ovación)

EN LA INTEGRACIÓN ESTÁ EL DESTINO DE LOS PUEBLOS DE NUESTRA AMÉRICA

Conferencia de prensa de Hugo Chávez Frías,
del 15 de diciembre de 1994, en La Habana, Cuba

Moderador: Colegas de la prensa nacional y extranjera, está de nuevo con nosotros, porque nos ha acompañado ya desde ayer, el teniente coronel Hugo Chávez, que viene a responder preguntas. Le hemos pedido que dé esta conferencia de prensa prácticamente unos minutos antes de coger el avión.

Vamos a seguir el método de siempre. Empezamos, ¿quién pide la palabra?

Periodista: ¿Cuál es su valoración de la visita a Cuba?

Hugo Chávez: La valoración es múltiple, y esa multiplicidad apunta hacia lo positivo. Es decir, creo que hemos dejado abiertos canales necesarios, vitales de comunicación entre el pueblo venezolano, el pueblo sudamericano y el pueblo cubano, en varios órdenes: en el orden político, en el orden económico, en el orden cultural; especialmente en ese orden cultural de la integración, de la identidad de nuestros pueblos, compromiso para enlazar cada vez más ante nuestro pueblo la idea bolivariana y martiana como un solo símbolo de independencia, de soberanía de nuestros pueblos, especialmente este próximo año que es el centenario de la muerte de Martí.

En resumen, la valoración que le damos en lo personal y nosotros, como miembros del Movimiento Bolivariano Revolucionario 200, a esta visita al pueblo de Cuba es muy positiva. Nos sentimos sumamente honrados, y, como lo he dicho, de verdad que creemos no merecer ese honor aún, ¡ojalá lo merezcamos en lo adelante!

Quedan lazos, quedan compromisos de trabajo, de avance hacia el próximo siglo, que es el siglo del renacer latinoamericano.

Periodista. Quisiera hacerle dos preguntas: Primera, ¿aspira usted a guiar los destinos de su país algún día? Segunda: ¿Cuál cree usted que es el principal problema que afrontan hoy los países de América Latina?

Hugo Chávez: La primera pregunta ya es en lo personal. Siempre lo he dicho, y en eso tomo una frase de Bolívar, de 1819, en Angostura: Simplemente yo me siento como una débil paja –decía Bolívar, y así me siento– arrastrada por un huracán revolucionario.

El papel que deba cumplir como persona, como individuo, no es lo más importante. Si de presidente de un país –en este caso de mi país, de Venezuela, también su país, nuestra tierra latinoamericana, pero Venezuela en particular–, si debo hacer eso porque me obligan el proceso y los pueblos, y mi capacidad, mi aguante, y mi voluntad me llevan a eso, pues estoy dispuesto a jugarlo; pero también he dicho que si el papel de mi persona en el proceso revolucionario bolivariano, que comenzó en Venezuela de nuevo, es ser maestro de primeras letras de unos niños en las orillas del río más remoto, el Arauca, allá en mi tierra, yo sería feliz siendo maestro de primeras letras, cumpliendo la máxima de Simón Rodríguez, de que hay que preparar a los niños para el futuro; pero siempre y cuando ese maestro de primeras letras sepa que hay un capitán llevando la nave hacia puerto seguro.

Así que no es una aspiración personal dirigir. Además, Antonio Gramsci decía que un movimiento debe ser dirigente antes de tomar el poder. Creo que somos dirigentes ya del pueblo venezolano.

Periodista: ¿Considera que en este momento hay un capitán que lleva la nave hacia puerto seguro?

Hugo Chávez: En Venezuela no hay capitán. Venezuela es un barco sin rumbo, sin acimut, sin dirección, sin capitán; en verdad no hay rumbo en Venezuela. Desde ese punto de vista, y utilizando esos términos de la marina, estamos como

reconstruyendo el barco histórico de Venezuela, y buscando el mismo rumbo que le dio Bolívar hace ya casi 200 años, y que le dio Martí al rumbo latinoamericano.

En cuanto al principal problema de los países latinoamericanos, que es la segunda pregunta suya, creo que en los problemas históricos –y Bolívar ya lo señalaba así–, hay una causa general –decía Montesquieu– que empuja las causas particulares.

Anoche el Comandante y Presidente Fidel Castro lo señalaba en la Universidad de La Habana, refiriéndose a la Cumbre de Miami, el compromiso de Estados Unidos y de los gobiernos de la mayoría de los países latinoamericanos de luchar contra la corrupción, contra el narcotráfico, contra la discriminación, a favor de los derechos humanos; pero nadie se pregunta –decía él y yo lo repito– cuál es la causa general histórica de todo eso.

Entonces, hay una causa histórica, una causa general que podemos ubicarla, incluso, en el tiempo de Bolívar, que fue lo que un historiador colombiano llamó la balcanización de la América Latina; es decir, una sola nación, que debería ser un solo estado o una confederación de estados, y fue el proyecto original de esta nación de la lucha de la independencia. He allí el sueño bolivariano de la Gran Colombia, del Congreso de Panamá.

Bolívar decía que Panamá debería ser para los latinoamericanos lo que el istmo de Corinto fue para los griegos, un punto de unión, de encuentro cultural, político, militar, incluso.

Bolívar planteaba, y con él muchos latinoamericanos; Martí lo replanteó después de varios años: la unidad de verdad en una confederación política de las naciones. Hoy día somos sencillamente naciones pequeñas, pobres y atrasadas que vamos con rumbo hacia el foso de los tiempos.

Entonces, esa es la causa general histórica.

Quizás por entenderlo de esa manera nosotros estamos convocando –y yo llego hoy a Maiquetía y mañana vamos a Santa Marta, de Colombia; va un representante de Cuba allí a esa reunión– a la segunda reunión preparatoria para convocar a un congreso de Panamá nuevamen-

te. Creemos que es posible vernos en Panamá en el año 1996, que se cumplen 170 años de aquel Congreso Anfictiónico que convocó Bolívar, y retomar esa idea. Creemos que es posible una confederación de Estados de la América Latina y del Caribe. Entonces, creo que esa es la causa general de la cual derivan múltiples causas particulares que hoy azotan este continente.

Periodista. Dos cosas. Usted expresaba la necesidad o el querer ir a los nuevos rumbos que usted plantea a través de la lucha pacífica, y también destaca la importancia del ejército. ¿Cómo usted cree que puede el ejército venezolano insertarse en esa lucha que usted plantea?

Hugo Chávez. Desde nuestro punto de vista, los militares latinoamericanos debemos ser sujetos del proceso que recomenzó hace varios años. Nosotros pasamos una década en el ejército venezolano preparando una rebelión y la llevamos adelante, y otra rebelión a los pocos meses en las fuerzas armadas venezolanas.

Hoy día, cuando yo asumí la responsabilidad, rendí las armas y llamé a mis compañeros a rendir las armas, el 4 de febrero, fui muy claro con una expresión: «Por ahora no hemos podido lograr lo que queremos». Con esto significamos que apenas comenzó una batalla histórica, una batalla que es la continuación de la lucha histórica de muchos años –pudiéramos decir de 500 años, ¿por qué no?– desde la invasión española a nuestra tierra.

Hoy, aunque nosotros no desechamos la vía de las armas de nuevo –y no lo digo porque esté en Cuba, sino que lo he dicho y lo sigo diciendo en Venezuela a través de los medios de comunicación social, y en Sudamérica lo he dicho, nosotros no hemos desechado totalmente el camino de las armas–, yo estoy convencido de que si el sistema político venezolano se atornilla, manipula, sigue engañando, como el presidente Caldera, que ha dado la espalda a lo que prometió y sigue gobernando ahora con los mismos poderosos de siempre, a espaldas de un país que tiene el 60 por ciento de sus habitantes en pobreza crítica, financiando a banqueros corruptos, un presupuesto para el año que vie-

ne de casi 3 billones de bolívares, más devaluación –el bolívar ya no vale nada, y es una forma de irrespetar incluso el nombre de Bolívar y el recuerdo de Bolívar–, privatización –se está planteando la privatización del petróleo, que es una industria fundamental para la soberanía venezolana; se están regalando las empresas básicas de Guayana, el oro, el aluminio, el acero, todo eso el Estado quiere liquidarlo para alimentar un presupuesto–, la burocracia y la corrupción siguen imperando en Venezuela, yo lo he dicho, y estoy convencido, si eso sigue en esa dirección, el doctor Caldera no va a terminar su gobierno.

Pudiera ocurrir en Venezuela una explosión social, como ocurrió comenzando el gobierno de Carlos Andrés Pérez –ustedes lo recordarán, en febrero de 1989, donde por cierto parte del ejército fue utilizado para masacrar a un pueblo–, o pudiera ocurrir un golpe de Estado, empujado, incluso, por los sectores más reaccionarios y apoyado por fuerzas internacionales, porque esas fuerzas internacionales, si se dan cuenta de que el doctor Caldera no puede controlar ese barco que va sin rumbo, si pierde definitivamente el control de la situación, pudieran recurrir al recurso de un gendarme necesario, de un dictador que, a sangre y fuego, imponga estas políticas neoliberales, porque todos sabemos que cuando se llama en esas cumbres, como la de Miami, a defender la democracia, es su democracia, no es la democracia necesaria para los pueblos de América Latina y del Caribe.

Hay otro escenario que pudiera ocurrir en Venezuela: una rebelión de los militares jóvenes, en los cuales sigue encendido el fuego sagrado del que hablaba Bolívar, ese fuego sagrado de unos militares que hemos tomado muy en serio –la mayoría, especialmente los jóvenes, como el teniente Isea, que está aquí a mi lado, que pareciera un cadete por lo muchacho que es, un teniente rebelde; como él hay cientos de oficiales– aquello que dijo Bolívar en Santa Marta: «Los militares deben empuñar su espada en defender las garantías sociales».

Con esto yo aclaro que no es que nosotros ahora estemos diciendo: «Las armas a un lado totalmente»; no, están allí en los cuarteles. Y si nos preguntan: «¿Dónde están, están escondidas en las montañas?» Yo siempre respondo: «No,

están en los cuarteles.» Los tanques de guerra están en los cuarteles; los aviones, los helicópteros y los fusiles del pueblo están en nuestras manos en los cuarteles.

Sin embargo, nosotros tenemos una pequeña esperanza y la tratamos de alimentar, una esperanza de que no haya necesidad, de que la situación no degenera, porque pudiera haber hasta una guerra civil en Venezuela parecida a la que hubo el siglo pasado, la guerra federal, de cinco años, con miles y miles de muertos. Eso pudiera ser una hecatombe social para el país.

Entonces estamos empujando ahora el camino pacífico que pudiera asegurar la evolución pacífica –subrayo la palabra– hacia una nueva situación política, económica y social, que no hay otra que una Asamblea Constituyente, popular, plenipotenciaria.

Este año que viene estamos anunciando ya la creación del Frente Nacional Bolivariano, donde el Movimiento Bolivariano Revolucionario, unido a otras fuerzas populares, sociales, políticas, progresistas va a llamar al pueblo a no ir a elecciones para gobernadores, alcaldes y concejales, porque es más de lo mismo, es más engaño. Vamos a presionar por la Constituyente, vamos a polarizar el país, es nuestra pretensión.

Con eso aclaro que nosotros estamos ahora en la calle llamando al pueblo a organizarse y a pedir Constituyente como vía pacífica; pero nadie puede garantizar, y nosotros menos, que en Venezuela no pueda explotar en cualquier momento ese polvorín social en el cual todos estamos parados.

Si eso explota, nosotros estamos en el ojo del huracán; si el pueblo se alza, nosotros estaremos con el pueblo; si los militares jóvenes deciden alzarse, nosotros iremos con ellos. Eso lo hemos dicho, no aquí en Cuba, guapos y apoyados; lo hemos dicho en las calles de Venezuela, ante los medios de comunicación de Venezuela.

Periodista: Quería conocer qué piensa usted de la exclusión de Cuba de la Cumbre de las Américas –cuando la Cumbre de Miami, de la llamada Cumbre de las Américas– y la posición del presidente Caldera respecto a Cuba.

Hugo Chávez: Ahí hay, por supuesto, en otra dimensión, una especie de similitud ya reflejado en lo personal. Nosotros no podemos entrar a Estados Unidos, hay una prohibición de ingreso al territorio de los Estados Unidos de Norteamérica, cosa que no nos ofende, como que no tenemos nada que buscar ahí.

Yo creo que el Presidente Castro fue muy claro cuando respondió: «Esa no fue una cumbre para rebeldes, esta es una isla de rebeldes». Yo por eso me siento aquí en casa, casa de rebeldes, nosotros seguimos siendo rebeldes.

Así que la exclusión de Cuba de esa llamada Cumbre de Miami, creo que ratifica aún más la importancia de mantener principios y de mantener esa rebeldía que debe ser motivo de revisión de muchos dirigentes políticos latinoamericanos que acuden incondicionalmente al primer llamado, buscando soluciones donde no hay soluciones. La solución de los pueblos de nuestra América está en nuestra América Latina, en la integración de nosotros mismos. Esa es nuestra visión al respecto de la exclusión de Cuba.

Yo creo que al excluir a Cuba, sencillamente se está demostrando que esa no es una cumbre democrática, porque están excluyendo al pueblo cubano, y el pueblo cubano es pueblo latinoamericano, es pueblo bolivariano. En todo caso, los pueblos están excluidos, no solamente el pueblo de Cuba, el pueblo de Venezuela también está excluido de esa Cumbre, porque el presidente Caldera no representa al pueblo de Venezuela.

El presidente Caldera fue electo con un 14 por ciento de electores, con una profunda ilegitimidad, absoluta ilegitimidad. En Venezuela la abstención llegó casi al 70 por ciento en las elecciones para Presidente de la República. ¿Es eso democracia? ¿Es democracia que un gobierno prometa gobernar para los pobres, para los necesitados?

Entonces entro en la segunda parte: qué opino del presidente Caldera; y después, sobre su opinión con relación a Cuba.

El presidente Caldera prometió gobernar para las mayorías y lo primero que hizo, en el primer conflicto que se le

presentó –que fue el conflicto bancario, el más grande del mundo desde el punto de vista de las proporciones de Venezuela–, con lo que llamaron los auxilios a la banca, fue darle un millón de millones de bolívares a la banca privada, que se había robado –esa es la palabra–, esos recursos de los venezolanos, para que esa banca les pagase algo a los ahorristas, que eran millones, para evitar una explosión social.

Esa fue la excusa; pero entonces le permitieron a la banca ese robo histórico, la banca se llevó esos auxilios en dólares al exterior –es decir, otro robo más en las narices del gobierno y del pueblo–, y no hay ni un solo preso, no hay nadie preso.

Entonces Caldera ahora propone en Miami la lucha contra la corrupción en la América Latina. ¿Y por qué no comienza por casa? ¿Por qué no mete presos a los banqueros, que andan libres por las calles de Venezuela, riéndose del país?

Se fueron al exterior, ¿y ustedes saben lo que pasó? Regresaron al tribunal. Los tribunales y los jueces son nombrados también por los cogollos políticos, es muy raro el caso de un juez de verdad objetivo, justo. Llegaron: «Bueno, ¿cuánto es la fianza que tengo que pagar, yo, banquero que me fui?» «Doscientos millones de bolívares». «¡Aquí están!». Pero nadie pregunta: ¿De dónde sacó usted esos 200 millones de bolívares? Aquí está mi fianza, y los medios de comunicación, y el mensaje: ¡Soy inocente!, y andan por las calles de Venezuela.

Entonces, ¿con qué moral el presidente Caldera va a proponer en esta llamada Cumbre una lucha continental contra la corrupción? ¿Por qué no comienza dando el ejemplo por casa?

En cuanto a las opiniones del presidente Caldera sobre el gobierno y el pueblo de Cuba, no estamos, por supuesto, de acuerdo con sus expresiones. Sabemos de expresiones más en privado que él ha hecho y las expresiones continentales poniendo como condición que aquí en Cuba se democratice. Si el modelo de democracia que pide Caldera para Cuba es el de Venezuela, ¡por favor, ni le oigan! ¡Eso no es democracia!

En Venezuela lo que hay es un sistema, una dictadura civil disfrazada de democracia. Así que habría que preguntarle al doctor Caldera cuál es la democracia de la que él habla cuando se refiere a Cuba, que Cuba debe democratizarse. ¡Por Dios, ni siquiera le hagan caso!, no deben hacerle caso y sabemos que aquí pues no le hacen caso.

Nosotros respetamos, en cuanto a la situación cubana, el proceso de Cuba. Hemos visto cifras alentadoras de recuperación en algunos renglones económicos como el níquel; las inversiones de capitales canadienses, capitales mexicanos. Lamentablemente no podemos decir lo mismo de capitales venezolanos. En la industria petrolera, por ejemplo, Venezuela debería, como símbolo de valentía, de solidaridad con el pueblo de Martí, ofrecer su cooperación en la exploración y explotación de los petróleos pesados que tiene Cuba; sin embargo, eso no existe por temor a lo que diga el imperio.

Estos son signos alentadores que van más allá de la opinión que un hombre pueda decir, supuestamente, a nombre de un pueblo que no representa.

Periodista: Coronel, sobre los ejemplos de Bolívar, Martí y Fidel en el mundo latinoamericano actual, queríamos conocer la valoración de usted de estos ejemplos.

Hugo Chávez: Bueno, son dimensiones distintas, son tiempos distintos; pero hay algo que yo creo que une en el tiempo, una continuidad histórica: la lucha por los principios de los pueblos, y no lo vamos a decir porque estamos en Cuba –repito–, lo decíamos, incluso, en el ejército antes de la rebelión cuando alguien planteaba en alguna reunión militar el caso de Cuba.

Por ejemplo, cuando hubo el Caracazo en Venezuela, después de la coronación de Carlos Andrés Pérez, donde el Presidente Castro estuvo invitado y algunos sectores reaccionarios y militares, después de la tragedia, después de los 5 000 muertos –un genocidio, el responsable de eso es Carlos Andrés Pérez y el alto mando militar, que echaron al ejército a la calle con fusiles y balas a parar a un pueblo hambriento y desarmado–, trataron de decir, algunos de ellos, informes de inteligencia, que el gran culpable de eso era Fidel Castro –a nosotros nos lo dijeron algunos generales–, porque Fidel Castro, supuestamen-

te, llevó un batallón de seguridad y dejó 200 hombres en los barrios de Caracas y ese fue el grupo de gente que impulsó esa rebelión. Es decir, es tratar de tapar el Sol con un dedo.

Desde entonces, y mucho antes, nosotros siempre hemos dicho lo que voy a decir. Cuba, como pueblo y como proceso, y Castro, como persona, en estos últimos treinta años, son un bastión de dignidad en América Latina; una bandera levantada en contra de un huracán. Desde ese punto de vista, pues hay una conexión en lo histórico con las luchas que hace cien años adelantó Martí, que hace 160 años adelantó Bolívar por la unidad de los pueblos de la América Latina.

Esa es nuestra opinión muy respetuosa y muy solidaria con todos estos procesos y estos personajes.

Moderador: Le damos las gracias, a nombre de todos los presentes, por este encuentro. (Aplausos)

**VOLVISTE, COMO TAMBIÉN
PROMETISTE, PARA COMPARTIR
TUS LUCHAS BOLIVARIANAS
CON NOSOTROS**

Palabras pronunciadas por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, en el Acto de condecoración con la Orden «Carlos Manuel de Céspedes» al Presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Hugo Rafael Chávez Frías, en el X Aniversario de su primera visita a Cuba. Teatro «Karl Marx», el 14 de diciembre de 2004, «Año del 45 Aniversario del Triunfo de la Revolución»

Querido hermano Hugo Chávez, Presidente de la República Bolivariana de Venezuela;

Queridos miembros de la numerosa y prestigiosa delegación del Gobierno venezolano que lo acompaña;

Queridos participantes en este acto;

Queridos invitados:

Para saber quién es Hugo Chávez hay que recordar lo que dijo en el discurso pronunciado en el Aula Magna de la Universidad de La Habana el 14 de diciembre de 1994, hace hoy exactamente diez años.

He seleccionado unos cuantos de sus párrafos. Aunque puedan parecer numerosos, verán cuánta riqueza de contenido y sentido revolucionario encierran.

Al referirse al hecho de que yo lo esperase en el aeropuerto, expresó con increíble modestia: «Cuando recibí la inmensa y agradable sorpresa de ser esperado en el Aeropuerto Internacional José Martí por él mismo en persona, le dije: ‘Yo no merezco este honor, aspiro a merecerlo algún día en los meses y en los años por venir’. Lo mismo les digo a todos ustedes, queridos compatriotas cubano-latinoamericanos: Algún día esperamos venir a Cuba en condiciones de extender los brazos y en condiciones de mutuamente alimentarnos en un proyecto revolucionario latinoamericano, imbuidos, como estamos, desde siglos hace, en la idea de un continente hispanoamericano, latinoamericano y caribeño, integrado como una sola nación que somos.

«En ese camino andamos, y como Aquiles Nazoa dijo de José Martí, nos sentimos de todos los tiempos y de todos los lugares, y andamos como el viento tras esa semilla que aquí cayó un día y aquí, en terreno fértil, retoñó y se levanta como lo que siempre hemos dicho —y no lo digo ahora aquí en Cuba, porque esté en Cuba y porque, como dicen en mi tierra, en el llano venezolano, me sienta guapo y apoyado, sino que lo decíamos en el mismo ejército venezolano antes de ser soldados insurrectos; lo decíamos en los salones, en las escuelas militares de Venezuela—: Cuba es un bastión de la dignidad latinoamericana y como tal hay que verla».

«Sin duda están ocurriendo cosas interesantes en la América Latina y en el Caribe; sin duda que ese insigne poeta y escritor nuestro, de esta América Nuestra, don Pablo Neruda, tiene profunda razón cuando escribió que Bolívar despierta cada cien años, cuando despierta el pueblo.

«Sin duda que estamos en una era de despertares, de resurrecciones de pueblos, de fuerzas y de esperanzas; sin duda, Presidente, que esa ola que usted anuncia o que anunció y sigue anunciando en esa entrevista a la que me he referido antes, *Un grano de maíz*, se siente y se palpa por toda la América Latina».

«Nosotros tuvimos la osadía de fundar un movimiento dentro de las filas del ejército nacional de Venezuela, hastiados de tanta corrupción, y nos juramos dedicarle la vida a la cons-

trucción de un movimiento revolucionario y a la lucha revolucionaria en Venezuela, ahora, en el ámbito latinoamericano.

«Eso comenzamos a hacerlo el año bicentenario del nacimiento de Bolívar. Pero veamos que este próximo año es el centenario de la muerte de José Martí, veamos que este año que viene es el bicentenario del nacimiento del mariscal Antonio José de Sucre, veamos que este año que viene es el bicentenario de la rebelión y muerte del zambo José Leonardo Chirinos en las costas de Coro, en Venezuela, tierra, por cierto, de los ascendientes del prócer Antonio Maceo.

«El tiempo nos llama y nos impulsa; es, sin duda, tiempo de recorrer de nuevo caminos de esperanza y de lucha. En eso andamos nosotros, ahora dedicados al trabajo revolucionario en tres direcciones fundamentales que voy a permitirme resumir ante ustedes para invitarlos al intercambio, para invitarlos a extender lazos de unión y de trabajo, de construcción concreta.

«En primer lugar, estamos empeñados en levantar una bandera ideológica pertinente y propicia a nuestra tierra venezolana, a nuestra tierra latinoamericana: la bandera bolivariana.

«Pero en ese trabajo ideológico de revisión de la historia y de las ideas que nacieron en Venezuela y en este continente hace doscientos años, en ese sumergirnos en la historia buscando nuestras raíces, hemos diseñado y hemos lanzado a la opinión pública nacional e internacional la idea de aquel Simón Bolívar que llamaba, por ejemplo, a esa unidad latinoamericana para poder oponer una nación desarrollada como contrapeso a la pretensión del norte que ya se perfilaba con sus garras sobre nuestra tierra latinoamericana; la idea de aquel Bolívar que desde su tumba casi, ya en Santa Marta, dijo: ‘Los militares deben empuñar su espada para defender las garantías sociales’; la idea de aquel Bolívar que dijo que el mejor sistema de gobierno es el que le proporciona mayor suma de felicidad a su pueblo, mayor suma de estabilidad política y seguridad social.

«Esa raíz profunda, esa raíz bolivariana, que está unida por el tiempo, por la historia misma a la raíz robinsoniana,

tomando como inspiración el nombre de Samuel Robinson o Simón Rodríguez, a quien conocemos muy poco los latinoamericanos porque nos dijeron desde pequeños: ‘El maestro de Bolívar’, y allí se quedó, como estigmatizado por la historia, el loco estrafalario que murió anciano, deambulando como el viento por los pueblos de la América Latina.

«Simón Rodríguez llamaba a los americanos meridionales a hacer dos revoluciones: la política y la revolución económica. Aquel Simón Rodríguez que llamaba a la construcción de un modelo de economía social y un modelo de economía popular, que dejó para todos los tiempos de América Latina, como un reto para nosotros, aquello de que la América Latina no podía seguir imitando servilmente, sino que tenía que ser original y llamaba a inventar o errar. Ese viejo loco, para los burgueses de la época, que andaba recogiendo niños ya anciano y abandonado, y que decía: ‘Los niños son las piedras del futuro edificio republicano, ¡vengan acá para pulir las piedras para que ese edificio sea sólido y luminoso!’».

«Nosotros, como militares, andamos tras esa búsqueda, y hoy nos vamos más afianzados en la convicción y en la necesidad de que el ejército de Venezuela tiene que ser de nuevo lo que fue: un ejército del pueblo, un ejército para defender eso que Bolívar llamó las garantías sociales».

«Sería una primera vertiente de trabajo bien adecuada, Comandante: el próximo año del centenario de la muerte de José Martí, estrechar ese trabajo ideológico, ese binomio de Bolívar y Martí, como forma de levantar la emoción y el orgullo de los latinoamericanos.

«La otra vertiente de nuestro trabajo, para la cual también necesitamos estrechar nexos con los pueblos de nuestra América, es el trabajo organizativo.

«En la cárcel recibíamos muchos documentos de cómo el pueblo cubano se fue organizando después del triunfo de la Revolución, y estamos empeñados en organizar en Venezuela un inmenso movimiento social: el Movimiento Bolivariano Revolucionario 200; y más allá, estamos convocando para este próximo año a la creación del Frente Nacional Bolivariano, y estamos llamando a los estudiantes, a los campesinos, a

los aborígenes, a los militares que estamos en la calle, a los intelectuales, a los obreros, a los pescadores, a los soñadores, a todos, a conformar ese frente, un gran frente social que enfrente el reto de la transformación de Venezuela.

«En Venezuela nadie sabe lo que puede ocurrir en cualquier momento. Nosotros, por ejemplo, que estamos entrando en un año electoral, 1995, dentro de un año, en diciembre, habrá en Venezuela otro proceso electoral, ilegal e ilegítimo, signado por una abstención —ustedes no lo van a creer— del 90 por ciento en promedio; es decir, el 90 por ciento de los venezolanos no va a las urnas electorales, no cree en mensajes de políticos, no cree en casi ningún partido político.

«Este año nosotros aspiramos, con el Movimiento Bolivariano, con el Frente Nacional Bolivariano, polarizar a Venezuela. Los que van al proceso electoral —donde hay gente honesta también que respetamos, pero en lo que no creemos es en el proceso electoral—, ese es un polo; y el otro polo que nosotros vamos a alimentar, a empujar y a reforzar es la solicitud en la calle, con el pueblo, del llamado a elecciones para una Asamblea Nacional Constituyente, para redefinir las bases fundamentales de la república que se vinieron abajo; las bases jurídicas, las bases políticas, las bases económicas, las bases morales incluso, de Venezuela están en el suelo, y eso no se va a arreglar con pequeños parches.

«Bolívar lo decía: ‘Las gangrenas políticas no se curan con paliativos’, y en Venezuela hay una gangrena absoluta y total».

«Un mango madura cuando está verde, pero un mango podrido jamás va a madurar; de un mango podrido hay que rescatar su semilla y sembrarla para que nazca una nueva planta. Eso pasa en Venezuela hoy. Este sistema no tiene manera de recuperarse a sí mismo».

«Nosotros no desechamos la vía de las armas en Venezuela, nosotros seguimos teniendo, y lo dicen las encuestas del mismo gobierno, más del 80 por ciento de opinión favorable en los militares venezolanos, en el ejército, en la marina, en la fuerza aérea y en la Guardia Nacional».

«A pesar de todo eso, ahí tenemos una fuerza y, además de todo eso, tenemos un altísimo porcentaje de los venezola-

nos, especialmente, queridos amigos, ese 60 por ciento de venezolanos tampoco lo van a creer ustedes en pobreza crítica.

«Increíble, pero es cierto: en Venezuela se esfumaron 200 mil millones de dólares en 20 años. ¿Y dónde están? me preguntaba el Presidente Castro. En las cuentas en el exterior de casi todos los que han pasado por el poder en Venezuela, civiles y militares que se enriquecieron al amparo del poder.

«En esa inmensa mayoría de venezolanos, nosotros tenemos un tremendo impacto positivo y ustedes comprenderán que, al tener esas dos fuerzas, estamos dispuestos a dar el todo por el todo por el cambio necesario en Venezuela. Por eso decimos que no deseamos la vía de utilizar las armas del pueblo que están en los cuarteles para buscar el camino si este sistema político decide, como parece haber decidido, atornillarse de nuevo y buscar recursos para manipular y engañar.

«Nosotros estamos pidiendo Constituyente, y el año que viene ya les dije vamos a empujar esta salida como recurso estratégico de corto plazo.

«Es un proyecto de largo plazo, es un proyecto de un horizonte de 20 a 40 años, un modelo económico soberano; no queremos seguir siendo una economía colonial, un modelo económico complementario».

«Es un proyecto que nosotros hemos lanzado ya al mundo venezolano con el nombre de Proyecto Nacional ‘Simón Bolívar’, pero con los brazos extendidos al continente latinoamericano y caribeño. Un proyecto en el cual no es aventurado pensar, desde el punto de vista político, en una asociación de Estados latinoamericanos. ¿Por qué no pensar en eso, que fue el sueño original de nuestros libertadores? ¿Por qué seguir fragmentados? Hasta allí, en el área política, llega la pretensión de ese proyecto que no es nuestro ni es original, tiene 200 años, al menos.

«Cuántas experiencias positivas en el área cultural, en el área económica en esta economía de guerra en la que vive Cuba prácticamente, en el área deportiva, en el área de la salud, de la atención a la gente, de la atención al hombre, que es el primer objeto de la patria, el sujeto de la patria.

«En esa área o en esa tercera vertiente, en el proyecto político transformador de largo plazo, extendemos la mano a la experiencia, a los hombres y mujeres de Cuba que tienen años pensando y haciendo por ese proyecto continental».

«El siglo que viene, para nosotros, es el siglo de la esperanza; es nuestro siglo, es el siglo de la resurrección del sueño bolivariano, del sueño de Martí, del sueño latinoamericano.

«Queridos amigos, ustedes me han honrado con sentarse esta noche a oír estas ideas de un soldado, de un latinoamericano entregado de lleno y para siempre a la causa de la revolución de esta América nuestra». (Aplausos)

Había un pensamiento político y económico revolucionario perfectamente estructurado, coherente, una estrategia y una táctica.

Bastante antes de lo que entonces podía pensarse, el proceso bolivariano derrotaría a la oligarquía en limpia lid prácticamente sin recursos, y la convocatoria a la Asamblea Constituyente de que nos habló Chávez se llevó a cabo. Una revolución profunda se iniciaba en la gloriosa patria de Bolívar.

Como pudieron apreciar, en aquel discurso él declaró con toda franqueza: nosotros no desechamos la vía de las armas en Venezuela. En las largas horas de conversaciones e intercambios que sostuvimos durante su visita, este importante tema fue uno de los puntos abordados.

El líder bolivariano prefería la conquista del poder sin derramamientos de sangre. Tenía, sin embargo, gran preocupación de que la oligarquía, por su parte, acudiera al recurso del golpe de estado con la complicidad del alto mando militar para detener el movimiento desatado por los oficiales rebeldes el 4 de febrero de 1992.

Recuerdo que me dijo: Nuestra línea es evitar situaciones graves y derramamientos de sangre; nuestra perspectiva es crear alianzas de fuerzas sociales y políticas, porque podríamos en 1998 lanzar una vigorosa campaña con una importante fuerza electoral, el apoyo de la población y amplios sectores de las Fuerzas Armadas, para llegar al poder por esa vía tradicional. Creo que esa es nuestra mejor estrategia.

No olvido el lacónico pero sincero comentario que le hice: Ese es un buen camino.

Tal como él dijo, ocurrió: en 1998 el movimiento bolivariano, una alianza de fuerzas patrióticas y de izquierda creada y dirigida por él, con el apoyo del pueblo, la simpatía y la solidaridad de la mayoría de los militares, en especial de los oficiales jóvenes, en las elecciones de ese año obtiene una contundente victoria. Toda una lección para los revolucionarios de que no hay dogmas ni caminos únicos. La propia Revolución Cubana fue también una prueba de ello.

Hace mucho tiempo albergo igualmente la más profunda convicción de que, cuando la crisis llega, los líderes surgen. Así surgió Bolívar cuando la ocupación de España por Napoleón y la imposición de un rey extranjero crearon las condiciones propicias para la independencia de las colonias españolas en este hemisferio. Así surgió Martí, cuando llegó la hora propicia para el estallido de la Revolución independentista en Cuba. Así surgió Chávez, cuando la terrible situación social y humana en Venezuela y América Latina determinaba que el momento de luchar por la segunda y verdadera independencia había llegado.

La batalla ahora es más dura y difícil. Un imperio hegemónico, en un mundo globalizado, la única superpotencia que prevaleció después de la guerra fría y el prolongado conflicto entre dos concepciones políticas, económicas y sociales radicalmente diferentes, constituye un enorme obstáculo para lo único que hoy podría preservar, no solo los más elementales derechos del ser humano, sino incluso su propia supervivencia.

Hoy la crisis que atraviesa el mundo no es ni puede ser de un solo país, de un subcontinente o de un continente; es también global. Por ello, tal sistema imperial y el orden económico que ha impuesto al mundo son insostenibles. Los pueblos decididos a luchar, no solo por su independencia, sino también por la supervivencia, no pueden ser jamás vencidos, incluso si se trata de un solo pueblo.

Es imposible ignorar lo que ha ocurrido en Cuba durante casi medio siglo y los enormes avances sociales, culturales y humanos alcanzados por nuestro país a pesar del bloqueo eco-

nómico más prolongado que se conoce en la historia. Imposible ignorar lo ocurrido en Vietnam. Imposible ignorar lo que está hoy ocurriendo en Iraq.

Lo que ocurre hoy en Venezuela es otro impresionante ejemplo. Ni golpe de estado, ni golpe petrolero, ni referendo revocatorio con el apoyo de la casi totalidad de los medios masivos, pudieron impedir una victoria aplastante del movimiento bolivariano que alcanzó casi un 50 por ciento más de votos a favor del NO el 15 de agosto, y otro colosal triunfo en 23 de las 25 gobernaciones regionales, un hecho sin precedentes que el mundo contempla con asombro y simpatía. La batalla, además, se desarrolló dentro de las mismas normas y reglas que el imperio ha impuesto para debilitar y dividir a los pueblos e imponer su podrida y desprestigiada democracia representativa.

En aras del tiempo, no hablo sobre otros temas muy actuales e importantes, incluido nuestro Ejercicio Estratégico Bastión 2004, expresión de la resuelta decisión del pueblo cubano de luchar, como lo ha hecho durante 46 años de creación y de combate.

Permítaseme tan solo expresarles que un día histórico tan simbólico y trascendente como este, en que se cumplen diez años del primer encuentro de Chávez con nuestro pueblo, el Consejo de Estado de la República de Cuba ha decidido otorgarle una segunda condecoración (Aplausos). Ya recibió la Orden «José Martí», nuestro Héroe Nacional, inspirador de los combatientes que en el centenario de su nacimiento quisieron tomar el cielo por asalto e iniciaron la lucha por la definitiva independencia de Cuba.

Martí, admirador de Bolívar, bolivariano hasta la médula, compartió con este, hasta la muerte, su sueño de liberación y unión de los países de nuestra América: «Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso», escribió horas antes de su

muerte en combate. Para nosotros, José Martí fue como un Sucre: al servicio de la libertad alcanzó con su pensamiento lo que el gran mariscal de Ayacucho alcanzó con su gloriosa espada. Sentimos el orgullo de pensar que en 1959, 63 años después de su muerte, llevando los combatientes como estandarte sus ideas, emerge victoriosa la Revolución Cubana.

Hoy añadimos a la Orden «José Martí», entregada al Presidente de la República Bolivariana de Venezuela, la Orden «Carlos Manuel de Céspedes», Padre de la Patria (Aplausos), iniciador de la primera guerra por la independencia el 10 de octubre de 1868, que siendo dueño de tierras y una industria azucarera, liberó a los esclavos que en ambas laboraban el mismo día que se alzó en armas contra el coloniaje español.

De la gran patria de Bolívar, dijo Céspedes un día: «Venezuela, que abrió a la América española el camino de la independencia y lo recorrió gloriosamente hasta cerrar su marcha en Ayacucho, es nuestra ilustre maestra de libertad».

Como colofón de este histórico acto, al cumplirse precisamente el décimo aniversario de la primera visita de Chávez a Cuba, y de su discurso en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, ambos gobiernos firmarán esta noche una Declaración Conjunta sobre el ALBA, concepción bolivariana de la integración económica, y un acuerdo bilateral para comenzar su aplicación, que harán historia.

Hugo: tú dijiste hace diez años que no merecías los honores que estabas recibiendo de quienes adivinamos en ti las cualidades de un gran revolucionario, cuando fueron llegando noticias de tu historia, tu conducta y tus ideas mientras guardabas prisión en la cárcel de Yare.

Tu capacidad organizativa, tu magisterio con los oficiales jóvenes, tu hidalguía y firmeza en la adversidad, te hacían acreedor de aquellos y otros muchos honores.

Prometiste volver un día con propósitos y sueños realizados. Volviste y volviste gigante, ya no solo como líder del proceso revolucionario victorioso de tu pueblo, sino también como una personalidad internacional relevante, querida, admirada y respetada por muchos millones de personas en el mundo, y de modo especial por nuestro pueblo. (Aplausos)

Hoy nos parecen pocos los merecidos honores de que hablaste y las dos condecoraciones que te hemos otorgado. Lo que más nos conmueve es que volviste, como también prometiste, para compartir tus luchas bolivarianas y martianas con nosotros.

¡Vivan Bolívar y Martí! (Exclamaciones de: «¡Viva!»)

¡Viva la República Bolivariana de Venezuela! (Exclamaciones de: «¡Viva!»)

¡Viva Cuba! (Exclamaciones de: «¡Viva!»)

¡Que perduren para siempre nuestros lazos de hermandad y solidaridad!

(Ovación)



**EL PROYECTO DE BOLÍVAR Y MARTÍ
HA VUELTO PARA TRIUNFAR**

Palabras del Presidente Hugo Chávez Frías
en el acto donde recibiera la orden
«Carlos Manuel de Céspedes»,
en el X Aniversario de su primera visita a Cuba.
Teatro «Karl Marx», el 14 de diciembre de 2004,
«Año del 45 Aniversario del Triunfo de la Revolución»

Son las 7:00 de la noche, estoy calculando el tiempo aquí.

Buenas noches a todas, buenas noches a todos.

Querido compañero Fidel, Comandante y amigo, y queridos compañeros del alto gobierno de Cuba;

Queridos compañeros de la delegación venezolana que me acompañan:

Hace 10 años vine con el teniente Rafael Isea, que debe estar por ahí. Allá está el teniente Isea, él me acompañaba hace 10 años (Aplausos). Ahora Isea se ha multiplicado, y está con nosotros una delegación de compañeros y de compañeras, de amigas, para este nuevo encuentro: el canciller venezolano, el doctor Alí Rodríguez (Aplausos); están los ministros de Producción y Comercio, Wilmar Castro (Aplausos); está el ingeniero de Energía y Minas, Rafael Ramírez (Aplausos); está el ministro de Vivienda, muy conocido por ustedes, Julio Montes (Aplausos); está la ministra de Ciencia y Tecnología, Yadira Córdoba (Aplausos); el ministro de Educación

Superior, Samuel Moncada (Aplausos); el ministro de Salud y Desarrollo Social, Francisco Armada (Aplausos); el ministro de Comunicación, Andrés Izarra (Aplausos); están con nosotros también un grupo de compañeros de la Fuerza Armada Venezolana, encabezado por el general de división Raúl Baduel, comandante general del ejército (Aplausos); y un grupo de compañeros militares, del Ejército, de la Armada, de la Aviación y de la Guardia Nacional (Aplausos); está con nosotros el presidente de Corpo Zulia, Carlos Martínez Mendoza (Aplausos); el presidente de la corporación de Guayana, Rafael Sánchez Márquez (Aplausos); está con nosotros esta humilde y grande mujer venezolana, que nos ha dirigido la palabra, y que representa a esos millones de compatriotas que han salido del cuarto oscuro del analfabetismo, ella es la primera alfabetizada venezolana, y ahora graduada de cuarto grado, Brígida Istúriz, quien nos ha dado un mensaje (Aplausos).

Bueno, a todos, y de parte de todos, y de parte del pueblo todo de Venezuela, reciba Cuba no solo un saludo, reciba Cuba nuestra alma, que se confunde con el alma generosa y noble del pueblo de José Martí, del pueblo de Fidel y del pueblo cubano. (Aplausos)

Sé que aquí hay pacientes y trabajadores de La Pradera (Aplausos), sé que aquí están acompañantes, trabajadores sociales de la Misión Milagros (Aplausos), sé que hay estudiantes y profesores de la Escuela Latinoamericana de Medicina (Aplausos), sé que hay estudiantes de la Escuela Internacional de Educación Física y Deportes (Aplausos), sé que hay venezolanos y estudiantes y profesores de la Universidad de Ciencias Informáticas (Aplausos), de la Organización de Pioneros «José Martí». (Aplausos)

Bueno, profesores generales integrales, maestros emergentes (Aplausos), trabajadores sociales (Aplausos), enfermeros emergentes (Aplausos), tecnólogos de la salud (Aplausos), funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores (Aplausos), de la Escuela de Instructores de Arte (Aplausos), delegados de la Ciudad de La Habana al VIII Congreso de la Unión de Jóvenes Comunistas (Aplausos), estudiantes de la Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media (Aplausos), estudiantes

de la Federación de Estudiantes Universitarios (Aplausos), cuadros de la Unión de Jóvenes Comunistas (Aplausos), combatientes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (Aplausos), embajada de Venezuela, trabajadores de la casa «Simón Bolívar» (Aplausos), trabajadores del memorial «José Martí» (Aplausos), del Comité Central y del Consejo de Estado. (Aplausos)

Bueno, un saludo a todas; un saludo a todos.

Miren, voy a comenzar por decirles algo.

Ayer había pensado que mis palabras de hoy iban a ser, precisamente, repetir lo que dije hace 10 años. He sido víctima (Risas y aplausos), me han dado un madrugonazo aquí. En serio, en serio, yo pensaba leer algunas cosas; pero qué voy a estar leyendo (Risas), después de la magistral selección que ha hecho Fidel (Risas y aplausos).

Voy a ver qué es lo que voy a decir ahora.

En primer lugar, agradezco infinitamente, infinitamente —creo que no tengo palabras para expresarlo, en verdad—, este nuevo honor; recordar esas palabras, aquel encuentro de hace 10 años, aquí en este sitio tan especial, delante de gente tan especial; esta condecoración «Carlos Manuel de Céspedes», el Padre de la Patria, en mi pecho. Bueno, repito lo que dije hace 10 años: «Espero merecer para siempre estos honores; espero merecerlos para siempre». (Aplausos)

De todos modos, como hombre precavido vale por dos, no crean, yo también traía unas cosas que decir, por si acaso (Aplausos), y me traje este libro (Lo muestra), me traje este libro para que lo analicemos aquí (Risas). Vean el cambio, he salido ganando: este por este. (Risas)

Miren, muy muy en serio ahora. Yo quiero rendir tributo, a nombre de nuestro pueblo agradecido, y este agradecimiento será eterno, a toda esa legión de patriotas cubanos y cubanas que han estado allá, que están allá, y que siempre y para siempre se quedarán con nosotros en el alma y en el corazón y en la historia de la Venezuela nueva. Esos miles y miles de legionarios, de verdaderos misioneros, que han ido a darnos la mano para comenzar a salir, como hemos comenzado a salir, del abismo de la pobreza, de la exclusión y de la

miseria. A tantos y tantas, médicos, médicas; enfermeros, enfermeras; odontólogos, estomatólogos; voluntarios; educadores; instructores; facilitadores, cubanos y cubanas que en Venezuela están y han estado con nosotros y estarán siempre —repito—, a nombre de mi pueblo, de nuestro pueblo, muchísimas gracias. Muchas gracias.

Fidel, gracias a ti, y gracias a todos ustedes. (Aplausos)

Rendir tributo quiero, de manera especial, a quienes estando con nosotros allá han dado su vida en esa batalla contra la muerte, contra la miseria.

Médicos que en Venezuela han dado su vida: Luis Reinier Fuente Ley, Ricardo San Martín, Ángel Arturo Álvarez Cruz, Zeida Torres Águila, Mireya Echevarría Abad, José Hernández Destrade, y hace pocos días, lamentable y dolorosamente, Carlos Alberto Ordoñez Pedroso. Para ellos vida eterna habrá allá en nuestro pueblo, reconocimiento eterno; a sus familiares nuestro sentimiento, y como dice la palabra de Cristo el redentor: «La muerte será vencida por la Victoria». Este sacrificio nos compromete aún más a seguir luchando por la victoria y para la victoria siempre. Quería hacer ese reconocimiento muy especial (Aplausos y exclamaciones de: «¡Chávez, amigo, jamás serás vencido!»)

Ahora, en estos 10 años, hemos venido ya once veces a Cuba. Yo recuerdo haber dicho aquel día —hace 10 años, exactamente—, que en el avión, cuando veníamos, una mujer cubana me preguntaba que cuántas veces había venido yo a Cuba, que si había venido a Cuba antes de aquel día, y yo refería pues mi respuesta, le dije: «No, no, físicamente nunca había venido a Cuba; pero espiritualmente habíamos venido a Cuba muchas veces los jóvenes latinoamericanos, los jóvenes venezolanos, que hemos venido soñando siempre con la integración, con la libertad, con la igualdad y con la justicia».

Once veces he venido a Cuba, y otras tantas y más nos hemos visto nosotros, Fidel, sobre todo en estos últimos seis años; porque después de aquel viaje, pues nosotros nos fuimos a seguir recorriendo nuestras calles, nuestros pueblos, con ese mapa que ya Fidel estaba recordando acá, con esa ideología bolivariana, con esa idea organizativa de un movimiento

bolivariano y un frente nacional bolivariano, con esa bandera de la Asamblea Nacional Constituyente, plenipotenciaria y revolucionaria. Nos fuimos. Yo volví a Cuba físicamente más de cuatro años después, en enero de 1999, ya de Presidente electo; luego he venido, con esta, once veces, incluyendo aquella del año 1994.

Ahora, Fidel comenzaba también diciendo que si alguien quiere saber quién es Hugo Chávez, y leyó todo esto; permíteme parafrasearte Fidel y decir: Si alguien quiere saber quién es Fidel, revise los últimos 50 años de historia latinoamericana, caribeña, y conseguirá allí la huella siempre viva, siempre latente y siempre digna de Fidel Castro. (Aplausos)

En aquella conversación de aquellas madrugadas hace 10 años, Fidel me hizo 25 431 preguntas (Risas), y una de ellas, me estaba preguntando que cuándo había nacido yo, en qué año. «Yo nací en 1954», le dije, y me dijo: «Cuando tú naciste, ya yo estaba preso», y en verdad fue así.

Ahora, yo te digo algo, Fidel, y permítanme, muchachas y muchachos, reflexionar; compañeras y compañeros —y a todos quienes nos están viendo aquí en Cuba, un beso al pueblo cubano, que amo a este pueblo como a mi propio pueblo (Aplausos), y a todos quienes nos están viendo allá en Venezuela, porque estamos transmitiendo también a Venezuela este programa en vivo, por el mejor canal de televisión que hay en Venezuela (Exclamaciones), que no es otro que Venezolana de Televisión, es la misma hora en Venezuela, siete y tanto de la noche, de hoy 14 de diciembre—, una reflexión, sobre todo, para los más jóvenes, los que estamos como yo, a los 50, y los que están un poco más atrás, como Felipe, a los 30, ¿no? (Felipe Pérez le aclara que a los 40.) (Risas), perdón, a los 40 (Risas), los que están a los 20.

¿Quiénes tienen 20 años aquí? (Del público levantan la mano.) ¡Ajá!, creo que la mayoría tiene 20 años, entre 20 y 30. ¿Quiénes están aquí entre 20 y 30? (Del público una gran mayoría levanta la mano), la gran mayoría.

Bueno, fíjense, muchachas; fíjense muchachos, ojalá, ojalá todos nosotros, todos quienes aquí estamos y todos quienes nos están oyendo y viendo, sobre todo los más jóvenes, lle-

guemos a esta juventud acumulada que tiene Fidel; pero no solo que lleguemos, sino que lleguemos así, como ha llegado Fidel, ¡digno, de pie! (Aplausos)

Les voy a decir otra cosa, como con Fidel cualquier cosa puede ocurrir (Risas), uno se va acostumbrando, o más bien se va preparando para las sorpresas, que en cualquier encuentro ocurren, aquí y en cualquier parte. Nos hemos visto desde México hasta el Río de la Plata, hemos compartido reuniones, asambleas, cumbres, discursos, hemos jugado béisbol. Yo, 10 años después de aquel encuentro, reconozco al fin que fue bola el lanzamiento (Risas y aplausos); fue bola el lanzamiento, y no ha hecho falta ningún examen, digamos, técnico, revisión de los videos del lanzamiento aquel. Ustedes saben de qué estoy hablando, ¿no? (Exclamaciones de: «¡Sí!»)

Esta es una discusión que ha llegado en algunos momentos a punto de ruptura, de romper; pero siempre hemos diferido muy inteligentemente la discusión para el 2021, por allá (Risas); pero no hace falta diferirla más. La respuesta filosófica y sabia que un grupo de mujeres cubanas me dio un día, discutiendo el tema en Venezuela, porque este tema ha sido objeto de discusiones en diversos grupos, que si fue bola, que si fue strike. Una mujer cubana me dijo: «Mire, Presidente, ¿usted sabe por qué ese lanzamiento no pudo haber sido strike?» Yo le dije: «¿Cómo que no? Fue strike por todo el centro.» Y dice: «No, no pudo haber sido strike.» Le digo: «Bueno, dime por qué» «Yo tengo la razón», me dijo ella, una cubana. Digo: «Dime por qué.» Y dice: «Porque Fidel Castro nunca se poncha.» (Risas y aplausos.) Así que retiro ese punto de la discusión y de la mesa. Fue bola, pues; pero en el próximo turno te poncho (Risas). (El Comandante le dice que le va a pitchear con la zurda.)

Miren, en estos encuentros, entonces, ha habido sorpresas de todo tipo:

La primera sorpresa que yo me llevo con Fidel fue hace 10 años, el día que llegábamos nosotros. Yo, en verdad, no tenía ni siquiera la certeza de que iba a poder hablar con Fidel; le había dicho a Germán —embajador ya en Caracas, a quien saludo con especial afecto, y a Amarilis, su esposa, amigos y

compañeros de todos estos años— que sencillamente me gustaría saludar al Presidente, a Fidel, y él me dijo que no podía garantizarme aquello. Así que yo venía a dar una charla —voy a recordar y a saludar a Eusebio Leal, quien está aquí también, historiador de la Ciudad de La Habana, quien me invitó a la charla hace 10 años en la casa «Simón Bolívar» (Aplausos)—, y la gran sorpresa que nos llevamos el teniente Isea y yo esa noche es que veníamos en un avión comercial, el avión es estacionado en una pista, no la pista normal, la pista oficial más bien, y entonces nos llaman: «Que se bajen ustedes dos», y yo extrañado, y pregunto: «Bueno, ¿pero por qué aquí?, y me dicen: «Bueno, que lo están esperando.» Digo: «¿Pero quién?» Cuando me asomo, está Fidel ahí, al pie de la escalerilla. Fue la primera gran sorpresa.

Luego, además, se apareció en la ofrenda floral en la Plaza «Bolívar», y luego estuvo oyendo mi conferencia en la Casa «Simón Bolívar», y luego el acto, en la noche, allá en la Universidad de La Habana. Primera gran sorpresa.

Otra de las grandes sorpresas, aquella vez del juego de béisbol aquí (Risas). ¿No estará Kindelán por ahí? Saludos, Kindelán. ¿Ustedes recuerdan aquella sorpresa? (Le dicen que sí.) Kindelán da un batazo de no sé cuántos kilómetros por hora, y yo lo veo y digo: «¿Y este viejito de dónde saca tanta fuerza? (Risas), un viejito con barba blanca, barrigón, doblado, y yo me acerco a felicitarlo, y cuando le toco por aquí (Señala), siento que se le mueve la barriga (Risas), y aquel hombre, muerto de la risa, me dice: «Presidente, yo soy Kindelán» (Risas). Esa fue otra gran sorpresa.

Grandes sorpresas aquí, allá y en todas partes, pero todas gratas; unas más gratas, otras menos gratas. Pero la más gran sorpresa y la más grata sorpresa de todas las que me he llevado con Fidel fue anoche. Anoche llegó nuestro avión, no había mucho apuro, yo entro a ponerme la camisa —veníamos conversando en el aire, en el avión—, cuando María mi hija, que por ahí anda, me dice: «¡Papá, papá!» —me toca la puerta del baño; ya el avión estaba estacionado y yo me tomé un minuto o dos minutos para salir—, «papá, apúrate, que está Fidel ahí abajo.» Yo digo: «Mentira, María, no puede

ser.» Dice: «Sí, está ahí parado, yo lo vi.» Todavía pensé que era mi hija tomándome el pelo, hasta que me asomo, veo a Angelito y me asomo y está Fidel, igualito que hace 10 años, así, vestido de campaña, parado firme allí al pie de la escalerilla: ¡la más grande sorpresa y la más grata sorpresa en todos estos diez años! (Aplausos), después del aterrizaje forzoso ese que hizo Fidel (Risas). Yo creo que estaba practicando para el próximo juego de béisbol cómo se desliza uno para robarse el home. ¡Creo que está haciendo un plan para robarme el home! (Risas.) Claro, cuando uno va a robarse el home se lanza de cabeza y estira el brazo así (Extiende el brazo). Estoy seguro de que era que estaba practicando para un robo de home, o para la operación Bastión. Ahora quiere ser paracaidista, le dije al general Baduel, que es experto paracaidista, que le dé algunas lecciones de paracaidismo. (Risas)

Es impresionante la velocidad de recuperación, la disciplina. Yo, de verdad, quiero, hermano, felicitarte por esa disciplina y esa voluntad, que es un ejemplo para todos nosotros (Aplausos). Y estamos seguros de que más pronto de lo que aquí todos se imaginan, y hasta los médicos más expertos; más pronto de lo que todo el mundo piensa, estará por ahí caminando en alguna buena marcha, por alguna buena calle (Aplausos). De todos modos sabemos también que, como cantó Alí Primera —y por ahí está una de sus hijas también visitando a Cuba— cuando le cantó al Che, también habría que cantarle a Fidel: Ustedes caminarán para siempre, para siempre, para siempre; mientras la corriente del gran Paraná tenga agua, mientras la corriente del Orinoco tenga agua, mientras haya huracanes en el Caribe, caminarán ustedes, líderes y ejemplo para siempre, por todas estas tierras, por todas estas aguas, por todos estos pueblos. (Aplausos)

Ahora que digo eso, voy a decir algo más. Tú hablas de aquel teniente coronel de hace 10 años, que llegó aquí y dijo estas cosas. Yo, cuando me enteré lo que Fidel iba a leer —medio me enteré por mis fuentes de «Inteligencia»—, casi que le quito esto y lo escondo aquí para yo leerlo (Señala al discurso).

Como tú has dicho, llegué aquí hace 10 años y dije todo esto. Ahora, aquel muchacho de 40 años que era yo, hace 10

años, pues ya venía recorriendo un camino desde hacía tiempo atrás. Para llegar a La Habana, al menos 20 años pasaron de conexión con La Habana. Por eso fue que dije a aquella mujer cubana, y lo repetí en mis palabras en la universidad: «Físicamente es la primera vez que vengo a Cuba, pero espiritualmente ya muchas veces habíamos venido a Cuba», y no lo dije para adornar el discurso; no, en verdad así fue, así había sido. Al menos 20 años, Fidel, de conexión con Cuba, ya habían venido forjándose antes de aquel día. Claro, fue por allá por 1973-1974, veinte años antes de aquel encuentro aquí.

Yo se lo comentaba un día a Germán, y creo que a Felipe también. Éramos nosotros casi niños. Aquí hay un grupo de militares hermanos, y de ese grupo de compañeros y hermanos militares hay un grupo —como dicen los argentinos— de «la pata del alma», o algo que dicen los argentinos también, es «la banda», «somos de la banda, la pata».

Éramos ya muchachos militares por allá por los setenta, 72, 73, 74; el general Lameda Hernández, hoy jefe de la Casa Militar, era cadete en aquellos años; el almirante Millán, inspector hoy de la Armada venezolana, era cadete —éramos los cadetes de los setenta—; Baduel era de aquel grupo de cadetes de los setenta; Mario Arbeláez, cadete de los setenta; Torcaza Anabria, vicealmirante, hoy jefe de mi despacho, compañero de aquellos años; como lo fue también el general Dubrón, fallecido trágica y lamentablemente junto con otro grupo de compañeros militares y compatriotas civiles hace apenas tres días en un accidente aéreo; Emiro Brito Valerio, hoy agregado aquí en la Embajada de Venezuela en Cuba.

Éramos la muchachada, con guantes blancos y sables, y un penacho, y ocurrió aquel 11 de septiembre, 1973, Palacio de la Moneda, el compañero Allende y su sacrificio y el golpe militar, y la oligarquía chilena y la CIA.

Nosotros aun cuando casi niños éramos todavía, un grupo de nosotros percibía aquello como un horrible y gigantesco atropello contra un pueblo; percibíamos cómo un grupo de hombres, soldados, militares de un pueblo, de una nación, era utilizado por el imperio como fuerza de ocupación en su propio territorio y contra su propio pueblo, contraviniendo el

mandato de Bolívar, ese que tú recordabas, hermano, en Santa Marta, al borde del sepulcro: «los militares» —dijo— «deben empuñar su espada, carajo, para defender las garantías del pueblo y no para atropellar a su propio pueblo». (Aplausos)

Aquello nos descolocó un poco a un grupo de nosotros, y una noche estábamos... Era 1973, habían entrado ustedes, los nuevos de aquel año; Lameda y compañía, eran los reclutas de aquel año. Baduel estaba en el curso de cazadores, ya estabas en segundo año, y nosotros en tercer año, éramos los instructores, Fidel, de los nuevos de aquel año, de los que entraron en agosto de 1973.

Digo todo esto, porque de allá viene aquel teniente coronel que llegó aquí hace 10 años. Recuerdo que estábamos en una montaña, por allá cerca de Caracas, y a mí me gustaban mucho las comunicaciones y había unos viejos radios de aquellos GRC-9, que había que darles con una manigueta, y entonces a los cadetes que faltaban, los sancionaban dándole al generador: «Vaya, nuevo, déle al generador del GRC-9 ahí toda la noche.» Eran buenos esos radios, rústicos.

Ahora, en la noche uno oía música y noticias, en el radio buscaba una frecuencia ahí, lo calibraba, ¡uhhh!, ¡uhhh! (Risas), y uno oía música. Así que por las noches teníamos la costumbre de irnos por allá a un cerrito a oír música y, bueno, a cometer una falta que cometíamos muchos de nosotros, a sacar un cigarrillo por allá escondidos y fumárselo —mal ejemplo, ¿no?, que nadie debe seguir— y estamos prendiendo, calibrando el radio... Recuerdo clarito que junto a mí estaba el hoy general fallecido Pedro Ruiz Rondón, uno de los valientes soldados que el 11-12 de abril se opuso férreamente al golpe de Estado y se unió al pueblo venezolano para demoler la tiranía más fugaz que se recuerda en la historia de los tiempos, en el 2002.

Pedro Ruiz Rondón era compañero nuestro, y estábamos, Fidel, buscando la música y, de repente —era ya tarde en la noche, 10:00 u 11:00, habían tocado silencio ya en el campamento de los nuevos, era por allá en Bejarano, fría la montaña, cerca de Caracas, donde hoy funciona un núcleo endógeno. Cuando me visites el próximo año vamos a ir a

Bejarano y te voy a mostrar exactamente el lugar donde poníamos el radio GRC-9 y donde un grupito de nosotros oíamos música; pero esa noche oímos otra cosa. Habían pasado apenas unos días después del 11 de septiembre, el atropello, el golpe y el asesinato del compañero Salvador Allende, oímos una voz extraña que nunca habíamos oído, y un discurso y un mensaje, y dijimos: «¡Epa!, párenlo ahí, ¿quién habla ahí?», y aquel grupo de muchachitos comenzamos a oír un discurso.

Yo recuerdo clarito hasta el tono del discurso y una frase se quedó grabada para siempre en la mente de algunos de nosotros; algunos la olvidaron, pero Pedro Ruiz Rondón y yo jamás la olvidamos, hasta el tono de la voz nos quedó grabado.

Voy a tratar de repetir el tono de la voz (Imita la voz de Fidel): «Si cada trabajador (Risas), si cada obrero hubiera tenido un fusil en sus manos, el golpe fascista chileno no se da.» Era Fidel Castro. (Aplausos)

Yo no soy buen imitador, pero más o menos así era. Es la misma voz, no ha cambiado en medio siglo esa voz y ese tono.

De allá venía, Fidel, aquel teniente coronel de hace 10 años.

Un año después —y estábamos recordándolo la semana pasada—, en diciembre de 1974, se conmemoró en Ayacucho el 150 aniversario de aquella jornada, y era presidente del Perú mi general —digo yo siempre y diré siempre—, mi general, patriota y revolucionario, líder de la revolución nacional peruana, Juan Velasco Alvarado, y era presidente de Panamá mi general, patriota siempre, Omar Torrijos, y aquel teniente coronel —o mejor dicho, este que aquí está—, aquel que llegó aquí hace 10 años, tuvo la oportunidad, junto a otro grupo de compañeros militares venezolanos de ir a los actos de Ayacucho aquel diciembre de 1974 y de desfilar en la pampa de la Quinua, y de mirar de muy cerca al general Velasco, de oír hablar, de leer discursos, proclamas y traer libros de lo que fue el intento de revolución, la revolución nacional peruana; y de ver muy de cerca de Omar Torrijos y a los muchachos de Panamá, y de oír, leer y traer impregnados también, como jóvenes soldados, el pensamiento militar de Omar Torrijos, del pensamiento popular de aquellos hombres.

Desde por allá venía aquel teniente coronel de hace 10 años, como canta Alí Primera: «Iremos juntando soles hasta llegar/ iremos tocando puertas hasta llegar/ juntando soles, tocando puertas, abriendo hasta llegar.» Así veníamos, empujando, percibiendo, caminando, cruzando hasta llegar; pero fueron, en verdad, 20 años.

Luego, muy poco tiempo después, comenzando los ochenta, como ustedes, estoy seguro lo saben, ese mismo grupo de muchachos, ante la tragedia más grande que Venezuela vivió y entonces vivía en plena efervescencia, decidimos algo que sonaba como a una quijotada. Primer precedente, 1977. Ya aquel teniente coronel era subteniente, y por allá, en una montaña del oriente del país, con cinco soldados de tropa, fundábamos un ejército, cuyas siglas agrupadas hacían un número mayor a la cantidad de sus integrantes, era el Ejército Bolivariano de Liberación del Pueblo de Venezuela, y éramos cinco; fue el primer germen de lo que luego, cinco años después, brotó con más fuerza en el año bicentenario del nacimiento de Bolívar. Y fue así como nació el Movimiento Bolivariano Revolucionario 200.

Y a mí me da mucho gusto que hoy aquí estemos, aquí, en este maravilloso escenario, de aquellos cuatro muchachos que jurábamos el 17 de diciembre de 1982, entrando al año bicentenario de Bolívar, allá, frente al Samán de Güere o lo que quedaba de él, legendario árbol tricentenario, donde Bolívar acampó un día, y que quedó como un símbolo de un sitio muy especial de recogimiento espiritual y de compromiso, allá fuimos un día a jurar cuatro muchachos, éramos ya capitanes; de ellos aquí estamos dos: el hoy general de división Raúl Baduel y este humilde servidor (Aplausos). De allá veníamos cuando aquí llegamos.

Y así vino el Caracazo, 1989. Yo te vi muy cerca, Fidel, cuando tú fuiste a la toma de posesión de lo que se llamó la coronación de Carlos Andrés Pérez —allí se dieron cita un número grande de presidentes de América Latina, del Caribe—; te vimos cerca, recuerdo que me pasaste a cuatro metros en el «Teresa Carreño», yo estaba muy por ahí; trabajaba entonces en Palacio, ya yo era mayor, y ya teníamos estructura-

do en el seno de la fuerza armada, y en contacto con grupos populares y civiles, el Movimiento Bolivariano, eso fue el 2 de febrero de 1989. Ahí no te pude jugar ninguna broma, solo me paré firme cuando pasaste y saludé muy enérgicamente.

Luego vino el Caracazo y aquel sacudón terrible que nos partió el alma y aquel baño de sangre, y, como decíamos, la maldición de Bolívar cayó sobre nosotros. Ya lo había dicho Bolívar: «¡Maldito sea el soldado que vuelva las armas contra su pueblo!» Pues en Venezuela los pobres, los excluidos salieron a reclamar vida y justicia y recibieron un baño de plomo de nuestros propios fusiles, 27 de febrero de 1989. Aquello disparó la rebelión militar.

Un grupo de nosotros, de los bolivarianos, así nos llamaban, le salimos al paso a un intento de manipulación que hubo después del Caracazo —Brito Valeiro debe recordarlo, y muchos aquí deben recordarlo, Baduel igual—; nos reunían a nosotros los militares y nos decían: «No, el Caracazo, la causa del Caracazo fue que vino Fidel Castro aquí, vino Fidel Castro a la toma de posesión de Carlos Andrés Pérez; pero todo aquello fue una máscara, y Fidel Castro dejó 200 hombres cubanos, que se infiltraron en los barrios de Caracas y generaron la explosión.»

Aquellos querían convencernos a nosotros. Recuerdo que yo fui uno de los que dije: «Pero, bueno, ¿ustedes creen que somos tontos nosotros, que somos unos niños de pecho? La causa verdadera de aquella insurrección popular no fue Fidel Castro», decíamos; «todo lo contrario, Fidel Castro tiene años alertando sobre las causas de esa insurrección popular. El capitalismo neoliberal, la exclusión, el hambre y la pobreza, esa sí es la causa de la insurrección popular». (Aplausos)

En fin, de ahí veníamos cuando aquí llegamos. Veníamos de la insurrección; veníamos de alimentarnos muchos años de ejemplos, de dignidades. El Che, por ejemplo, fue alimento para nosotros durante mucho tiempo, el Che y su ejemplo, y su libro verde oliva; Martí.

Yo recuerdo, Fidel, no sé si te comenté, que el día, Raúl, Raúl Baduel y una invitada muy especial que tenemos, su señora esposa, Cruz María... Baduel, estoy seguro que tú re-

cuerdas, como si fuera hoy, aquel día 17 de diciembre de 1982. ¿Cómo fue que decidimos irnos a jurar al Samán de Güere, cuatro de nosotros, jóvenes capitanes, recién ascendidos a capitanes, Raúl era teniente incluso? Ocurrió ese día algo, que algún día iba a ocurrir. Teníamos un buen jefe nosotros, a quien le decíamos el Tigre, el Tigre Manrique Maneiro, era comandante del regimiento de paracaidistas —entonces era regimiento de paracaidistas—, allá en Aragua, en Maracay, y teníamos un buen grupo de muchachos, y el avión, el salto en paracaídas, la mística del paracaidista, el deporte. Y dentro de esa mística y ese grupo, pues andaba fermentando el movimiento revolucionario, 1981-1982.

El 16 de diciembre por la tarde el coronel Manrique me ha llamado, porque nosotros andábamos a campo abierto hablando de Bolívar y de Martí, a campo abierto, y el coronel me dice: «Capitán Chávez, como usted se la pasa por ahí hablando de Bolívar, y mañana es 17 de diciembre, aniversario de la muerte de Bolívar, como sabemos, quiero que usted le dé unas palabras al regimiento, todo en formación, vamos a hacer un acto patriótico.» El coronel era un patriota, es un patriota, hoy está en su digno retiro de servicio activo. Yo le digo: «Entendido, mi coronel.» Y como yo en verdad nunca he preparado un discurso —en una sola ocasión me ayudaron a hacer un discurso y cuando iba leyéndolo por la mitad lo que quería era tirarlo—, yo no preparé ninguna palabra por escrito. Viene el 17 de diciembre, al mediodía, a las 12:30 se forma todo el regimiento de paracaidistas —no sé si Arbelage estaba ahí; aún no habías llegado ahí, estabas en los Andes, en San Cristóbal, creo—, hay un acto y anuncia el maestro de ceremonias: «Palabras a cargo del capitán Hugo Chávez Frías.» Yo salgo al frente del micrófono. Recuerdo que el mayor me dice —el maestro de ceremonias era un mayor—: «Capitán, ¿y sus palabras?» «No, yo no voy a leer nada.» «Cómo se le ocurre a usted» —me dice—, «¿no ha hecho un discurso?» «No, no lo he hecho.» Ya no podía aquel oficial impedir que yo hablara en todo caso, había unas normas, que había que escribir el discurso y tenían que revisarlo los superiores.

Así que yo comienzo a hablar, ¿y por dónde comencé yo? Yo comencé diciendo lo siguiente: «Así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en su roca de crear, con el inca al lado y un haz de banderas a los pies. Así está él, aún calzadas las botas de campaña, porque lo que él no hizo, sin hacer está hasta hoy, porque Bolívar tiene que hacer en América todavía», así comencé yo aquellas palabras. (Aplausos)

Como estoy segurísimo que todos ustedes saben y, sobre todo, los cubanos y las cubanas, aquello lo dijo José Martí de Bolívar. ¿En qué año fue?, ya no recuerdo. Eusebio, ayúdame; mil ochocientos noventa y tantos, ¿no fue en Nueva York? El discurso de Nueva York, un 28 de octubre, día de San Simón, poco antes de morir, a los pocos años murió Martí aquí batallando por la libertad de Cuba. En verdad, como Fidel lo dijo, Martí es uno de los más grandes bolivarianos de la historia de América y del mundo.

Bueno, qué casualidad que aquel día... ¡Ah!, bueno, ahí yo me solté, ¿no? Cuando yo termino de recitar aquel pensamiento de Martí, entonces agrego... Lamentablemente ese discurso no fue grabado; afortunadamente para mí en aquellos años, hoy lamentablemente. Vean ustedes cómo cambian las circunstancias. Afortunadamente entonces no lo grabaron; hoy digo: lamentablemente no lo grabaron, porque si lo graban, a lo mejor yo no estaría aquí. Yo seguí diciendo: «Cómo no va a tener Bolívar qué hacer en América todavía» —dijo Martí—, «con tanta miseria, con tanta corrupción, con tanta exclusión, con tanta pobreza», por ahí me fui yo y ese fue mi discurso. Todo mi discurso fue cabalgando sobre Martí pues, sobre el verbo de Martí y la necesidad de Bolívar ahora. Terminó las palabras y hubo un frío en el ambiente, no hubo ni un solo aplauso, quienes me querían aplaudir estaban contenidos; pero entonces dice un mayor por allá: «Chávez, tú pareces un político hablando», yo le iba a responder al mayor. En ese tiempo la palabra político era un insulto, sobre todo en los cuarteles; es decir, la degeneración política había llegado a tal nivel que si usted quería insultar a alguien, en vez de sacarle a su santísi-

ma madre, mejor era decirle político (Risas); así era exactamente, sobre todo en los cuarteles.

«Chávez, tú parecías un político», aquello fue para mí una ofensa, porque todos sabíamos lo que aquel hombre me quería decir; pero yo, a pesar de que he sido casi siempre rápido por la palabra, no tuve tiempo, y hubo alguien más rápido que yo, que era como un rayo, un compañero infinito —como dice Raúl siempre que lo menciona—, el siempre recordado y nunca bien llorado, Felipe Acosta Carlez (Aplausos). Ahí estaba Felipe Acosta Carlez, uno de los oficiales del grupo bolivariano, que aún no tenía forma, no había una estructura, no había un plan, solo los bolivarianos, y andábamos por allí como unos caballos de batalla diciendo cosas y haciendo cosas, sin rumbo fijo. Felipe, más rápido que yo, le dijo, y lo recuerdo clarito, Felipe salta como un gallo y se le para al mayor y le dice: «Mi mayor, el capitán Chávez no es ningún político, lo que pasa es que así hablamos los capitanes bolivarianos, y cuando nosotros hablamos así, ustedes se orinan en los pantalones». (Aplausos)

Aquello generó, bueno, un clima de tensión allí. El coronel Manrique, buen jefe —como ya dije—, ha mandado a todo el mundo: «¡Firme!», y entonces utilizó como arma una mentira piadosa, el coronel dijo algo que nadie le creyó, pero así quedó aquello, apagado. El coronel dijo a todos allí: «Señores oficiales, que no se hable más de este asunto. Quiero asumir la responsabilidad» —dijo— «por todo lo que ha dicho el capitán Chávez, porque» —ahí dijo la gran mentira que nadie le creyó, ni él mismo, por supuesto— «todo lo que el capitán ha dicho, él me lo dijo anoche en mi oficina» (Risas), «lo que ha hecho es repetir aquí lo que ya yo sabía que él iba a decir. Así que hasta aquí quedó esto», y como buenos paracaidistas, con mucha lealtad al jefe, aquello quedó allí.

Bueno, no quedó allí, en verdad. El grupo, nosotros nos reunimos luego del evento, del acto, que retiraron las tropas, como era día feriado, 17 de diciembre, entonces nos fuimos. El catire Acosta dijo: «Vamos a trotar, los invito a trotar», y nos fuimos Jesús Urdaneta, Raúl Baduel, Acosta Carlez y este servidor, a trotar, que fue un trote largo, de bastantes kilóme-

tros, hasta el Samán de Güere, donde entonces juramos dedicarle la vida a la creación de un instrumento revolucionario para impulsar los cambios necesarios en Venezuela, eso fue el 17 de diciembre de 1982. (Aplausos)

Bueno, Fidel, de allá venía aquel teniente coronel que aquí llegó hace 10 años, y venía de Yare, de la rebelión, de la prisión; venía, además, de haberte leído mucho, sobre todo en Yare, sobre todo en Yare, *La historia me absolverá*, *Un grano de maíz*, y leyendo aquellos dos libros, escritos con algo así como 40 años de diferencia uno del otro, uno concluía, allá en la prisión, acerca de la grandeza y la fortaleza de las ideas.

Recuerdo una figura que Fidel utiliza en *Un grano de maíz*, que es, sí, es una luz. El dice por allí, en algunas páginas, con Tomás Borges, algo así como lo que dijo Gaitán un día, y lo dijo, por cierto, en Venezuela, en Maracaibo, ya lo estaba recordando nuestro compatriota, Maracucho, de la Misión Milagro: «Más vale» —dijo Gaitán— «una bandera solitaria en la cumbre, que 100 banderas en el lodo.» Fidel lo dice de otra manera: «Una llamita que quede, una, una llamita, como un fosforito, no importa; hay que cuidar que no se apague, aunque sea una pequeña llama, porque ya vendrán» —dice Fidel, visionario y profético— «nuevas oleadas en el continente; desde el fondo de los pueblos saldrán nuevas oleadas.» Y hablando de Venezuela, por cierto, en aquella entrevista hecha por Tomás Borges, antes del 4 de febrero de 1992, es sorprendente cómo Fidel dice, hablando de Venezuela, dice Fidel Castro que desde las filas del ejército del gran Bolívar algún día pudiera salir algún destello de lo que sembró allí precisamente Simón Bolívar. Pues de ahí veníamos aquel 14 de diciembre de 1994, hace exactamente 10 años, y aquí llegamos, cargados de esperanza, de ilusiones, recién saliendo de prisión y con todo un compromiso por delante, porque, sobre todo, esa palabra es una de las que mejor define lo que uno carga por dentro: un gigantesco compromiso, que en estos últimos 10 años no ha hecho sino crecer ese compromiso.

Pero ya entonces veníamos con un compromiso, con una bandera, porque el pueblo venezolano, tantas veces traicio-

nado, tantas veces manipulado, tantas veces adormecido, cuando nosotros llegamos aquí, en diciembre de 1994, habíamos dejado en Venezuela un pueblo despierto, un pueblo que había despertado, un pueblo que se había sacudido de cadenas, de oscuridades, un pueblo que se había puesto de pie una vez más, y eso comenzó a ocurrir en 1989.

Precisamente en 1989, en el Caracazo, murió Felipe Acosta Carlez, aquel del trote, líder del Movimiento Bolivariano, se fue junto a miles de venezolanos aquel día de tragedia.

Veníamos también entonces cargados de dolores, perseguidos, vilipendiados; llegamos a encontrarnos contigo, Fidel, y con el pueblo cubano, pueblo de lo más digno que se conozca en este continente, de lo más digno que se conozca en el mundo, y no porque se diga, sino porque el pueblo cubano lo ha demostrado, sobre todo en este último casi medio siglo de bloqueo y atropello del imperialismo.

Luego, han pasado 10 años, ¡cuántas cosas han pasado en estos últimos diez años! Ya tú referías de las cosas que decíamos hace 10 años y las cosas que han venido cumpliéndose. Pero claro que todos sabemos aquí que no es tiempo de cantar victoria, estamos en plena batalla y esta batalla es larga y será larga, difícil, dura.

Hemos tenido la suerte los venezolanos, la Revolución Venezolana ha tenido la suerte de conseguirse en el camino a una hermana mayor, la Revolución Cubana; a un pueblo hermano que ha venido a fortalecer y a reforzar las luchas y los logros que modestamente hemos venido logrando en estos años.

Por cierto, mañana se cumplirán cinco años de la aprobación de nuestra Constitución, de la Constitución Bolivariana; cinco años de aquel proceso constituyente que comenzaba entonces apenas. No ha concluido el proceso constituyente, la Asamblea Constituyente apenas fue una fase de aquel proceso que hoy sigue su marcha, una revolución muy sui generis; una revolución hecha, iniciada en el propio campo de la contrarrevolución, en el propio terreno de la contrarrevolución. Solo la fortaleza del pueblo venezolano ha permitido llevar adelante este proceso en estos últimos seis años. Y aquello que tú señalabas aquí, recordando mis palabras, afortuna-

damente no estaba yo equivocado; afortunadamente no estaba yo equivocado cuando decía que la inmensa mayoría de los soldados venezolanos, que la inmensa mayoría del pueblo venezolano estaba para entonces ya anhelando una transformación profunda, se ha demostrado: golpe militar, golpe petrolero, golpe económico, guerra mediática, y siempre han sabido el pueblo venezolano y su fuerza armada, unidos, derrotar a la contrarrevolución y continuar la marcha. Porque no es que la Revolución Bolivariana esté en una posición defensiva como un boxeador contra las cuerdas, arrollada por la fuerza adversaria; no, la Revolución Bolivariana en algunos momentos se ha defendido o ha pasado a una posición defensiva, pero nunca ha perdido su impulso ofensivo, y hoy, 10 años después de aquel encuentro, Fidel, estamos en plena ofensiva, en plena aceleración ofensiva, en pleno avance político, económico, social, nacional e internacional.

Hemos pasado —anoche lo decíamos— a una nueva etapa, después de las memorables jornadas del 15 de agosto, del referéndum nacional y del 31 de octubre; hemos pasado a una nueva etapa. Una nueva a la que si debiéramos asignarle tiempo, o una flecha del tiempo, pues pudiéramos decir 2005-2006; si algo no podemos perder nunca de vista es la trayectoria estratégica, 2005-2006, serán años de consolidación, de profundización y de aceleración del proceso revolucionario venezolano y de su conexión con el mundo cambiante en el que estamos.

Fidel decía que vamos a firmar, dentro de pocos minutos, una declaración y un acuerdo, en verdad; pero lo que vamos a firmar nosotros hoy es un verdadero paso gigantesco adelante, en el camino que hoy nos lleva.

Fíjense que hace una década hablábamos acá de tres líneas: la ideológica, la organizativa y la programática; la ideología bolivariana, la organización de un frente bolivariano, el programa, el proyecto nacional «Simón Bolívar» y también hablábamos de la estrategia, de la línea estratégica, lo táctico y lo estratégico: la Asamblea Nacional Constituyente. En verdad eran cuatro o hasta cinco líneas de trabajo que estábamos diseñando sobre la marcha.

También hablábamos en ese discurso —no está recogido acá, seguro que por razón de tiempo, aquí está el discurso íntegro, pero en la selección excelente que presentó Fidel, solo la mayúscula esa que estaba por ahí, que ya fue corregida; hablábamos entonces o es que yo no lo dije en el discurso, sino que lo hablamos en privado— del Congreso Anfictiónico, de la convocatoria de un Congreso Anfictiónico para retomar el planteamiento de Bolívar de la unión —ah, sí lo decías aquí—, «la comunidad de naciones del Caribe, de América Latina», la línea internacional de trabajo.

Incluso, recuerdo que de aquí salimos nosotros a Venezuela el 15 de diciembre. Fue un viaje, como casi siempre, rápido, de un día y medio aquel, y el 16 estábamos en Santa Marta. Nos fuimos por tierra desde Caracas a Maracaibo, de Maracaibo a Santa Marta, para rendir honores a Bolívar el 17. No nos dejaron entrar a la quinta de San Pedro Alejandrino el 17, por cuanto era el día oficial de la llegada no sé si del Presidente de Colombia de entonces, tuvimos que esperar hasta el 18, día en que pudimos entrar, al fin, a rendir honores a Bolívar allá en San Pedro Alejandrino, y recuerdo que fuimos a Santa Marta a una reunión preparatoria del Congreso Anfictiónico Bolivariano.

Algunos pudieran pensar que éramos unos Quijotes. Fidel, apenas oyó el planteamiento que le hicimos, envió un delegado a esa reunión preparatoria del Congreso Anfictiónico Bolivariano en Santa Marta, al negro Hoa, a quien me gustaría saludar y darle la mano, porque nunca más lo he visto por allí, y allí estuvieron dos o tres argentinos, unos 20 venezolanos, cuatro o cinco panameños, unos 20 colombianos, y comenzó a dársele forma a un grupo internacional bolivariano, y por Cuba el compañero Hoa, a discutir la idea de la integración, de la convocatoria al Congreso Anfictiónico de Panamá. Es decir, nosotros andábamos ya encarrilados, pues, con una visión de corto plazo y una visión de largo plazo, producto de todos los años de pensamiento y de acción, de trabajo y de lucha, compartida con ustedes a distancia, casi siempre a distancia.

Hoy, ¿cómo andamos hoy? En lo ideológico, no cabe duda, el planteamiento bolivariano ha brotado por América

Latina y el Caribe, no es un mero lema o canto eso que se oye por todas partes: «Alerta, alerta, alerta que camina la espada de Bolívar por América Latina».

En verdad, no estaba equivocado Pablo Neruda en su canto a Bolívar con aquello de que «Despierto cada cien años cuando despiertan los pueblos».

Fidel, recuerdo aquel día inolvidable en Buenos Aires, el día de la toma de posesión de Néstor Kirchner, y días inolvidables en Río de Janeiro, en Panamá, en México, en Asunción, en Lima, en Ayacucho, en todas partes anda un pueblo despierto, y ese pueblo ha venido interpretando y asumiendo, cada día más, la idea bolivariana, y cuando decimos bolivariana estamos diciendo martiana y estamos diciendo sanmartiniana, estamos recogiendo todo aquel esfuerzo de muchos hombres y mujeres que pensaron e hicieron, que soñaron por un continente libre, por una América nuestra.

Este libro con el que los amenacé recoge la obra gubernativa y epistolario de Bolívar desde los años 1823 hasta 1925 en el Perú.

Yo les comentaba a los compañeros esta mañana y al mediodía, allá en el Palacio de la Revolución, que el esfuerzo de rescatar la semilla de este proyecto, que no es venezolano, es continental; el esfuerzo por seguirlo rescatando debe ser incrementado por todos nosotros, pensadores, intelectuales, campesinos, estudiantes, civiles, militares. Aquí están las raíces de un proyecto que hoy ha vuelto, que ha retornado, y los pueblos lo asumen así porque los pueblos lo tienen a flor de piel, los pueblos pudieran llevarlo en sus genes incluso.

Esos indígenas que veíamos hace unos días en Ayacucho son los nietos, los descendientes directos de los héroes de Ayacucho, de los que soñaron con una patria verdadera. Y este libro, por cierto, publicado en una colección muy grande de volúmenes, durante el gobierno de mi general Velasco Alvarado en el Perú, en el sesquicentenario de la independencia del Perú, recoge en innumerables decretos, órdenes, hechos de gobierno, cartas, memorandos, etcétera, el sueño o el proyecto que estaba naciendo. Aquí está la explicación de por qué Bolívar terminó muriendo expulsado de Venezuela y

casi solitario, y diciendo: «He arado en el mar.» Aquí está la explicación de por qué al mariscal Sucre, a los 35 años de edad, lo asesinan en Berruecos. Aquí está la explicación de por qué a la Manuela Sáenz la echan también de la Colombia y tiene que morir solitaria en un puerto del Perú. Aquí está la explicación de por qué a Simón Rodríguez lo echan también y termina anciano por allá fabricando velas, «como último recurso», decía él, «que me quedó para darle luces a la América». Aquí está la explicación de por qué estamos aquí hoy. Aquí está la explicación de por qué llegó aquí, hace 10 años, aquel teniente coronel, la frustración de un sueño, la frustración de un proyecto que hoy hemos retomado.

Miren, solo en el índice, sin entrar en los temas, uno revisa el índice y se da cuenta hacia dónde apuntaba aquel proyecto. Era un proyecto revolucionario.

Yo creo que si Bolívar —esta es una hipótesis, una especulación histórica, se dice; por ahí está Eusebio, historiador, y está nuestro ministro Moncada, historiador; vale la pena especular, es viable y es válido— hubiese vivido los años que Fidel ha vivido, y estamos seguros de que Bolívar, igual que Fidel, hubiese permanecido 70, 80 ó 100 años no solo fiel a su idea, sino cada día más radical en su idea, y radical en el sentido correcto que indica Martí: radical porque hay que tocar las raíces; fiel a su idea y fiel a su historia, si Bolívar hubiese vivido 20, 30 ó 40 años más, yo estoy seguro de que hubiese terminado en el socialismo. Eran aquellos años, poco después del socialismo utópico, donde terminó siendo un gran socialista, escritor y revolucionario, uno de los grandes compañeros de Bolívar que sí le sobrevivió hasta la ancianidad, que fue aquel insigne pernambucano, el brasileño José Ignacio Abreu Lima, terminó escribiendo el primer libro de socialismo que se conoce en la historia del Brasil; gran compañero de Bolívar, lo llevó, lo acompañó hasta la tumba, le redactaba decretos a Bolívar.

Simón Rodríguez no era otra cosa que un socialista. Era un proyecto revolucionario el que estaba cuajando. Dicen que cuando llegaron al Cuzco, a aquella ciudad de piedra, dijo Bolívar: «Esta es la Roma de América», y escribió Simón

Rodríguez: «La utopía de Tomás Moro está aquí en Bolivia», que estaba naciendo, en el Perú, en la nueva América, el nuevo continente, el sueño de un nuevo mundo, nuevo de verdad.

Fíjense ustedes, y no se asusten, que no voy a entrar en el tema, solo voy a pasarle rápidamente, a vuelo de pájaro, a algunos documentos señalados en el índice general de este maravilloso compendio:

«1ro. de noviembre, 1824» —hace 180 años—, «decreto de Bolívar: Paso del colegio de misioneros de Ocopa a colegio de enseñanza pública.» Aún ni siquiera se había dado la Batalla de Ayacucho, faltaba un mes y unos días, estaba transformando colegios de misioneros en colegios de enseñanza pública.

«7 de diciembre: Circular la invitación al próximo Congreso de Panamá.

«27 de enero de 1825: Creación de la Sociedad Económica Amantes del País.»

Es decir, aquel hombre, mucho menos preocupado por las tareas de la guerra, después de Ayacucho, comienza a dedicarse de lleno a la creación de una república, a las tareas de gobierno, a las tareas administrativas, a las tareas económicas, a las tareas políticas, a las tareas del desarrollo, cómo sacar a aquellos pueblos de la ignorancia. Bolívar estaba muy claro al respecto: «Por la ignorancia, decía, nos han dominado más que por la fuerza; las naciones marcharán hacia su grandeza con el mismo paso con que camina su educación». Y a su lado, Simón Rodríguez decía lo que tú recordabas, hermano: «Los americanos» —decía— «tendrán que hacer dos revoluciones; ya Bolívar hizo la política, ahora hagamos la económica, y comencémosla por los campos».

«Los niños» —decía— «son las piedras del futuro edificio republicano. Necesitamos pueblos ilustrados para que sean pueblos libres», lo mismo que dijo Martí unas décadas después: «Ser cultos para ser libres.» Es la misma línea de pensamiento y es la misma línea de acción; es nuestra línea de pensamiento, es nuestra línea de acción. De ahí no nos sacará nada ni nadie.

¡Bolívar y Martí o Muerte!, habría que decir aquí hoy en La Habana. (Aplausos)

«31 de enero, establecimiento de escuelas normales lancasterianas por departamento.» Esto sí vale la pena que lo leamos, la página 301, para que tengamos idea de lo profundo de aquel proyecto de aquellos hombres.

«Ministerio de Estado.

«Simón Bolívar, Libertador, presidente de la República de Colombia, y encargado del poder dictatorial de la del Perú...», etcétera, etcétera, etcétera, «considerando.

«Primero: Que el sistema lancasteriano es el único método de promover pronta y eficazmente la enseñanza pública».

Este era uno de los métodos más modernos de la época, y Simón Rodríguez lo manejaba muy bien.

«Segundo: Que extendiéndolo a cada punto de los departamentos se difundirá sin demora en todo el territorio de la república. He venido en decretar y decreto:

«Primero: Se establece en la capital de cada departamento una escuela normal, según el sistema de Lancáster.

«Segundo: Los prefectos, poniéndose de acuerdo con las municipalidades de su respectiva capital, determinarán con preferencia sobre los fondos necesarios a este establecimiento.

«Tercero: Cada provincia mandará a la escuela de su departamento seis niños cuando menos para que estos difundan después la enseñanza en la capital y en los demás pueblos de su provincia.

«Cuarto: Los intendentes, de acuerdo con las municipalidades, designarán los niños de más capacidad que deban mandarse a la escuela normal. De los fondos destinados a la instrucción pública se proveerá a la subsistencia de los que fueren pobres.

«El Ministro de Estado en el departamento de gobierno y Relaciones Exteriores queda encargado de hacer ejecutar este decreto».

En fin, para qué los voy a fastidiar, pero ahí está el proyecto originario.

Y más adelante podremos conseguir, en Bolivia, del año 1925, cómo Bolívar decreta la repartición de tierras a los in-

dios, cómo Bolívar decreta la prohibición de la matanza de la llama hembra para cuidar la especie, cómo Bolívar decreta la construcción de escuelas.

Hace unos días estuve visitando en Cuzco una escuela de educandas —así se llama todavía, se quedó para siempre— fundada por Bolívar; las escuelas de educandas del Cuzco, las mujeres, las niñas, él decía que las niñas también, igual que los niños, que el derecho es de todos y para todos.

Decretos de Bolívar prohibiendo la servidumbre indígena. Decretos de Bolívar prohibiendo el pago en especies al trabajo, a la manumisión. Decretos de Bolívar liberando a los esclavos. Ah, comenzó a chocar con las oligarquías de Lima, de La Paz, de Quito, de Bogotá y de Caracas. Comenzó a chocar con el imperialismo emergente de los Estados Unidos. También aquí se evidencia el choque.

Cuando Bolívar llama al Congreso de Panamá, al mismo tiempo estaba Monroe diciendo: América para los americanos, y Bolívar decía: No, América, la antes española, para nosotros, no para ustedes.

Los informes de los enviados y embajadores del gobierno de Washington en Suramérica revelan aquel conflicto naciente. Informes de este año, 1825, 1826, del enviado plenipotenciario del gobierno de Estados Unidos en Lima, dice, por ejemplo, Fidel, que ellos están haciendo, los norteamericanos, todo lo posible para que el proyecto de Bolívar fracase y se impongan los otros proyectos. ¿Cuáles eran los otros proyectos? Los proyectos entreguistas al imperio naciente. Y es por eso que los norteamericanos contactan y se ganan al general Santander, contactan y se ganan al general Páez. Y es por eso que mandan a matar a Bolívar, y casi lo logran aquella noche en Bogotá y en varias otras ocasiones. Y es por eso que mandan a matar, y lo logran, al mariscal Sucre, leal a Bolívar hasta la muerte, gran revolucionario, un hombre de Estado, presidente, fundador de Bolivia; le dieron un golpe de Estado en Bolivia, casi matan a Sucre, le dan un tiro en un brazo y renuncia al poco tiempo y se viene a conseguir a Bolívar en Bogotá, y se hallan con la triste verdad.

Las oligarquías de cada país se adueñaron de cada uno de esos países, y se impuso la tesis de «América para los americanos», y el proyecto quedó allí congelado, aletargado.

Hoy ese proyecto ha vuelto, y más que voluntarismo, lo digo después de haber recorrido en estos últimos diez años todas estas tierras y todos estos pueblos. Junto a ti, junto a ustedes, el proyecto de Bolívar, el proyecto de Martí ha vuelto, y ahora ha vuelto no para ser derrotado otra vez, ha vuelto para vencer, ha vuelto para triunfar, ha vuelto para definir el futuro de estos pueblos. (Aplausos)

Yo seguiré viniendo a Cuba siempre. Dentro de 10 años, es decir, en el año 2014 estaremos aquí recordando lo que dijimos en 1994, en el 2004, y no solo lo que dijimos, sino pasando revista a lo que hemos hecho, siendo muy severos con nosotros mismos, para calibrar el grado de consecuencia con nuestro discurso. El 2024 también estaremos aquí, estaremos aquí siempre, y cuando ya no nos sea permitido estar físicamente, estaremos en ustedes, muchachos, y en los hijos que ustedes van a tener, libres y grandes, sobre esta tierra (Aplausos). Tengan la seguridad de que así va a ser.

Este proyecto ha vuelto para triunfar, para vencer, para quedarse, y ahora es cuando se está expandiendo a los cuatro vientos y a las cuatro tierras, y no solo la idea sino también el programa.

Hoy —como ya lo hemos dicho— vamos a firmar un acuerdo para el impulso del ALBA (Alternativa Bolivariana para las Américas). Ese es el proyecto alternativo al proyecto perverso colonial y neocolonial del ALCA que nos quieren imponer desde hace tantos años. ¡El ALCA ha muerto! (Aplausos)

Ahora recuerdo otra casualidad, que hace exactamente 10 años, mientras aquí estábamos nosotros reunidos, ahí mismo en Miami estaban reunidos todos los presidentes de entonces de América Latina y el Caribe con el presidente del imperio, y recuerdo aquella frase ofensiva a la memoria de Bolívar del presidente entonces de Estados Unidos, quien dijo allí en Miami que ahora sí, entonces, se había hecho realidad el sueño de Bolívar.

Imagínense ustedes, el ALCA, amenaza verdadera para la esperanza y el futuro de nuestro pueblo; sin embargo, todo indica que el ALCA ha muerto. Solo que anda por allí como el Cid Campeador, cadáver sobre el caballo, amenazando o tratando de transfigurarse en otros múltiples acuerdos; pero ya como el ALCA estaba propuesta por el imperio, el modelo de un área de libre comercio para toda América Latina o para toda la América, ya se ha demostrado que es imposible. Sin embargo, no podemos conformarnos con ello sino que tenemos que avanzar en la conformación de un verdadero y nuevo modelo de integración, al que nosotros hemos propuesto llamar ALBA, Alternativa Bolivariana para la América; un mecanismo de integración que se fundamente en nuevos principios de solidaridad, de reciprocidad, de respeto a las asimetrías y las diferencias de nuestras economías, de nuestras sociedades, de respeto a la soberanía de nuestros pueblos; pero de integración plena a lo Bolívar, a lo Martí.

Ya el pueblo de Cuba, ya el pueblo venezolano, ya los pueblos de América Latina se enterarán, a partir de esta noche, de los detalles del acuerdo que hoy vamos a firmar el compañero Fidel y este servidor, apuntando en esa dirección, dando un paso firme en la construcción de un nuevo modelo de integración; no la integración neoliberal, neocolonial, una integración para liberarnos, una integración para ser libres, una integración para la dignidad. He allí el proyecto que hoy proponemos a los pueblos de este continente, integración para la vida.

Inventamos o erramos, consigna de Simón Rodríguez, sigue siendo un gran reto, un gran desafío. Aquí estamos inventando mecanismos de integración de la economía, complementación económica de las sociedades, de las culturas, de la educación, de la salud, de la vida y del desarrollo. No podemos seguir colocando por delante, como se pretende todavía en algunas partes en América Latina, el interés económico, comercial, de las empresas privadas, de las transnacionales. Eso no nos va a integrar jamás. El modelo que les impusieron a los pueblos de América Latina y al que han llamado de integración, no es en verdad un modelo de integra-

ción, es un modelo de desintegración, que ha producido más pobreza, más miseria, más exclusión y más desigualdad.

Si queremos que la transformación de América Latina se haga en paz y en democracia, debemos avanzar en un modelo de transformación; porque si no hubiera de verdad procesos de transformación social, económica en nuestros pueblos, el destino que nos esperaría sería de más violencia y estremecimientos y sacudones, como los que en Venezuela ocurrieron en las décadas anteriores.

En fin, con este proyecto andamos, con la idea de Bolívar, con la idea de Martí, con el proyecto de la Alternativa Bolivariana de Integración para las América, en este momento cumbre que estamos viviendo.

En este último viaje que hicimos por Europa, Madrid, por el norte de África, Trípoli, por Europa del Este, la Eurasia, pasando de Moscú al golfo Pérsico, pasando por Teherán, por Qatar, hemos podido comprobar una vez más cómo el mundo va cambiando y cómo el mundo se va moviendo.

El gobierno imperialista de Estados Unidos, que ha sacado una vez más su garra para tratar de imponerle su modelo al mundo, ha fracasado y va a fracasar. Hay un mundo que se ha puesto de pie y que no está dispuesto a aceptar la hegemonía y la imposición. En esa dirección se mueven la Revolución Cubana y la Revolución Bolivariana, en la dirección de un mundo pluripolar: la Europa, el Asia, el África, la América Latina y el Caribe, la Norteamérica.

Decía Bolívar, cuando hablaba de este tema, que había que buscar el equilibrio del universo. Y he ahí la razón fundamental de su planteamiento unitario de la gran Colombia, del Congreso Anfictiónico de Panamá.

Son las mismas ideas, Fidel; es el mismo sueño. Hoy más alimentado; hoy, 10 años después, más concreto; hoy con logros evidentes. Hoy, 10 años después, hemos venido demostrando que no es un imposible; hemos venido demostrando, la Revolución Cubana y la Revolución Bolivariana, que es perfectamente posible un mundo mejor, y no solamente posible, habrá que decirlo hoy, como ya resuena por el mundo: es

imprescindible un mundo distinto y mejor para salvar la vida,
para salvar el planeta.

Aquel Teniente Coronel ha vuelto 10 años después y
vuelve a decir lo mismo; así como tú, Comandante amigo,
después de 50 años, sigues diciendo lo mismo, y seguimos
haciendo y diciendo lo mismo:

¡Patria o Muerte!

¡Venceremos!

(Ovación).



DECLARACIÓN CONJUNTA

Durante la visita oficial del Presidente Hugo Chávez Frías a Cuba al cumplirse el décimo aniversario de su primer encuentro con el pueblo cubano, se produjo un amplio y profundo intercambio entre el Presidente de la República Bolivariana de Venezuela y el Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba, acompañados de sus respectivas delegaciones. Ambos Jefes de Estado acordaron suscribir los siguientes puntos de vista:

Subrayamos que el Área de Libre Comercio para las Américas (ALCA) es la expresión más acabada de los apetitos de dominación sobre la región y que, de entrar en vigor, constituiría una profundización del neoliberalismo y crearía niveles de dependencia y subordinación sin precedentes.

Analizamos históricamente el proceso de integración de la América Latina y el Caribe, y constatamos que este, lejos de responder a los objetivos de desarrollo independiente y complementariedad económica regional, ha servido como un mecanismo para profundizar la dependencia y la dominación externa.

Constatamos también que los beneficios obtenidos durante las últimas cinco décadas por las grandes empresas trans-

nacionales, el agotamiento del modelo de sustitución de importaciones, la crisis de la deuda externa y, más recientemente, la difusión de las políticas neoliberales, con una mayor transnacionalización de las economías latinoamericanas y caribeñas y con la proliferación de negociaciones para la conclusión de acuerdos de libre comercio de igual naturaleza que el ALCA, crean las bases que distinguen el panorama de subordinación y retraso que hoy sufre nuestra región.

Por tanto, rechazamos con firmeza el contenido y los propósitos del ALCA, y compartimos la convicción de que la llamada integración sobre bases neoliberales que esta representa, consolidaría el panorama descrito, y no conduciría más que a la desunión aún mayor de los países latinoamericanos, a mayor pobreza y desesperación de los sectores mayoritarios de nuestros países, a la desnacionalización de las economías de la región y a una subordinación absoluta a los dictados desde el exterior.

Dejamos claro que si bien la integración es, para los países de la América Latina y el Caribe, una condición imprescindible para aspirar al desarrollo en medio de la creciente formación de grandes bloques regionales que ocupan posiciones predominantes en la economía mundial, solo una integración basada en la cooperación, la solidaridad y la voluntad común de avanzar todos de consuno hacia niveles más altos de desarrollo, puede satisfacer las necesidades y anhelos de los países latinoamericanos y caribeños y, a la par, preservar su independencia, soberanía e identidad.

Coincidimos en que la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA), propuesta por el Presidente Hugo Chávez Frías en ocasión de la III Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de la Asociación de Estados del Caribe, celebrada en la isla de Margarita en diciembre del 2001, traza los principios rectores de la verdadera integración latinoamericana y caribeña, basada en la justicia, y nos comprometemos a luchar conjuntamente para hacerla realidad.

Afirmamos que el principio cardinal que debe guiar el ALBA es la solidaridad más amplia entre los pueblos de la América Latina y el Caribe, que se sustenta en el pensamiento

de Bolívar, Martí, Sucre, O'Higgins, San Martín, Hidalgo, Petion, Morazán, Sandino y tantos otros próceres, sin nacionalismos egoístas ni políticas nacionales restrictivas que nieguen el objetivo de construir una Patria Grande en la América Latina, según la soñaron los héroes de nuestras luchas emancipadoras.

En tal sentido, coincidimos plenamente en que el ALBA no se hará realidad con criterios mercantilistas ni intereses egoístas de ganancia empresarial o beneficio nacional en perjuicio de otros pueblos. Solo una amplia visión latinoamericanista, que reconozca la imposibilidad de que nuestros países se desarrollen y sean verdaderamente independientes de forma aislada, será capaz de lograr lo que Bolívar llamó «Ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riqueza que por su libertad y gloria», y que Martí concibiera como la «América Nuestra», para diferenciarla de la otra América, expansionista y de apetitos imperiales.

Expresamos asimismo que el ALBA tiene por objetivo la transformación de las sociedades latinoamericanas, haciéndolas más justas, cultas, participativas y solidarias y que, por ello, está concebida como un proceso integral que asegure la eliminación de las desigualdades sociales y fomente la calidad de vida y una participación efectiva de los pueblos en la conformación de su propio destino.

Compartimos el criterio de que, para alcanzar los objetivos apuntados, el ALBA debe guiarse por los siguientes principios y bases cardinales:

1. El comercio y la inversión no deben ser fines en sí mismos, sino instrumentos para alcanzar un desarrollo justo y sustentable, pues la verdadera integración latinoamericana y caribeña no puede ser hija ciega del mercado, ni tampoco una simple estrategia para ampliar los mercados externos o estimular el comercio. Para lograrlo, se requiere una efectiva participación del Estado como regulador y coordinador de la actividad económica.

2. Trato especial y diferenciado, que tenga en cuenta el nivel de desarrollo de los diversos países y la dimensión de sus economías, y que garantice el acceso de todas las naciones

que participen en los beneficios que se deriven del proceso de integración.

3. La complementariedad económica y la cooperación entre los países participantes y no la competencia entre países y producciones, de tal modo que se promueva una especialización productiva eficiente y competitiva que sea compatible con el desarrollo económico equilibrado en cada país, con las estrategias de lucha contra la pobreza y con la preservación de la identidad cultural de los pueblos.

4. Cooperación y solidaridad que se exprese en planes especiales para los países menos desarrollados en la región, que incluya un Plan Continental contra el Analfabetismo, utilizando modernas tecnologías que ya fueron probadas en Venezuela; un plan latinoamericano de tratamiento gratuito de salud a ciudadanos que carecen de tales servicios y un plan de becas de carácter regional en las áreas de mayor interés para el desarrollo económico y social.

5. Creación del Fondo de Emergencia Social, propuesto por el Presidente Hugo Chávez en la Cumbre de los Países Sudamericanos, celebrada recientemente en Ayacucho.

6. Desarrollo integrador de las comunicaciones y el transporte entre los países latinoamericanos y caribeños, que incluya planes conjuntos de carreteras, ferrocarriles, líneas marítimas y aéreas, telecomunicaciones y otras.

7. Acciones para propiciar la sostenibilidad del desarrollo mediante normas que protejan el medio ambiente, estimulen un uso racional de los recursos e impidan la proliferación de patrones de consumo derrochadores y ajenos a las realidades de nuestros pueblos.

8. Integración energética entre los países de la región, que asegure el suministro estable de productos energéticos en beneficio de las sociedades latinoamericanas y caribeñas, como promueve la República Bolivariana de Venezuela con la creación de Petroamérica.

9. Fomento de las inversiones de capitales latinoamericanos en la propia América Latina y el Caribe, con el objetivo de reducir la dependencia de los países de la región de los inversionistas foráneos. Para ello se crearían, entre otros, un

Fondo Latinoamericano de Inversiones, un Banco de Desarrollo del Sur, y la Sociedad de Garantías Recíprocas Latinoamericanas.

10. Defensa de la cultura latinoamericana y caribeña y de la identidad de los pueblos de la región, con particular respeto y fomento de las culturas autóctonas e indígenas. Creación de la Televisora del Sur (TELESUR) como instrumento alternativo al servicio de la difusión de nuestras realidades.

11. Medidas para que las normas de propiedad intelectual, al tiempo que protejan el patrimonio de los países latinoamericanos y caribeños frente a la voracidad de las empresas transnacionales, no se conviertan en un freno a la necesaria cooperación en todos los terrenos entre nuestros países.

12. Concertación de posiciones en la esfera multilateral y en los procesos de negociación de todo tipo con países y bloques de otras regiones, incluida la lucha por la democratización y la transparencia en los organismos internacionales, particularmente en las Naciones Unidas y sus órganos.

En el año en que se conmemora el 180 aniversario de la gloriosa victoria de Ayacucho y de la Convocatoria al Congreso Anfictiónico de Panamá, que trató de abrir el camino a un verdadero proceso de integración de nuestros países, frustrado desde entonces, expresamos nuestra convicción de que ahora, finalmente, con la consolidación de la Revolución Bolivariana y el fracaso indiscutible de las políticas neoliberales impuestas a nuestros países, los pueblos latinoamericanos y caribeños se encuentran en el camino de su segunda y verdadera independencia. El surgimiento de la Alternativa Bolivariana para las Américas propuesta por el Presidente Hugo Chávez Frías es su mejor expresión.

Suscrita en La Habana, a los catorce días del mes de diciembre de dos mil cuatro.

Fidel Castro Ruz
Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba

Hugo Chávez Frías
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

**ACUERDO ENTRE EL PRESIDENTE
DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA
Y EL PRESIDENTE DEL CONSEJO DE ESTADO
DE CUBA, PARA LA APLICACIÓN
DE LA ALTERNATIVA BOLIVARIANA
PARA LAS AMÉRICAS**

14 de diciembre de 2004

De una parte, el Presidente Hugo Chávez Frías, en nombre de la República Bolivariana de Venezuela, y de la otra, el Presidente del Consejo de Estado, Fidel Castro Ruz, en nombre de la República de Cuba, reunidos en la ciudad de La Habana el 14 de diciembre del 2004 en ocasión de celebrarse el 180 aniversario de la gloriosa victoria de Ayacucho y de la Convocatoria al Congreso Anfictiónico de Panamá, han considerado ampliar y modificar el Convenio Integral de Cooperación entre Cuba y Venezuela, suscrito en fecha 30 de octubre del año 2000. Con este objetivo se ha decidido firmar el presente acuerdo al cumplirse en esta fecha 10 años del encuentro del Presidente Hugo Chávez con el pueblo cubano.

Artículo 1: Los gobiernos de Venezuela y Cuba han decidido dar pasos concretos hacia el proceso de integración basados en los principios contenidos en la Declaración Conjunta suscrita en esta fecha entre la República Bolivariana de Venezuela y la República de Cuba.

Artículo 2: Habiéndose consolidado el proceso bolivariano tras la decisiva victoria en el Referéndum Revocatorio

del 15 de agosto del 2004 y en las elecciones regionales del 31 de octubre del 2004 y estando Cuba en posibilidades de garantizar su desarrollo sostenible, la cooperación entre la República de Cuba y la República Bolivariana de Venezuela se basará a partir de esta fecha no solo en principios de solidaridad, que siempre estarán presentes, sino también, en el mayor grado posible, en el intercambio de bienes y servicios que resulten más beneficiosos para las necesidades económicas y sociales de ambos países.

Artículo 3: Ambos países elaborarán un plan estratégico para garantizar la más beneficiosa complementación productiva sobre bases de racionalidad, aprovechamiento de ventajas existentes en una y otra parte, ahorro de recursos, ampliación del empleo útil, acceso a mercados u otra consideración sustentada en una verdadera solidaridad que potencie las fuerzas de ambas partes.

Artículo 4: Ambos países intercambiarán paquetes tecnológicos integrales desarrollados por las partes, en áreas de interés común, que serán facilitados para su utilización y aprovechamiento, basados en principios de mutuo beneficio.

Artículo 5: Ambas partes trabajarán de conjunto, en coordinación con otros países latinoamericanos, para eliminar el analfabetismo en terceros países, utilizando métodos de aplicación masiva de probada y rápida eficacia, puestos en práctica exitosamente en la República Bolivariana de Venezuela. Igualmente colaborarán en programas de salud para terceros países.

Artículo 6: Ambas partes acuerdan ejecutar inversiones de interés mutuo en iguales condiciones que las realizadas por entidades nacionales. Estas inversiones pueden adoptar la forma de empresas mixtas, producciones cooperadas, proyectos de administración conjunta y otras modalidades de asociación que decidan establecer.

Artículo 7: Ambas partes podrán acordar la apertura de subsidiarias de bancos de propiedad estatal de un país en el territorio nacional del otro país.

Artículo 8: Para facilitar los pagos y cobros correspondientes a transacciones comerciales y financieras entre ambos países, se acuerda la concertación de un Convenio de Crédito

Recíproco entre las instituciones bancarias designadas a estos efectos por los gobiernos.

Artículo 9: Ambos gobiernos admiten la posibilidad de practicar el comercio compensado en la medida que esto resulte mutuamente conveniente para ampliar y profundizar el intercambio comercial.

Artículo 10: Ambos gobiernos impulsarán el desarrollo de planes culturales conjuntos que tengan en cuenta las características particulares de las distintas regiones y la identidad cultural de los dos pueblos.

Artículo 11: Al concertar el presente Acuerdo, se han tenido en cuenta las asimetrías político, social, económico y jurídico entre ambos países. Cuba, a lo largo de más de cuatro décadas, ha creado mecanismos para resistir el bloqueo y la constante agresión económica, que le permiten una gran flexibilidad en sus relaciones económicas y comerciales con el resto del mundo. Venezuela, por su parte, es miembro de instituciones internacionales a las que Cuba no pertenece, todo lo cual debe ser considerado al aplicar el principio de reciprocidad en los acuerdos comerciales y financieros que se concreten entre ambas naciones.

Artículo 12: En consecuencia, Cuba propuso la adopción de una serie de medidas encaminadas a profundizar la integración entre ambos países y como expresión del espíritu de la declaración conjunta suscrita en esta fecha sobre la Alternativa Bolivariana para las Américas. Considerando los sólidos argumentos expuestos por la parte cubana y su alta conveniencia como ejemplo de la integración y la unidad económica a que aspiramos, esta propuesta fue comprendida y aceptada por la parte venezolana de forma fraternal y amistosa, como un gesto constructivo que expresa la gran confianza recíproca que existe entre ambos países.

Las acciones propuestas por parte de Cuba son las siguientes:

1ro: La República de Cuba elimina de modo inmediato los aranceles o cualquier tipo de barrera no arancelaria aplicable a todas las importaciones hechas por Cuba cuyo origen sea la República Bolivariana de Venezuela.

2do: Se exime de impuestos sobre utilidades a toda inversión estatal y de empresas mixtas venezolanas e incluso de capital privado venezolano en Cuba, durante el período de recuperación de la inversión.

3ro: Cuba concede a los barcos de bandera venezolana el mismo trato que a los barcos de bandera cubana en todas las operaciones que efectúen en puertos cubanos, como parte de las relaciones de intercambio y colaboración entre ambos países, o entre Cuba y otros países, así como la posibilidad de participar en servicios de cabotaje entre puertos cubanos, en iguales condiciones que los barcos de bandera cubana.

4to: Cuba otorga a las líneas aéreas venezolanas las mismas facilidades de que disponen las líneas aéreas cubanas en cuanto a la transportación de pasajeros y carga a y desde Cuba y la utilización de servicios aeroportuarios, instalaciones o cualquier otro tipo de facilidad, así como en la transportación interna de pasajeros y carga en el territorio cubano.

5to: El precio del petróleo exportado por Venezuela a Cuba será fijado sobre la base de los precios del mercado internacional, según lo estipulado en el actual Acuerdo de Caracas vigente entre ambos países. No obstante, teniendo en cuenta la tradicional volatilidad de los precios del petróleo, que en ocasiones han hecho caer el precio del petróleo venezolano por debajo de 12 dólares el barril, Cuba ofrece a Venezuela un precio de garantía no inferior a 27 dólares por barril, siempre de conformidad con los compromisos asumidos por Venezuela dentro de la Organización de Países Exportadores de Petróleo.

6to: Con relación a las inversiones de entidades estatales venezolanas en Cuba, la parte cubana elimina cualquier restricción a la posibilidad de que tales inversiones puedan ser 100% propiedad del inversor estatal venezolano.

7mo: Cuba ofrece 2 000 becas anuales a jóvenes venezolanos para la realización de estudios superiores en cualquier

área que pueda ser de interés para la República Bolivariana de Venezuela, incluidas las áreas de investigación científica.

8vo: Las importaciones de bienes y servicios procedentes de Cuba podrán ser pagadas con productos venezolanos en la moneda nacional de Venezuela o en otras monedas mutuamente aceptables.

9no: Con relación a las actividades deportivas que tanto auge han tomado en Venezuela con el proceso bolivariano, Cuba ofrece el uso de sus instalaciones y equipos para controles anti-dopaje, en las mismas condiciones que se otorgan a los deportistas cubanos.

10mo: En el sector de la educación, el intercambio y la colaboración se extenderán a la asistencia en métodos, programas y técnicas del proceso docente-educativo que sean de interés para la parte venezolana.

11no: Cuba pone a disposición de la Universidad Bolivariana el apoyo de más de 15 000 profesionales de la medicina que participan en la Misión Barrio Adentro, para la formación de cuantos médicos integrales y especialistas de la salud, incluso candidatos a títulos científicos, necesite Venezuela, y a cuantos alumnos de la Misión Sucre deseen estudiar Medicina y posteriormente graduarse como médicos generales integrales, los que en conjunto podrían llegar a ser decenas de miles en un período no mayor de 10 años.

12vo: Los servicios integrales de salud ofrecidos por Cuba a la población que es atendida por la Misión Barrio Adentro y que asciende a más de 15 millones de personas, serán brindados en condiciones y términos económicos altamente preferenciales que deberán ser mutuamente acordados.

13vo: Cuba facilitará la consolidación de productos turísticos multidestino procedentes de Venezuela sin recargos fiscales o restricciones de otro tipo.

Artículo 13: La República Bolivariana de Venezuela, por su parte, propuso las siguientes acciones orientadas hacia los mismos fines proclamados en el Artículo 12 del presente acuerdo.

1ro: Transferencia de tecnología propia en el sector energético.

2do: La República Bolivariana de Venezuela elimina de manera inmediata cualquier tipo de barrera no arancelaria a todas las importaciones hechas por Venezuela cuyo origen sea la República de Cuba.

3ro: Se exime de impuestos sobre utilidades a toda inversión estatal y de empresas mixtas cubanas en Venezuela durante el período de recuperación de la inversión.

4to: Venezuela ofrece las becas que Cuba necesite para estudios en el sector energético u otros que sean de interés para la República de Cuba, incluidas las áreas de investigación y científica.

5to: Financiamiento de proyectos productivos y de infraestructura, entre otros, sector energético, industria eléctrica, asfaltado de vías y otros proyectos de vialidad, desarrollo portuario, acueductos y alcantarillados, sector agroindustrial y de servicios.

6to: Incentivos fiscales a proyectos de interés estratégico para la economía.

7mo: Facilidades preferenciales a naves y aeronaves de bandera cubana en territorio venezolano dentro de los límites que su legislación le permite.

8vo: Consolidación de productos turísticos multidestino procedentes de Cuba sin recargos fiscales o restricciones de otro tipo.

9no: Venezuela pone a disposición de Cuba su infraestructura y equipos de transporte aéreo y marítimo sobre bases preferenciales para apoyar los planes de desarrollo económico y social de la República de Cuba.

10mo: Facilidades para que puedan establecerse empresas mixtas de capital cubano para la transformación, aguas abajo, de materias primas.

11no: Colaboración con Cuba en estudios de investigación de la biodiversidad.

12vo: Participación de Cuba en la consolidación de núcleos endógenos binacionales.

13vo: Venezuela desarrollará convenios con Cuba en la esfera de las telecomunicaciones, incluyendo el uso de satélites.

Fidel Castro Ruz

Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba

Hugo Chávez Frías

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela



INDICE



- 11** El huracán
(*A modo de introducción*)
- 17** 1994: Crónica de un encuentro no anunciado
- 73** Revelaciones de una analista de la DISIP: «El viaje de Chávez disparó todas las alarmas»
- 91** Germán Sánchez Otero: «Estoy seguro de que ese ser humano cautivador e inconoclasta, fiero y tierno, conducirá a su pueblo hacia la victoria plena»
- 98** Comienza el ALBA en América Latina (A modo de epílogo)
- ANEXOS**
1994
- 103** Cronología de la visita
- 105** Otto Rivero Torres: «El Aula Magna le abre las puertas a un amigo verdadero»
- 109** Hugo Chávez Frías, 1994: «Primera vez que vengo físicamente, porque en sueños, a Cuba, he venido muchas veces»
- 121** Fidel Castro: «Nos sentimos muy honrados con su presencia, Comandante Hugo Chávez»
- 141** Hugo Chávez en Conferencia de prensa: «En la integración está el destino de los pueblos de Nuestra América»
- 2004**
- 151** Fidel Castro: «Volviste, como también prometiste, para compartir tus luchas bolivarianas con nosotros»
- 163** Hugo Chávez: «El proyecto de Bolívar y Martí ha vuelto para triunfar»
- 193** Declaración conjunta
- 198** Acuerdo entre el Presidente de la República Bolivariana de Venezuela y el Presidente del Consejo de Estado de Cuba, para la aplicación de la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA)
- 209** Galería de imágenes

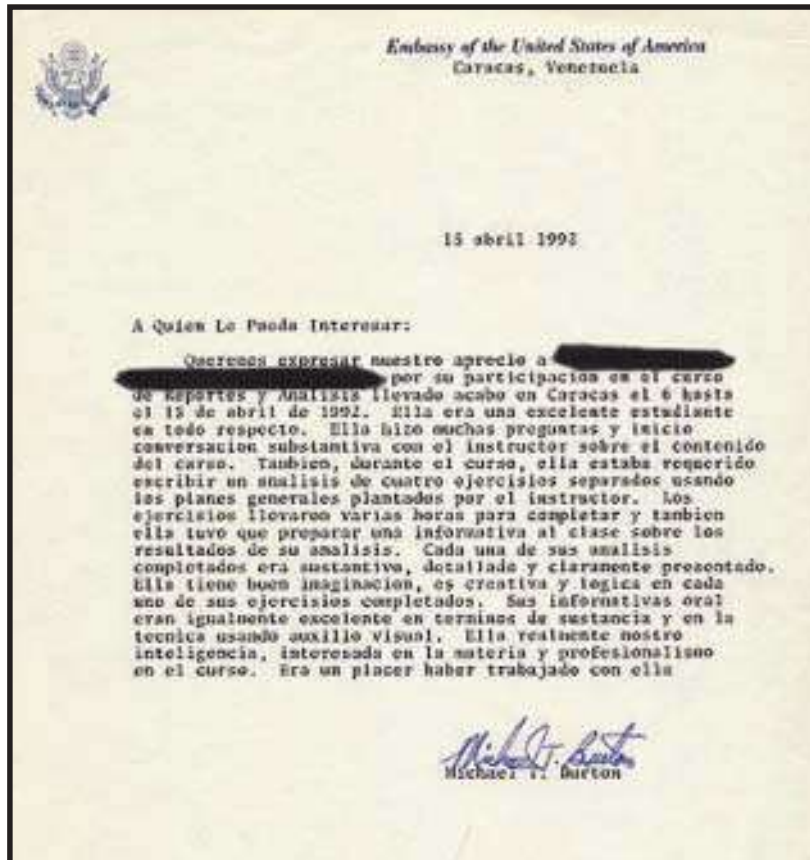


GALERÍA DE IMÁGENES









Documentos entregados a los autores de este libro por la analista de Inteligencia de la DISIP, que atendía el «caso Chávez», y prueban que ella recibía entrenamiento de la CIA, en la embajada norteamericana en Caracas. Esta mujer reveló, además, el particular interés de los servicios secretos norteamericanos por el líder bolivariano, desde la sublevación del 4 de Febrero de 1992.



Fotografía realizada durante la primera entrevista que el teniente coronel Hugo Chávez concedió en la cárcel. Tuvo lugar en el Cuartel de San Carlos, el 29 de febrero de 1992.



Frente al Fuerte Tiuna, por la salida de Los Próceres, miles de personas esperaron a Hugo Chávez desde muy temprano en la mañana, el sábado 26 de marzo de 1994.



Hugo Chávez, en libertad. Sus primeras palabras fueron: «Vamos a las catacumbas con el pueblo y vamos al poder».



Venezuela lo recibió como un héroe. «Nunca más estuve solo. Nunca más pude caminar una calle sin ver pueblo por todos lados».



En la sede de Televen, en la tarde del 26 de marzo de 1994, poco después de la salida de la cárcel. Chávez le habló a la multitud que colmó los bajos del edificio.



Dos imágenes del Panteón Nacional, el domingo 27 de marzo de 1994. Chávez honró a Bolívar y a Zamora. A solicitud de las autoridades, entró acompañado de muy pocas personas. El pueblo lo esperó afuera, cantando.





El primer acto popular. En Mamera, Caracas, el 28 de marzo de 1994.



Ese día visitó también Longaray, parroquia de El Valle, Caracas.



Con el coplero popular El Cubiro, durante el primer recorrido de Chávez por el país.



«He visto una revolución en los ojos del pueblo. La gente pobre lo que quiere no es un triunfo electoral; tienen la esperanza de que se inicie una revolución social».

«Esa gira, que recorrió Venezuela de punta a punta sin logística de ningún tipo, también la llamamos el ‘huracán bolivariano’ y la consigna fue ‘la esperanza está en la calle’».





La Gira de los 100 días comenzó el 29 de marzo y terminó en junio de 1994. Fue el primero de los cinco recorridos que dio el Comandante Chávez por toda Venezuela, antes de ganar las elecciones en diciembre de 1998.



“Carapintada” venezolano se candidatea desde Argentina

EL PAIS

Ex-Golpista Venezolano y la “Invitación Para Seregni”

Hugo Chávez Frías, el teniente coronel venezolano, de 40 años de edad, que en marzo pasado salió de la cárcel donde estuvo recluido algo más de dos años por haber dirigido, en febrero de 1992, un alzamiento golpista contra el gobierno del entonces presidente Carlos Andrés Pérez, llegó ayer sorpresivamente a Montevideo invitado por un candidato al Senado por el Frente Amplio, el profesor Germán Vignati.

Así lo informó el propio Chávez a EL PAIS, que lo logró localizarlo en un hotel céntrico donde se alojará durante su estadía de pocas horas en Montevideo. El entrevistado dijo que su causa judicial había sido sobrelleada en Venezuela al tiempo de enlazarse



Hugo Chávez, el coronel revolucionario que se presentó como candidato a la Cámara de Diputados en el MBR-200, en un momento de su campaña electoral.

Diarios de Argentina y Uruguay reflejan de manera prejuiciada la presencia de Chávez en esos países. Entre junio y octubre de 1994, el líder del MBR-200 visitó, además de Cuba, otras cinco naciones.



«Él es un formidable catalizador de la esperanza popular. Es la posibilidad de que junto con otras fuerzas nuevas canalice el sentimiento de frustración de millones de venezolanos».
José Vicente Rangel. El Globo, 29 de marzo de 1994.





*El primer encuentro. Aeropuerto Internacional José Martí,
La Habana, 13 de diciembre de 1994, a las 9:40 pm.*



Las primeras conversaciones en el Palacio de la Revolución, en la noche del 13 de diciembre.



En la sala de las maquetas de la Academia Militar «Máximo Gómez», en la mañana del 14 de diciembre.



El director de la Academia Militar de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, general de brigada Juan Pujols, le entrega una réplica de la cartera de campaña del Generalísimo Máximo Gómez, uno de los grandes estrategas de la guerra por la independencia de Cuba en el Siglo XIX. A la izquierda, Pujols pone en el pecho del Comandante Chávez un sello de la escuela militar.



En la escalinata de la Academia Militar.

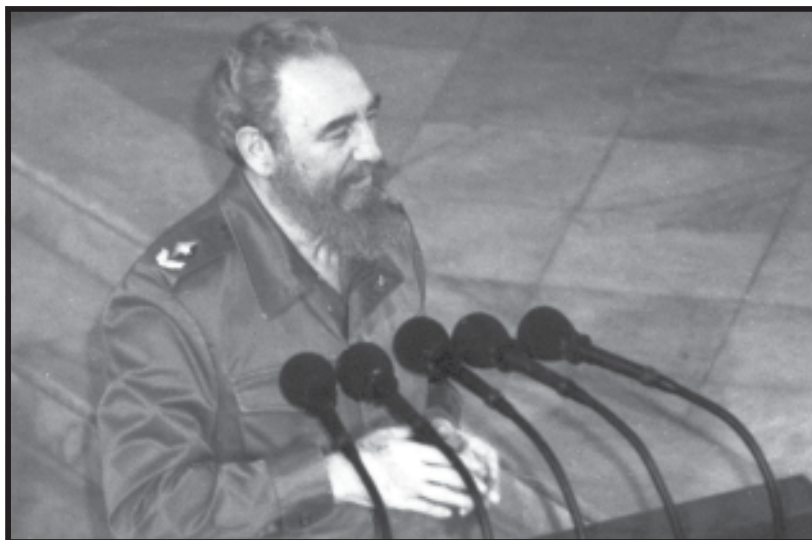


En la tarde del 14 de diciembre, Fidel y Chávez honran al Libertador, en La Habana Vieja.





El Historiador de la Ciudad de La Habana, Eusebio Leal, presenta a Hugo Chávez en la Casa Simón Bolívar. Entre los asistentes a la conferencia del Comandante bolivariano se encuentra, junto a Fidel, el ex presidente de Nicaragua Daniel Ortega.



En horas de la noche del 14 de diciembre, los estudiantes universitarios rinden homenaje al líder bolivariano en el Aula Magna de la Universidad de La Habana. El Presidente Fidel Castro afirma en su discurso: «Nos sentimos muy honrados con su presencia, Hugo Chávez».





Chávez: «Primera vez que vengo físicamente, porque en sueños, a Cuba, vinimos muchas veces».



En nombre de sus compañeros, Otto Rivero Torres, presidente de la Federación Estudiantil Universitaria, dio la bienvenida a Hugo Chávez y a Rafael Isea.



Fidel saluda a Rafael Isea en el Palacio de la Revolución. El joven subteniente era en 1994 el ayudante personal del Comandante bolivariano. Asumió esa responsabilidad hasta 1998, en que pasó a otra tarea en su estado natal, Aragua. En la fotografía, al fondo, José Antonio Arbesú, jefe del área de América del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.



Chávez le entrega a Fidel una réplica, en cerámica y madera, del rostro del Libertador.



El 15 de diciembre de 1994, poco antes de partir de regreso a Caracas, Chávez ofrece una conferencia de prensa.



Antes de partir, el Presidente cubano le regala a Chávez un álbum de fotos de la visita.

Se juntaron 2 comandantes

Fidel Castro recibió en el aeropuerto de La Habana a Chávez. "Nunca fue más oportuno ni más digno venir a recibir a un visitante como el teniente coronel Hugo Chávez. Ojalá que hubiera muchas oportunidades de recibir personas tan importantes como este", dijo Castro. Chávez declaró que se inspira el sueño bolivariano latinoamericano y que el MBR-200 pretende llegar al poder en Venezuela con espíritu democrático. Por cierto que Fidel fue uno de los primeros gobernantes que estáis unidos al entonces presidente



EL MUNDO

"Un dictador a sangre y fuego impondría política neoliberal" CHAVEZ SE REGODEO ANTE PRENSA EN LA HABANA DE POSIBILIDAD DE GOLPE DE ESTADO EN VENEZUELA

"Por favor, por Dios, no le hagan caso", dijo el Presidente Caldera en Miami sobre necesidad de retornar a la democracia en Venezuela. "Toda la

El partir de Cuba

Chávez acusa al gobierno de Caldera de corrupto

despedido por Fidel Castro en el aeropuerto de La Habana, el exgobernista augura una posible guerra civil en Venezuela.

LA HABANA (AFP) - El teniente coronel en retiro Hugo Chávez, que en febrero de 1992 fracasó en un golpe armado contra el presidente Carlos Andrés Pérez, fue despedido por Fidel Castro al concluir ayer su visita a Cuba. Antes de subir al avión, Chávez afirmó que en Venezuela "lo que hay es (...) una

Según Prensa Latina, Chávez dijo también que en Venezuela "hay una situación de crisis" y que el país "podría ser inmerso en un conflicto en una guerra civil". Además, dijo que "el presidente Caldera sigue gobernando al país como ha venido haciendo... si sigue aplicando las políticas neoliberales de la misma forma que las aplicó Carlos Andrés Pérez, estoy completamente seguro que no va a terminar su mandato".



«Venezuela es un barco sin rumbo, sin acimut, sin dirección, sin capitán», dijo Chávez a los periodistas.



Durante la despedida, en la antesala del Aeropuerto Internacional José Martí. Son aproximadamente las 10:00 am.



Fidel y Chávez se fotografían con los pilotos de Viasa, que conducirán el vuelo La Habana-Caracas, ese 15 de diciembre.





¡Hasta la victoria siempre, Fidel!

REPÚBLICA DE CUBA
PRESIDENTE DEL CONSEJO DE ESTADO Y DEL GOBIERNO

La Habana, a las 23:00 horas del 6 de diciembre de 1998

Estimado Hugo Chávez:

Aunque te acosaron incesantemente y te calumniaron por el hecho valiente de tu visita a Cuba, pensando que así restarían fuerzas y votos a tu candidatura, tu aplastante victoria demuestra que los pueblos han aprendido mucho.

Los cubanos, que han seguido de cerca y en silencio tu épica campaña, comparten con los venezolanos su noble y esperanzador júbilo.

Te deseamos éxito en la difícil e inmensa tarea que tienes por delante, en este momento crucial de la historia de Nuestra América, en que ha llegado la hora de los sueños de Bolívar.


Fidel Castro



El 13 de diciembre de 2004, Fidel recibe a Hugo Chávez, en La Habana. Han transcurrido diez años del primer encuentro.



Recibimiento oficial en el Palacio de la Revolución.



En horas de la tarde del 14 de diciembre de 2004, Fidel impone a Chávez la Orden Carlos Manuel de Céspedes.



Ambos mandatarios firman la «Declaración Conjunta» y el «Acuerdo entre el Presidente de la República Bolivariana de Venezuela y el Presidente del Consejo de Estado de Cuba, para la aplicación de la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA)».

